

**Habitar la calle.
Lo sublime de la séptima en la salvaje Bogotá.**

Laura Camila Gómez Orjuela

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Maestría en Estudios Sociales

2024

**Habitar la calle.
Lo sublime de la séptima en la salvaje Bogotá.**

**Laura Camila Gómez Orjuela
Tutor: Mario Fernando Hurtado Beltrán**

**Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Maestría en Estudios Sociales
Bogotá D.C.
2024**

¿Cómo diablos le dice uno a alguien que él no existe sino es en relación con la ciudad donde ha sufrido y ha amado, la ciudad que lo ha marcado en lo más hondo de sí?

Mario Mendoza.

“No tengo nada que decir. Solo que mostrar. No hurtaré nada valioso ni me apropiaré de ninguna formulación profunda. Pero los harapos, los desechos: esos no los quiero inventariar, sino dejarles alcanzar su derecho de la única manera posible: usándolos”

Walter Benjamin.

Tabla de contenido

1. Preludio	8
2. Ruta 97 Muzú-Germania. El por qué y el para qué	9
3. Distintas miradas, una misma calle	10
3.1. Mirando la calle desde el interior de la casa (UPN-LCSE)	11
3.1.1. La experiencia	21
3.1.2. El habitar: Entre estéticas y poéticas del paisaje	23
3.1.3. El centro	25
3.2. La calle: Pa' lo que hay que ver	26
3.2.1. Primera esfera: El sujeto que está	30
3.2.2. Segunda esfera: El espacio ocupado	32
3.2.3. El Exterior: Formas de leer la Ciudad	35
3.3. La intersección, la macroesfera y el universo: El habitar cotidiano, una condición urbanamente humana	37
4. ¿Cómo leer <i>la séptima</i> ?	40
4.1. Capítulo 1. El principio de la Geograficidad	41
4.2. Capítulo 2. El principio del cuerpo que habita	43
4.3. Capítulo 3: El principio del paisaje, del paisaje sublime	44
4.4. Capítulo 4: El principio del Yo	47
5. ¿Cómo encontrar <i>la séptima</i> ?	49
5.1. Un poeta antinaturalista	51
5.2. La decodificación de la mirada	55
6. Lo sublime de la séptima en la salvaje Bogotá	57
6.1. Martes 30 de enero de 2023. Bogotá, Colombia	57
6.2. El camino de la sal	61
6.3. Los proyectos fallidos de Le Corbusier	63
6.3.1. Al interior del paisaje abismal	65
6.3.2. El escape del paisaje abismal	71
6.4. La heroína de Wesker	73
6.4.1. Para un presente majestuoso	73
6.4.2. Un pasado consciente	77

6.5.El descenso a los bajos fondos	85
6.5.1. El bipartidismo	86
6.5.2. Habitar entre las tinieblas	90
6.5.3. Habitar entre las cloacas	107
6.6. La suspensión	115
7. Repudio	124
8. Bibliografía	134

Índice de figuras e imágenes

Figura 1. Número de investigaciones publicadas en la línea de investigación Construcción Social del Espacio, según las categorías seleccionadas.

Figura 2. Subcategorías trabajadas en las investigaciones estudiadas, y frecuencia de estas.

Figura 3. Filtros para la selección documental.

Figura 4. Número de investigaciones publicadas, según las categorías de análisis y los criterios de selección.

Figura 5. Procedencia de las investigaciones.

Figura 6. Tipos de documentos seleccionados.

Figura 7. Número de investigaciones publicadas, según campo de producción.

Figura 8. Red de categorías de primer orden y emergentes, resultado de la realización del estado del arte.

Figura 9. Esquema analítico de estado del arte.

Figura 10. Franjas temporales de inmersión en el lugar.

Figura 11. Esquema de decodificación de la experiencia.

Figura 12. Matriz de análisis Tuan-Benjamin.

Figura 13. Diseño metodológico.

Figura 14. Paisaje sublime de la carrera séptima.

Imagen 1. Corredor peatonal Carrera séptima – Aproximación al espacio de estudio.

Índice de imágenes

Fotografía 1. Mural Sarmiento Angulo, banquero en Colombia. Tomada el 1 de mayo del 2023, día internacional del trabajo.

Fotografía 2. Vendedores informales. Tomada el 2 de noviembre del 2023.

Fotografía 3. Exposición fotográfica – FotoMuseo. Tomada el 4 de noviembre del 2023.

Fotografía 4. Movilización por el Día por la Dignidad de las Víctimas del Genocidio contra la Unión Patriótica. Tomada el 11 de octubre del 2023.

Fotografía 5. En la séptima cualquier día puede ser Navidad. Tomada el 9 de septiembre del 2023.

Fotografía 6. No caption. Tomada el 24 de septiembre del 2023.

Fotografía 7. Brujería en la séptima. Tomada el 24 de septiembre del 2023.

Fotografía 8. Trabajando. Tomada el 24 de septiembre del 2023.

Fotografía 9. Tiempo surreal. Tomada el 13 de noviembre del 2023.

Fotografía 10. Jaque. Tomada el 17 de septiembre del 2023.

Fotografía 11. Mate. Tomada el 1 de mayo del 2023. De pie, en el centro, uno de los hombres que casi siempre se encuentran allí. Él, paisaje.

Fotografías 11, 12 y 13. Sobre la séptima. A la derecha. Los hombres de las bancas, los banqueros. Tomada el 14 de octubre del 2023.

Fotografía 14. La palabra de dios. Tomada el 4 de noviembre del 2023.

Fotografía 15. Sociedad Económica de Amigos del País. Tomada el 1 de mayo del 2023.

1. Preludio

“Poemas por limosnas” era la frase escrita en un papel sucio, arrugado, pegado sobre una maleta igual de trajinada, reposada sobre el suelo de la calle 11 cerca a La Puerta Falsa, el restaurante de comida bogotana más antiguo de la ciudad (Portafolio, 2023). Al lado de dicho mensaje reposaba el cuerpo de un joven sentado en un banquito pequeño, sus manos con ligereza se deslizaban sobre una máquina de escribir. Estaba él suspendido en el tiempo y abstraído del espacio. En mis múltiples recorridos por el centro histórico de Bogotá, no había encontrado una escena que representara mejor lo que suele pasar allí. Aquella frase, aquel rostro, aquellas manos y aquella calle han retumbado en mi interior desde el momento en que la vi. No le atribuyo la causa total de que el presente texto a ser leído por usted haya aparecido y haya hecho de la carrera séptima, de *La Séptima*, un lugar tanto extraño como poético que guarda un poder sobrenatural en los cuerpos que allí *están*. Pese a esto, puedo asegurar que las tres palabras escritas con marcador negro, por las mismas manos que habrán endulzado el espíritu de algunos seres que dieron limosna a cambio de tal placer, fueron para mí el empujón a un abismo que desde tiempo atrás había contemplado y evadido con cautela... hasta el día que todo esto empezó. Así, bajo el amparo de una excusa académica decidí ceder a ese antiguo impulso de arrojarme a la calle y dejarme consumir por ella.

Esta propuesta investigativa será una invitación quizá bien recibida, y quien se acerque a ella podrá acompañarme en un transitar del que sin duda no saldré como empecé. Quizá le invite a abrir los brazos, cerrar los ojos y lanzarse al vacío para que, en esa caída libre, el descenso a lo más profundo de una calle bogotana nos ponga ante nosotros las grandezas y las bajezas de un lugar, pero sobre todo de las gentes que habitan allí.

Querido o querida lectora, espero sea este el inicio de un viaje sin retorno en el que podamos descubrir lo sublime de *la séptima* en la salvaje Bogotá.

2. Ruta 97 Muzú-Germania. El por qué y para qué

“No deseo una novela de denuncia, un realismo mojigato e ingenuo, un cuadro de costumbres plano, no, deseo mostrar la imaginación de la ciudad, sus múltiples dimensiones, sus siete puertas de entrada y de salida. ‘¿Seré capaz?’ , me preguntó frente a la tumba de ‘Ulises’ una y otra vez.

Bogotá: ¿dejaras que mis palabras palpen tu desnudes espectral y luego te reclinaras en mi pecho como una amante satisfecha y dichosa?”

Mario Mendoza.

La ciudad de los umbrales.

Corría el año 2013, cursaba grado once y sentía que algo no andaba bien, no en mi vida sino en la vida en sí. Desde hacía un año había hecho de la lectura de literatura una práctica de escape y expurgación de todo aquello que, sin certera razón, me incomodaba. Mi hermana, con quien fui por primera vez a un septimazo a los quizá 12 o 13 años de edad, con quien luego, también a muy corta edad, salí de un viejo sótano en el que jugábamos bolos y quien me subió luego a un Transmilenio a altas horas de la noche desde el cual solo podía mirar con terror el paisaje de la Jiménez y los cuerpos que lo componían; es ella también culpable de haberme hecho una lectora apasionada, más de disciplinada. Tenía en su cuarto una amplia colección de libros de Edgar Allan Poe, de un par de nadaistas, de Mario Mendoza y Santiago Gamboa. Sí, esos autores a quienes últimamente se les ha desestimado por haber alcanzado las glorias de la fama.

Desarrollé toda una estrategia para hurtar sus libros y otra casi obsesiva para leerlos; sin saber el criterio bajo el cual se habían organizado los libros, sin ver si quiera el título tomé el primero de ellos, me gustara o no, leía desde las letras más pequeñas que incluyen el código ISBN hasta la contraportada que siempre dejo para el final, así que sí, empezaba un libro sin saber de qué se trataría y me era imposible detenerme antes de llegar a su final. En este ejercicio llegó a mis manos un libro cuya portada rezaba *“Vida feliz de un joven llamado Esteban”* el cual hoy, pese a no recordar mucho de la historia – como me sucede con todos los libros que leo – lo llamo “mi libro favorito”; fue esta la primera vez que me vi enfrentada a la calle sin salir de mi habitación. Luego cayeron en mis manos libros prestados que empezaron a forjar mi sueño de cambiar las cosas en este país, pero volvió a sacudirme la vida un título que bien podría hoy comprender lo que nos trae

a usted y a mi aquí: “*La ciudad de los umbrales*”. Leí la calle bogotana, leí lo profundo de ella y me devoró.

La sensación de incompreensión que me había llevado a los libros se vio alimentada por ellos, de repente, había salido de casa, tomado la Ruta 97 Muzú-Germania, ese bus verde que hace parte, al menos en mi memoria, del paisaje bogotano. Pagaba \$1.000 luego de subirme por la puerta de atrás, me sentaba en la silla del rincón en la que me sentía segura, pese a las altas probabilidades de ser asaltada que se tenían al tomar esa ruta. Abría ese libro, pero lo cerraba de sopetón cuando el bus se adentraba en la calle 19. De una forma casi ceremonial miraba a través del cristal esperando encontrar el espíritu de Rocío, de aquellos travestis en riesgo de muerte, y sobre todo de ese narrador omnisciente que en primera persona daba cuenta del éxtasis que le producían las infamias y delicadezas que alberga la ciudad, aquel que alguna vez había sentenciado “Bogotá: yo tampoco puedo hacer nada por ti” (Mendoza, 2007, p. 11).

“Al fondo, allá abajo, la ciudad parpadeaba y comprendía. Bogotá, ciudad flamen entregada al culto de un dios desconocido... Bogotá, ciudad nictálope envenenada de sombras y tinieblas que convierten cada casa en un burdel, cada parque en un cementerio, cada ciudadano en un cadáver aferrado a la vida con desesperación... Bogotá, ciudad de vesánicos y mendigos destruidos por las caricias de un suplicio terebrante, horda de despojos humanos que son la promesa de una hecatombe... Bogotá, rostro de la infamia... Bogotá, sin escritores que te busquen y te inventen...” (Mendoza, 2007, p. 11).

Solía bajarme en la carrera séptima y escribo solía porque en manifestación de esa extrañeza que me estaba asediando, empecé a hacerlo constantemente. Sin motivo claro huía de casa, aparecía luego en aquella esquina del centro de Bogotá. Abstraída miraba una ciudad que se posaba ante mi como un gigante presto a atacar, tomaba unos segundos para pensar a donde ir, y siempre resultaba vagando por la séptima al sur. Luego de ser asediada por el ruido de la música tocada en vivo, los chillidos de ese mimo que saca su cabeza por en medio de un coche de bebe y coquetea de manera burda con las mujeres que pasan frente a él, y las voces de los vendedores y paseantes, me sentaba en algún lado de la calle 11, usualmente en un escalón sucio pero tranquilo de la Luis Ángel Arango, y me disponía a leer. Entre “*Perder es cuestión de método*”, “*Nada es para siempre*” – dos frases que se convirtieron en principios para mi vida hasta el día de hoy –, o

“*Delirio*” – por el que todavía resuena en mi cabeza de vez en cuando el “¿le parece suficientemente roja esta corbata señorita Londoño?” – empezaba a recrudescerse en mí esa sensación de abandono en el mundo, es decir, como del abandono de Dios al mundo, pero a la vez esas historias me brindaban un abrigo que en ninguna otra cosa podría encontrar.

Sin importar esto, algo parecía quedarme claro: tal como a los personajes de aquellas novelas, nuestras vidas han sido marcadas por la ciudad, nos atraviesa su temperatura, sus olores, su suciedad, sus paredes con carteles carcomidos por el sol y el agua, nos golpea en la cara lo caótico de sí, pero nos extiende la mano y nos levanta a la vez, nos permite bailar, caminar, hablar. La ciudad nos hace llorar, pero también nos ha permitido sonreír, puede acorralarnos hasta el sofoco, pero también nos ha brindado el excelso sentimiento de libertad; en sus calles hemos de guardar nuestros temores y sueños, nuestros más perversos deseos y nuestras profundas historias de amor. Entendí que estamos hechos de calle y la calle es lo que somos usted y yo.

- **Entre el habitar y el no habitar**

Luego de convencer al profesor Mario de acompañarme en este proceso que a mis ojos parecía muy claro, pero que a los ojos de todos empezaba a verse como una idea descabellada como son calificadas muchas de mis intenciones, tuvimos varias conversaciones cargadas de preocupación por su parte y emoción por la mía.

– Laura, ¿por qué la séptima? Elige otro lugar por favor.

– No. Tiene que ser la séptima.

– ¿Pero por qué?

– Porque es rara. Allá pasan cosas que no van a pasar en ningún otro lugar de Bogotá – Sonreía yo con más fuerza que al inicio de la conversación.

– Ahí hay mafias Laura. ¿Cómo te vas a meter por allá?

Para ese momento las advertencias me parecían nimiedades. Mi mayor preocupación era tratar de explicarme cómo era capaz de hacer una aseveración como esa. “Pasan cosas que no van a pasar en ningún otro lugar”, retumbaba constantemente en mi mente esta frase y pese a tener la certeza de lo que pensaba, no encontraba argumentos ni pruebas tangibles que soportaran mi terquedad hecha afirmación. En mis múltiples intentos por tratar de descifrar esta convicción, afirmé algo

que incrementó mis problemas en discusiones académicas, que me hacía pasar por pasional a falta de mi racionalidad, cosa que también me suele describir ante los ojos de los demás en distintas esferas de mi vida. “La Séptima no sería lo que es si ciertas personas dejaran de estar allí. De igual forma, ciertas personas que *están* allí no serían quienes son si la Séptima dejara de existir”. A tal disparate le asigné la palabra de *habitar*, hecho que me puso en más aprietos aún, no solo con estudiosos de lo social o geógrafos, sino también con filósofos que me reclamaban mi ignorancia para con las obras del gran Heidegger (1951).

Así, mi trabajo de indagación teórica consistió en justificar no solo mi más íntima percepción sobre la carrera séptima, en el sector del centro histórico de Bogotá, sino también en tratar de despejar esa confusa idea que se empezaba a tejer en mi mente sobre ese *habitar* en Bogotá.

¿Es mi experiencia en la séptima, algo similar a la experiencia de Aníbal Muñoz Valencia, mejor conocido como “El General Sandúa”? Aquel anciano de cabello blanco que pasaba sus días de calle sobre la séptima, posando para las fotos con una enorme sonrisa sin dientes, mostrando galante su traje negro cargado de pines y medallas de inquietante procedencia, sosteniendo sobre su cabeza un gorro de general adornado por el escudo de Colombia, y empuñando un bastón de mando multicolor. Sí, ese que usted, si nació antes del siglo XXI recuerda haber visto en sus idas al centro. ¿O será que mis caminatas ocasionales por la carrera son ligeramente parecidas a las de Raúl Carvajal? El hombre que permanecía en la Jiménez orgulloso de su camión empapelado a más no poder, con carteles que denunciaban que su hijo había muerto en dudosas circunstancias cuando se reusó en el ejercito a participar en las ejecuciones extrajudiciales, más conocidas como “falsos positivos”. Sí, ese otro del que probablemente ya se acordó también.

La séptima sin ellos dos, uno fallecido a causa de un cáncer voraz y el segundo, víctima de COVID¹, había dejado de ser lo que en su momento fue. Y me atrevo a decir que sus vidas no habrían sido lo que fueron de no ser por la existencia y disposición de esa carrera que los recibió, los escuchó y les permitió *estar, habitarla*. Así, mi inserción en la séptima radica en la creencia de

¹ El miércoles 25 de marzo del 2020 se inició la cuarentena en Colombia, decisión tomada ante la emergencia sanitaria por el contagio del Coronavirus o COVID-19. Un virus cuya afectación al sistema respiratorio puso en alerta al mundo entero.

que los lugares son en función de las personas que están allí, pero que así mismo, en una relación dialéctica, las personas nos hacemos quienes somos gracias a las relaciones que construimos con los espacios en los que estamos, sentimos, y recordamos, en los que transitamos, en los que descansamos o en los que podemos *habitar*, en los que podemos existir y *ser* lo que el ser es.

- **La propuesta**

En síntesis, el texto que hoy se pone a su disposición, pretende explorar esa relación de un cuasi mutualismo particular entre la calle y ese sujeto que *está* allí, que la habita, que sale diariamente a su encuentro y en un acto de valentía le acepta un duelo en el que difícilmente se distingue al ganador, pues tanto ella como él se abandonan y se transmutan en ese encuentro. Sin embargo, no puedo negar que pensar en *comprender las experiencias espaciales de quienes habitan la carrera séptima en Bogotá* – mi objetivo –, es una labor que me genera temores por los retos que esta intención supone para mí. – “¡Me muero hoy!” – gritó un corotero. – “¡Pégume las tres puñaladas ya que me quiero morir!” –, se quita la camisa y se lanza sobre el otro vendedor de pines antiguos tendidos sobre la séptima frente al Planetario. El reloj apenas marcaba las 3:45pm y me pregunté ¿Cómo lo voy a hacer? Transitar por el corredor de la carrera séptima nos pone en tensión, nos previene, nos pone en alerta y podría aseverar que quienes sentimos atracción por este lugar, o quienes por razones ajenas a su voluntad deben permanecer allí, compartimos la misma sensación de riesgo que hace que muchos sujetos eviten estar allí. Habrá quienes encuentran satisfacción en ello y otros que simplemente son capaces de ver el peligro a los ojos. Pero, si el simple hecho de transitar es osado, intentar permanecer allí e interpelar el lugar será toda una experiencia que, salga bien o salga mal, espero poder relatar.

Mis motivaciones personales permiten, y mis intereses investigativos exigen, que en esta investigación *describa las características del paisaje urbano en la carrera séptima en Bogotá* – primer objetivo específico – para así exponer esa primera cara asfáltica del fenómeno, la que se ha construido ladrillo sobre ladrillo una y otra vez – por tanta remodelación aparentemente inútil – y que cuenta a través de sus paredes, fachadas y monumentos, la historia de la ciudad, pero también de Colombia entera. Entrelazar las apreciaciones de la morfología de esta carrera y sus calles, con las discusiones recientes que se han dado en la geografía humanista me permitirá también aportar a ese bagaje teórico para el que el ser humano y la tierra son uno. Así me será posible retribuir un

poco al campo de conocimiento que me ha ayudado a cuestionar nuestra presencia en el mundo y a desenmarañar todo aquello que compone nuestra naturaleza humana; a entender que somos cuerpo, sensación, emoción, imagen, recuerdo y deseo, elementos imposibles de comprender si no hay un *dónde* que permite su gestación o un *dónde* que permita que el ser se transforme y resulte transformado a su vez. Sera una oportunidad para atender al llamado de Wright (1947, citado por Holzer, 2016) que incita al descubrimiento de esas *terraes incognitae* que siguen estando al borde el objetivismo científico por apelar a lo simbólico y literario, en donde posibilidades insospechadas como las del descubrimiento de las estéticas del lugar, o subjetividades estéticas en palabras de él, se vistan de esa objetividad imaginativa o subjetividad realista-estética.

En esta travesía también iré más allá del paisaje e *identificaré experiencias espaciales desarrolladas por quienes habitan la carrera séptima* luego de resolver el dilema del *habitar*. ¿Quiénes habitan la carrera séptima? ¿Supondría esto que hay seres que no habitan la ciudad? ¿Usted habita la calle, la soporta o la desconoce? Si esa pregunta me la hiciera a mí misma, no sabría que responder. Mario en una reciente ocasión me recordó que toda discusión geográfica es filosófica y es por ello, encuentro interesante resolver a las preguntas anteriormente planteadas, desde una *geosofía*, similar a la propuesta de conocimiento global de Wright. Una geosofía en la que la Tierra de respuestas a las preguntas por la existencia del ser, y que, como lo sueña el autor, puedan hacer de los sentidos, un impulso cuasi artístico que revele campos desconocidos.

Gracias a ello, *interpretaré las experiencias espaciales de los sujetos que habitan la carrera séptima* pues esa subjetividad imaginativa de Wright me demanda mucho más allá de la observación, no porque ello no sea suficiente puesto que el ejercicio del contemplar a través de la mirada y de la escucha es una propuesta atractiva y exigente, sin embargo, esa curiosidad por lo *incognitae* no me permite quedarme allí. Si he tomado la decisión de exponerme para exponer, quiero llegar al corazón que le da vida a la ciudad: el ser que permanece allí y solo su voz y la ausencia de ella me permitirá ir un paso más allá. Así mismo, considero que quienes hacen parte de la carrera séptima son quienes deben narrarla. Espero pueda ser yo el medio por el que quienes son calle, puedan hablar por ella.

Para dar cuenta de los logros y fracasos que se presenten en esta caracterización de una de las carreras más inquietantes de la ciudad, pero sobre todo porque estaré en deuda con la calle y con

los sujetos que aparezcan acá, considero que es mi deber *representar las experiencias espaciales de los sujetos que habitan la carrera séptima*. Si bien llegaré a estar satisfecha con solo el hecho de cumplir aquel impulso que me hacía desear entender cómo funcionan las raras calles del centro de Bogotá, pulsión que se gestó cuando viajaba en ese bus verde, en el que se quedaron mis historias, en el que lloré, comí, y... leí, en aquellas jornadas de abstracción de la realidad, y en los tránsitos que se volvieron mi día a día cuando me hice estudiante de artes de la Universidad Distrital y recorría la avenida 19 hasta llegar a la Macarena o en sentido contrario a altas horas de la noche. Sin embargo, considero que cualquier reflexión que se gesta en las aulas debe salir de allí, de una u otra forma debe ver la luz del exterior e interpelar. A una ciudad que ha sido producto de la desigualdad, de la marginalidad y del desprecio, deben ofrecérsele mecanismos de expurgación que le permitan hacer la denuncia de todo aquello que no anda bien. Espero entonces, elaborar un material que logre llegar a ojos y oídos de quienes no están aquí, y poder cuestionarlos e incomodarnos, para que, en un proceso mutuo, encontremos juntos respuestas que nos digan quienes somos, y que nos ha hecho la calle a usted y a mí.

- **Estar**

“¡Qué historia tan descabellada —me dije para mis adentros— lleva escrita en su interior!” (Poe, 1849, p. 74) exaltado afirmaba el observador del café D luego de fijar su atención en un anciano que se escurría por en medio de la multitud. “Y entonces me sobrevino un intenso deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más de él” (Poe, 1849, p. 74). Desde mis primeros encuentros con la séptima me había convertido yo en el hombre del café D creado por Poe, cuando trataba de descifrar a través de su escritura al *hombre de la multitud* que resulta dejando expuesto al sujeto que lo observa, que está detrás de él, que lo persigue, y que trata de encontrar en lo insignificante y desapercibido, el reflejo de quienes somos como humanidad.

Había planeado recurrir al *callejeo* como mecanismo de investigación. Parte de ese *callejeo* es lo que conocemos hoy como el *flâneur* que Benjamin (2012) reconocía en las obras de Poe y Baudelaire. Entonces, este trabajo de investigación pondrá ante sus ojos la experiencia del salir a la calle, a veces disfrutarla o padecerla a través del tránsito de esa carrera séptima y las calles que se apiñan entre la calle 26 y la calle 10. A muchas personas les sorprenderá como este método aparece ante los ojos del común como una simpleza que ronda lo facilista. Sin embargo, el vínculo

que se ha establecido recientemente entre el *flâneur* como experiencia espacial y la etnografía como método de investigación, le permiten al investigador adentrarse en el espacio agudizando sus sentidos.

Recuerdo la primera vez que asistí al encuentro de la calle vistiéndome con las ropas del hombre del Café D y tocados de flânerista investigador del siglo XXI. Veía una calle nueva para mí, más bien, veía la misma calle, pero la sentía ahora de forma diferente. Anotaba en el diario de campo lo que para mí fue el *estar* ahí:

Nunca había sentido tanto miedo como hoy. Si bien acercarme al centro o estar allí, en el pasado me había generado sensaciones de intranquilidad, a estas las había descrito como ligeras y poco significativas. Nunca había sentido el impulso común de ocultar mi celular o algo similar. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 5:30pm)

Había presenciado de inmediato los efectos contradictorios del *flâneur* como posibilidad de mirada a la ciudad. Como en un acto mágico empezaban a aparecer ante mis ojos caras, cuerpos, fachadas, carteles y olores que nunca había contemplado antes, y eso que, si de pocas cosas me enorgullezco, una de ellas es mi capacidad de observación y sorpresa. Pese a esto, sentía que ese mismo fragmento de ciudad por la que tantas veces había caminado, se desvestía paso a paso, se quitaba capa tras capa de la que se reviste la calle cuando se transita por ella sin ninguna profunda intención.

Como en *La carta robada de Poe*, publicada por primera vez en 1844, lo más difícil de descifrar en la gran ciudad es lo que está más a la vista. Hacerlo es un arte que aún está por despegar. El poeta antinaturalista Charles Baudelaire pone nombre a quien lo ejerce: el flâneur (Songel, 2021, p. 12).

Entendí ese mismo día y en ese instante esa esencia de la deambulación, revestida de un poder de descripción, que se ocupa, como lo diría Hessel (1929, citado por Songel, 2021), “del pasado y del futuro de esta ciudad, de esta ciudad que siempre está en camino, que siempre está en el trance de convertirse en algo diferente” (p. 19).

Puede que interese, puede que no, pero esta es la oportunidad que quiero presentarle hoy para que se sumerja en el mundo del vagabundeo bogotano en compañía de este texto que hizo del andar un modo de ser el mundo. Así, por medio del *flâneur* como decodificador de imágenes de ciudad entendidas como texto literario – poético y estético –, juntos podremos abandonarnos a la contemplación del “espectáculo del mundo” (Songel, 2021, p. 20) moderno que se desplegará ante nuestros ojos, revelando las bondades y desgracias – lo sublime – del sistema económico que hemos construido, para así poder enfrentarlo y desarmarlo. Lo y la invito a conocer de cerca, los ires y venires de una calle capitalina, que entre sus noches y días, soleados o lluviosos, nos presenta la historia de lo que somos. Bailarines de salsa y de break dance, corotereros, traficantes y méndigos, indígenas, rebuscadores, aguantadores y berracos. Vendedores de aguapanelas y canelazos, ponches y mangos biches, tinteras y emboladores. Llamas para fotos, cabras, perros vagabundos que piden limosna. Ajedresistas, ciclistas, ejecutivos, ladrones y secretarias, estudiantes universitarios y de colegio. Basuqueros, pintores, caricaturistas y travestis, brujos llaneros, usted, yo.

3. Distintas miradas, una misma calle

Sentir, imaginar o recordar *la séptima* es quizá un ejercicio inevitable para gran parte de la población capitalina, pero pensar y estudiar a detalle aquel lugar es algo que no muchas personas han estado dispuestas a hacer. Así, en este apartado dialogaré con investigaciones que han hecho del *habitar* principalmente urbano y preferiblemente en el centro de Bogotá, su eje de reflexión. La intención de esta revisión de antecedentes y trabajos investigativos ha sido encontrar las narraciones de experiencias de otros sujetos que decidieron también salir al encuentro de la calle y vivirla, en el amplio sentido de la palabra, para poder llegar a comprenderla. De esta forma estos trabajos me permitieron vislumbrar la calle bogotana con otros ojos, desde múltiples ángulos, y en distintas épocas, pero sobre todo me han preparado para que pronto pueda ser yo quien, arrojada a ella pueda acercarme, preguntarle, comprenderla para luego exponerla.

En algunos primeros intentos fallidos por encontrar la forma correcta para abordar el llamado que me hacía el centro de Bogotá, me incliné por descubrir cómo la novela negra capitalina hace uso de los paisajes urbanos reales, se lee la calle que se ha visto, pero notaba un especial protagonismo del centro de la ciudad como escenario para narrar historias ficticias. Inconscientemente encontraba en las historias una entidad mística que enganchaba con facilidad a los autores con el centro de Bogotá, por ende, a los lectores con este lugar. Así mismo, en estos libros podían leerse continuamente la descripción de los cuerpos que transitaban por estas calles, se describen de tal manera que la ciudad se convierte en una extensión de estas vidas, o en otras ocasiones, solo una excusa para la existencia de esa creación asfáltica. Aurelio recordaba las intenciones de Lejbán por crear

una novela cuyo objetivo sea Bogotá; no los hombres, sino el transitado lugar que habitan. Una obra cuyo protagonista sea el espacio mágico de Bogotá. Un narrador que sienta aprecio por cada ladrillo, por cada puerta y por cada escalón, pero que necesite a los hombres como un pretexto que le posibilite viajar hacia el objetivo verdadero de sus afectos. Como si la clave del mundo estuviera no en la conciencia sino en las cosas que la rodean. Si los hombres aman, se hunden, se contradicen y mueren, es algo secundario que carece de importancia para esa mirada que percibe las almas como productos de las calles y los edificios. Por ello, en esa novela hipotética que postula Lejbán, el hilo conductor de

las diversas historias de los personajes se escinde, se quiebra con fragmentos, convirtiendo la narración en un cúmulo de retazos, aun manteniendo cierta continuidad abandona en un momento dado a esos personajes. Ellos aparecen y desaparecen sin que el lector sea testigo de los hechos que ocurren entre una aparición y otra. Y, lo más importante, ellos piensan la ciudad, son voces que emiten enunciados que anhelan explicarla, así, cada uno de los personajes se convierten en un intermitente viajero que va en busca de su destino, y que, para hallarlo, debe padecer la ciudad (Mendoza, 2007, p. 70).

Quien luego se cuestionaría especialmente si “algún día algún escritor hará una obra sobre este tipo de vida que palpita en el centro de Bogotá” (Mendoza, 2007, p. 82), y que para cerrar su diario psicótico sentenciaría “al fin y al cabo ésta, mi historia, es también la ciudad” (Mendoza, 2007, p. 96).

Abandoné la idea de transitar entre el mundo de lo real y lo irreal, pero confirmé que mi interés seguía orbitando alrededor del centro histórico de Bogotá y lo que considero son sus fronteras, pero especialmente me atrapaba la idea de poder descubrir esa relación tan estrecha que se teje entre esas calles y las personas que las componen.

Apoyada en estas narraciones ficcionales, legitimadas por geógrafos románticos como el mismo Wright (1947, citado por Holzer, 2016) que le reclamaría a la *geosofía* una experiencia literaria, seguí sosteniendo la hipótesis que me llevaba a pensar que el centro de Bogotá *es* tanto espacio como sujetos, que no es posible concebir sus calles sin la presencia de seres que se incorporan al paisaje, que, si llegásemos a sustraerlos de allí, tanto el espacio físico como ellos mismos dejarían de ser lo que son. Así aparecieron tres categorías fundamentales para esta investigación: *habitar* pues hay una clara diferencia entre aquellos que hacen parte de la séptima, que son la séptima, y entre quienes solo la transitamos como meros espectadores; *experiencia espacial* pues solo una relación existencial del ser con el espacio daría cuenta de esta relación; y *paisaje* comprendido como el resultado estético de la acción de los seres que con su día a día hacen la calle y se hacen gracias a la calle.

3.1. Mirando la calle desde adentro de la casa (UPN-LCSE)

El primer acercamiento a trabajos ya publicados lo realicé dentro de la línea de investigación de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional en la cual se desarrolla este proyecto: *Construcción social del espacio* (LCSE). Dentro de las cuarenta y dos tesis publicadas desde el 2010 hasta el 2022 han existido preocupaciones por comprender el lugar, el espacio y el paisaje a partir de diversas perspectivas, predominando las investigaciones cualitativas. La ocupación del espacio público para distintos fines y en función de distintos tipos poblacionales, la enseñanza de la geografía, la constitución de identidades a partir de las representaciones e imaginarios sobre el espacio, la cotidianidad y su distinción experiencial gracias a una lectura de género, las transformaciones en el uso del suelo y las experiencias de territorialización en contextos rurales, son algunos de los temas de inquietud que fueron abordados por los investigadores y tutores de la línea de investigación.

De este consolidado, elegí diez de ellas una vez que hacen de las categorías de interés su objeto de investigación (tres hacen de la *experiencia* su centro de preocupación, dos de ellas enfocaron su interés únicamente en el *paisaje*

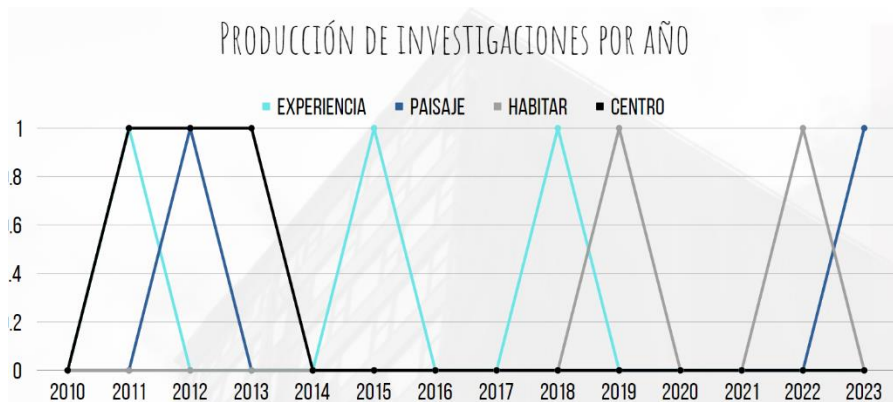


Figura 1. Número de investigaciones publicadas en la línea de investigación Construcción Social del Espacio, según las categorías seleccionadas. Realización propia.

y una en el centro de Bogotá, y tres de ellas lo hicieron en el *habitar* vinculado al *paisaje*) (Figura 1). También, realicé la revisión de trabajos que centran su atención en centro histórico de Bogotá o en lugares conectados a él (tres producciones, aunque una adicional estaría agrupada en el análisis sobre experiencia también). Dos producciones no son *open access* pero son mencionadas.

En esta selección de documentos podemos observar que del año 2010 al 2014 hubo una concentración en el estudio del centro histórico de Bogotá y sus alrededores, que coincide con el estudio de la experiencia y del paisaje. Es importante mencionar también que solo tres

investigaciones hicieron de la ruralidad, particularmente cercana a Bogotá, su espacio de análisis por lo que predomina el estudio de la ciudad y los fenómenos que en ella ocurren.

3.1.1. La experiencia

Dentro de estos tres trabajos interesados en la experiencia como clave en la construcción del espacio y los sujetos es posible reconocer que este estudio de la experiencia requiere del emplazamiento de los sujetos en un espacio concreto y particular; dos de las investigaciones leen las experiencias en la ciudad, y una de ellas en un establecimiento privado en zona rural del occidente de la capital.

Una primera preocupación dialoga sobre las representaciones e imaginarios de ciudad tomando como referente a la población de una institución educativa. Moreno (2011) lo hace con los estudiantes de un colegio privado ubicado a las afueras de Bogotá, en su trabajo titulado *La ciudad: Cotidianidad, experiencias y percepciones de la niñez*. Para el autor, la cotidianidad es asumida como un motor de imaginarios y representaciones sobre el espacio, pero que a la vez es moldeada por este último, así, la experiencia en el espacio se define. En este ejercicio en el que se preguntó cómo se generan estas representaciones de ciudad a partir de la construcción de experiencia a partir de la cotidianidad, encontró que los estudiantes del colegio en el que se realizó la investigación dieron cuenta de una idea de la “ciudad fragmentada”, pero también de una “ciudad de ellos”, su ciudad definida por su cotidianidad y distinguida de las “otras ciudades”.

Para el 2018, Cortés exponía la relación entre la experiencia y la dimensión emocional de la relación sujeto-espacio, por ello, incorpora a su investigación titulada *El lugar en la palabra, la palabra en la experiencia, la experiencia en el espacio: Sentidos y significados de lugar en miembros de un club social campestre a las afueras de Bogotá*, las categorías de lugar y sentidos de lugar tomando como referencia al geógrafo Tuan. En el diálogo que establecen los dos autores, se concluye que el lugar solo existe en tanto los sujetos configuran sentidos de lugar, es decir, esquemas simbólicos. De esta forma, Cortés (2018) integra los aparentes polos entre lo subjetivo y lo objetivo al entender la experiencia como una posibilidad en la que desde la cotidianidad se generan relaciones sensoriales y sentimentales que luego pasan por un proceso de significación a partir de los códigos sociales. Es en este proceso en el que se configuran los sentidos de lugar y por ende, el lugar. Y en este mismo sentido, la experiencia es resultado de la relación sujeto-

espacio, que a la vez moldea a la experiencia de nuevo. Yory (1998) y Páramo (2007) apoyan al autor con la relevancia que tiene para ellos el cuerpo sensible como medio experiencial cotidiano. Este puede ser estudiado desde una aproximación fenomenológica pues esta

se preocupa por estudiar las cosas tal como ocurren en la vida cotidiana de los habitantes; es decir, como las oyen, las sienten, las palpan, las huelen, las recuerdan o las imaginan, en los cuales se concibe la relación entre el lugar y el cuerpo (Cortés, 2028, p. 11).

Por otro lado, Castellanos (2013) en *Luchas diarias de compra y venta. Vida cotidiana y sentidos de lugar público en la plaza de San Victorino* aporta a la discusión sobre el lugar en este sector del centro de Bogotá pues desarrolla un interés por el espacio y las percepciones de los sujetos cuya cotidianidad emerge allí, constituyendo así los sentidos de lugar. Aparece acá un primer trabajo cuya cercanía espacial lo vinculo a mi intención investigativa. En este trabajo el autor, para describir la relación sujeto-espacio desarrolla la categoría de *experiencia espacial* la cual:

implica una fijación especial en la imagen que las personas construyen acerca de su entorno y de los lugares donde se realizan como sujetos; esto es una opción teórica y práctica que intenta analizar la cualificación del sujeto en el espacio (espacialidad) y la cualificación del sujeto hacia el espacio (experiencia espacial), es decir, el conjunto de actitudes, comportamientos y significados que tienen la autonomía de configurar lugares (p. 15).

Finalmente, Martínez (2015), en su trabajo titulado *Miradas callejeras de ciudad. Experiencias juveniles desde "El cartucho" y el San Bernardo*, desarrolla una “metodología callejera” en la que el caminar y el “parchar” con jóvenes permite encontrar en ellos los sentires que les genera el habitar espacios tan conflictivos en el centro de Bogotá, que dan cuenta de una ciudad fragmentada por la marginalidad. Para esta autora, la concepción heideggeriana de Yory, del yo soy-yo habito, también es fundamental para comprensión de la relación entre los jóvenes y “El Cartucho” o “El Bersan” en tanto *habitación*, en palabras de Yory (1998), “la forma de ser del hombre en tanto ser en el mundo” (p. 88). Adicionalmente Martínez (2015) también reconoce la mediación del cuerpo para el habitar y afirma que este “es el referente principal de la experiencia espacial en la calle, así como de la organización espacial del mundo; si bien cada experiencia es particular, hay elementos transversales relacionados con lo juvenil” (p. 92). Se convierte en uno de los

elementos que componen la estética espacial y la comprensión de los símbolos que están en la calle.

3.1.2. El habitar: Entre estéticas y poéticas del paisaje

Los trabajos preocupados por el *habitar*, a diferencia de los descritos anteriormente, recurren no al estudio puntual del lugar sino del *paisaje*, como por ejemplo lo hace Galindo (2012) en *Leer, vivir y sentir el paisaje de un lugar: el caso del barrio Santa Inés en la ciudad de Bogotá*. Sin embargo, esta categoría ha sido vinculada también a lo *poético* y esto redirecciona las formas de concebir el espacio. Así mismo, se observa que estas investigaciones difieren en la forma de delimitar el espacio de interés y concideran zonas a estudiar un poco más amplias. También, si bien son pocos los trabajos enfocados en el estudio del *habitar* y es temprano para identificar tendencias, particularmente se observa un interés por estudiar los espacios rurales. Por ejemplo, Ortiz (2022) se adentra en el páramo de Sumapaz en búsqueda de los imaginarios de paisaje que construyen los habitantes de la zona en su cotidianidad y estos los describe en su texto *Habitar lo cotidiano. Imaginarios paisajísticos en el Sumapaz*.

La investigación *Guatavita: El paisaje bajo las aguas del progreso y el resurgimiento del habitar* desarrollado por Varela en el 2019, la considero de sumo interés para este trabajo. La autora, quien buscaba descubrir las formas de construcción del paisaje en el municipio de Guatavita por medio de lo que ha de llamar “historias de vida espaciales”, realiza unas apropiaciones conceptuales que coinciden con mi forma de entender el paisaje y al ser humano o lo que sería la realción entre el hombre y la Tierra desde una visión dardeliana en donde esta es

entendida desde una dimensión estética, donde aparece el concepto de geopoética, definida como una tercera geografía. Desde esta mirada el habitar se comprende poéticamente, en una relación sensible y experiencial del ser humano con el espacio, donde la Tierra es su morada. El concepto de habitar a partir de estos estudios es un movimiento del ser humano, un rastro de la vida que da cuenta de su presencia del ser humano en el espacio (p. 43).

Varela (2019) recurre también a Yory (1999) para definir la poésis o poética del habitar en la que el sujeto y el paisaje que habita son uno solo, es el ser-ahí y el ahí del ser como condición de existencia en la que “los seres humanos edificamos en un acto de co-apropiación” (p. 75).

Por otro lado, en *De viñeta en viñeta: En busca de los paisajes urbanos bogotanos del centro histórico de Bogotá representados en los 7 cómics premiados por la Fundación Gilberto Álzate Avendaño (2016-2019)*, investigación realizada por Beltrán (2023), une mis categorías de interés con mi lugar de interés. Su constante observación aérea de la ciudad la llevó a sumergirse en el interior de Bogotá, y encontró en el comic el medio perfecto para hacerlo. Ese tránsito que la llevaba de lo real a lo graficado fue casi el mismo viaje en el que yo me desplazaba de lo real a lo narrado. Y tal como ella buscó en el paisaje capitalino hecho cómic, la esencia de los personajes que daban rienda a la historia, o viceversa, yo buscaba en las novelas destellos de historias reales que los sujetos que veía caminar por la séptima. Para comprender la relación que produce el paisaje, Beltrán (2023), citando a Nogué (2007, p. 11), entiende que este

puede interpretarse como un dinámico código de símbolos que nos habla de la cultura de su pasado, de su presente y también de la de su futuro... El grado de decodificación de los símbolos está ligado a la cultura que los produce (p. 36).

La autora establece por medio del cómic, la estrecha relación entre el paisaje y el lugar, siendo este último el producto de las emocionalidades puestas sobre un espacio, el que genera una “identidad geográfica” en los sujetos quienes a partir de su cotidianidad pueden transformar lo vivido en algo narrado, graficado o representado. Con una visión clara sobre la construcción del mundo imaginado por el mundo vivido, Beltrán (2023) decodifica las ilustraciones del centro histórico de Bogotá en algunos comics y emprende una búsqueda para encontrar en esos trazos el lugar y el paisaje; los persigue hasta ir al encuentro físico con esos espacios. El paisaje de la memoria, el paisaje de la movilidad y el paisaje de la dualidad, dejan al descubierto la ciudad, la plaza, la Jiménez y los cerros hacen parte de un entramado de lugares de miedo y lugares de vulneración, pero a sí mismo como lugares en que se hace posible la buena vida de cada ser en la ciudad.

3.1.3. El centro

La lectura de las investigaciones realizadas en la LCSE me permitieron aterrizar las ideas que en un momento inicial se me presentaban tan abstractas y permeadas de una intensa subjetividad que parecía problemática para la investigación. De la posibilidad de validar las experiencias personales como mecanismo de acceso a la compleja realidad material urbana en la que estamos insertos, aparecieron algunas categorías emergentes (Figura 2) que complementan la lectura que planteo hacer de la carrera Séptima en Bogotá.

La cotidianidad, posibilitadora de la creación de lugares y sentidos de lugar, por medio de la experiencia sensorial del cuerpo que interacciona sensorialmente con el espacio, son conceptualizaciones teóricas abordadas por la geografía humanista que han permitido leer y comprender la relación experiencial y existencial que se teje entre los sujetos y el espacio en el que están y en el que habitan.

Para otras investigaciones, la categoría de territorio fue la clave para entender las dinámicas espaciales desplegadas en el centro de la ciudad. Bejarano (2011) desarrolla una investigación titulada *Territorialización del turismo en el centro histórico de Bogotá*. Pachón (2012) tuvo la posibilidad de indagar en la construcción de territorio por parte de la población transgénero concentrada en la zona de tolerancia cercana al centro histórico. Esto lo describe en el texto *Territorio transgénero: Un territorio vivo en el barrio Santa Fe*. Si bien tanto el habitar como la territorialización son ambas formas de relacionamiento entre el ser y el espacio, la relación existencial y sensible me sitúa teóricamente, y gracias a la revisión de antecedentes, en el desarrollo de la comprensión del habitar como lo hice explícito en los apartados anteriores. Es decir que desde la geografía humanista encuentro en Yory y Tuan, los postulados que me permitirán indagar esa séptima que ha sido constituida y es constituyente de experiencias espaciales.

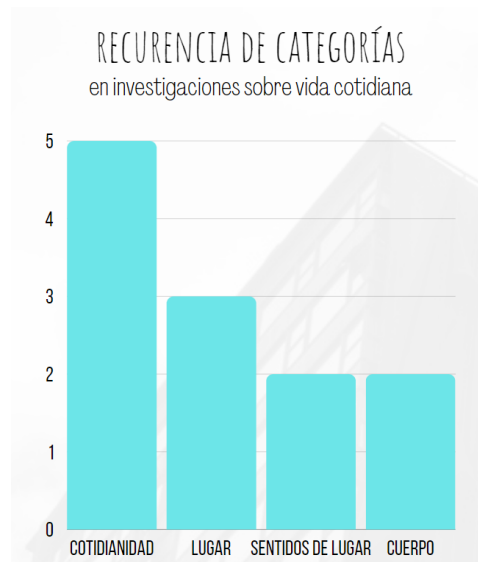


Figura 2. Subcategorías trabajadas en las investigaciones estudiadas, y frecuencia de estas. Realización propia.

3.2. La calle: Pa' lo que hay que ver

Mi madre, siempre ha sentido un desinterés por casi todo producto cultural que expone lo banal de la sociedad capitalista en la que estamos insertas. Siempre suele decir “¡buah! Pa' lo que hay que ver”. Cuando contaba mis intenciones sobre mirar la séptima a detenimiento, solía recibir de un par de conocidos la misma intención comunicativa de la frase de mamá, pero dichas en otras palabras, bien sea por lo espantoso del lugar, por lo abrumador, o por la infravaloración de lo que está comúnmente allí cobijado por la aparente simplicidad de lo cotidiano. Así, me propuse realizar una indagación un poco más amplia, sobre lo que me interesaba a mí en un principio: la experiencia, el habitar y el paisaje en el centro histórico de Bogotá, o alrededores, para tener un rango más amplio de investigaciones; pero también expandí mis búsquedas en función de esas categorías emergentes encontradas anteriormente.

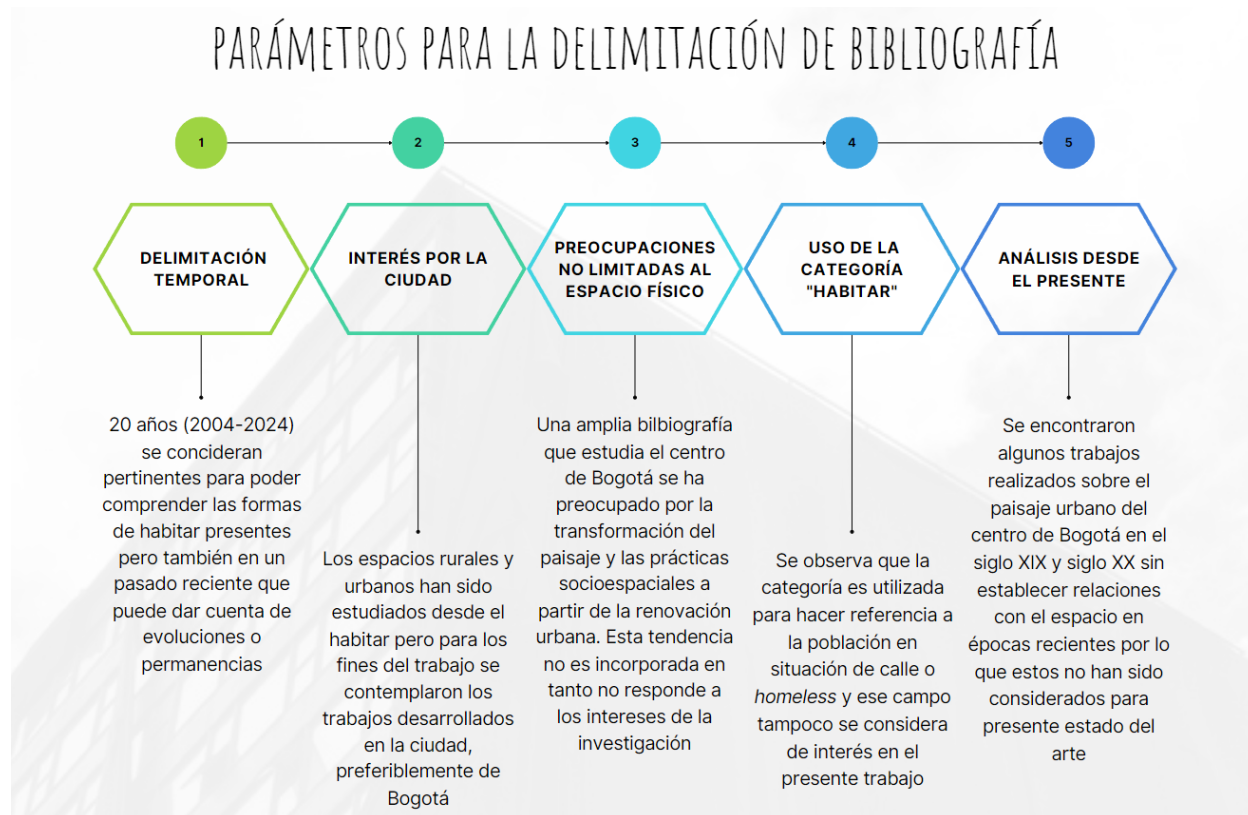


Figura 3. Filtros para la selección documental. Elaboración propia.

Recurrí a motores de búsqueda como Google Académico, repositorios de universidades nacionales como la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad Externado, la Universidad de Los Andes,

la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Distrital FJC, también a repositorios de universidades internacionales y bases de datos como Scopus. Los aportes de cada texto se registraron en una matriz de análisis en donde se contrastaron los campos de investigación, los objetos de investigación, las categorías, y los resultados. La literatura producida sobre experiencia espacial y el habitar, como es de esperarse, es inmensa, por ello, establecí algunos parámetros que me permitieran afinar al máximo la bibliografía obtenida finalmente (Figura 3), la cual consta de treinta y ocho trabajos investigativos. Dos trabajos tampoco son *open access* por lo que requerían de mi solicitud para poder acceder a ellos y no fue posible recibir el permiso por parte de quienes los realizaron, pero considero preciso tenerlos en cuenta al menos para su mención, en función de su posible relevancia.

El primer trabajo seleccionado fue publicado en el 2004 y,

como se observa en la gráfica posterior (Figura 4), no es posible hablar de picos de producción según las categorías puesto que son pocos los trabajos realizados cada año. Las preocupaciones por las relaciones sujeto-espacio – determinante para seleccionar los trabajos que dialogan con y sobre el centro de Bogotá y alrededores – tienen un leve auge en el año 2016. También, es preciso resaltar que las categorías de *paisaje* y *lugar* se componen cada una de un solo texto puesto que las otras investigaciones consultadas estudian ambas constituciones espaciales en función de la estructuración física de la ciudad y dejan de lado el componente humano que convierte al espacio en paisaje y lugar.

Es de resaltar que, de esta producción, el 76% es nacional (Figura 5) y solo nueve de estos trabajos fueron publicados en el exterior puesto que se me hizo necesario delimitar desde el inicio la preocupación por



Figura 4. Número de investigaciones publicadas, según las categorías de análisis y los criterios de selección. Elaboración propia.

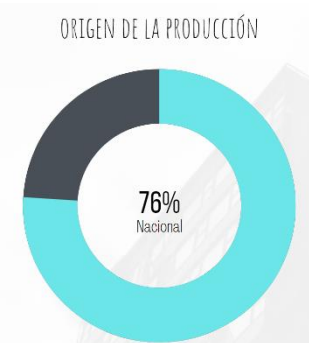


Figura 5. Procedencia de las investigaciones. Elaboración propia

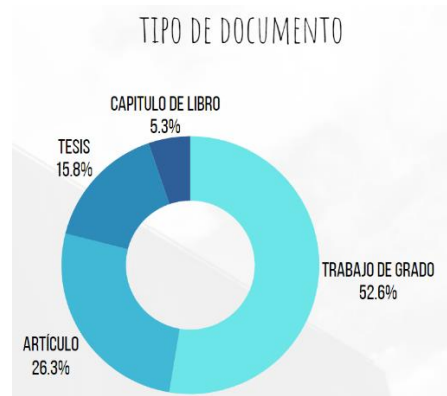


Figura 6. Tipos de documentos seleccionados. Elaboración propia.

el habitar y la construcción de experiencias y lugares en Bogotá, espacio de interés. Por otro lado, predominó la selección de trabajos de grado, seguidos por artículos y tesis, y solo se seleccionaron dos capítulos de libros de investigación (Figura 6). Es bastante interesante reconocer que las investigaciones se producen principalmente en el campo de las artes visuales (Figura 7) y desde allí se incorpora el estudio de la ciudad, elemento que rescatan los abordajes realizados desde la arquitectura y el urbanismo, campos que también dominan este objeto de estudio. Por otro lado, la comunicación ha hecho de los símbolos que contiene la ciudad, toda una posibilidad para leerla y comprenderla. Las ciencias sociales, en conjunto con sus disciplinas, si bien componen una gran parte de la producción, no logran dominar la que se presentará en este estado del arte. Adicionalmente, es valioso ver cómo el estudio de la ciudad y sus gentes ha interesado también a investigadores e investigadoras preocupados por la educación.

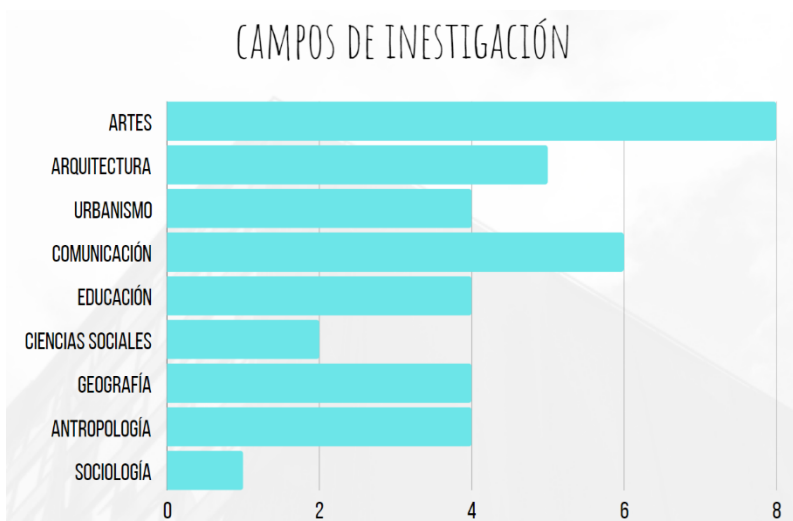


Figura 7. Número de investigaciones publicadas, según campo de producción. Elaboración propia.

Una vez analicé de forma más detallada los documentos seleccionados, realicé una gráfica de relación entre las categorías que considero de primer nivel, es decir, las que guiaron mi búsqueda de otras miradas sobre el lugar, y las categorías que emergen en esas investigaciones con preocupaciones comunes (Figura 8). En este esquema tomo como categoría al *centro* de Bogotá para hacer un poco más específica la relación de los trabajos localizados allí, con las categorías teóricas que explican los fenómenos observados. Cada una de estas categorías de primer orden, salvo por la subjetividad, representa un *cluster* categorial diferenciado por un color particular. Por otra parte, el tamaño de cada nodo representa la frecuencia aproximada con la que la categoría ha sido usada por los y las autoras.

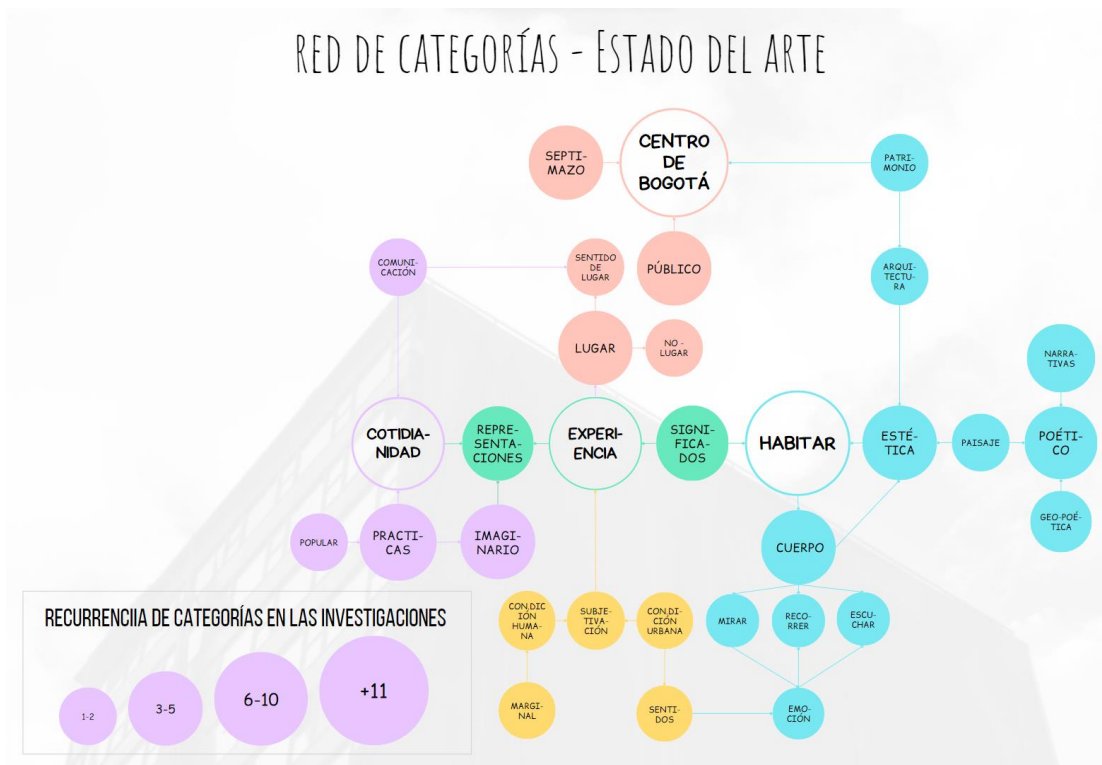


Figura 8. Red de categorías de primer orden y emergentes, resultado de la realización del estado del arte. Elaboración propia.

Una vez que he reconocido y afirmado, por medio del gráfico anterior, que mi interés sigue tomando como centro la categoría de *habitar*, realicé otra representación de la interpretación que hice de los treinta y ocho textos (Figura 9) en función de las formas de concebir ese *habitar*. Logré así definir lo que he llamado un: sistema de esferas, la forma en la que yo también empiezo a entender el habitar la ciudad a partir de esas discusiones epistemológicas y metodológicas desarrollada en este compilado bibliográfico, y de mi experiencia personal en centro, en la

SISTEMA DE ESFERAS - OBJETO DE INVESTIGACIÓN

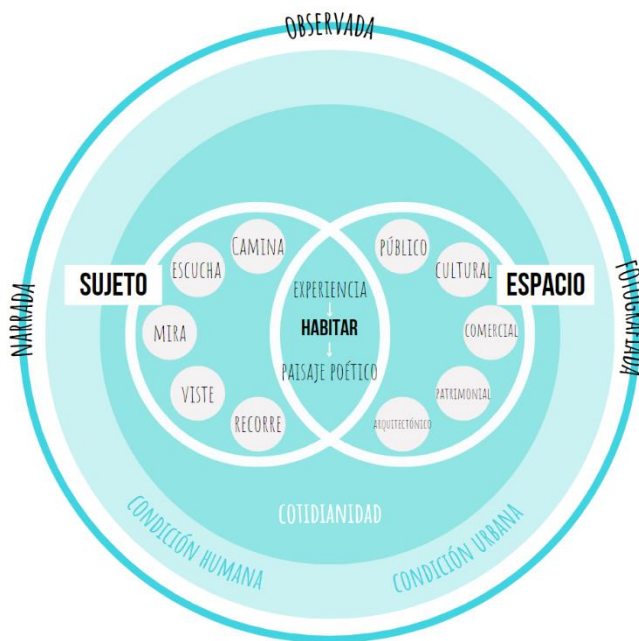


Figura 9. Esquema analítico de estado del arte. Elaboración propia.

séptima de la que muchos hablaron ya. Este esquema analítico a la vez hizo posible que tuviera ante mí la primera delimitación del objeto de investigación: la composición de la séptima como sujeto-espacio hecho paisaje poético, que se habita a partir de la experiencia espacial.

3.2.1. Primera esfera: El sujeto que está

Pensar en el habitar, nos remite a ubicar a un sujeto en un espacio, este sujeto tiene un cuerpo, que puede caminar, escuchar, mirar, este sujeto puede vestir su cuerpo y/o puede transportarse por el espacio. Estas cinco acciones han sido objeto de estudio en ciertas investigaciones que consciente o inconscientemente hacen del cuerpo humano el medio por el cual el ser desarrolla su experiencia en el espacio, es decir, su experiencia en sí.

- *Primera microesfera: El sujeto que camina.*

Bernal & Traslaviña (2018) en su investigación titulada *La calle, no es lo mismo vivirla que vivir en la calle. La experiencia de habitar la calle*, comprenden el caminar como un arte, particular para los seres que hacen de la calle su hogar o población *homeless*.

- *Segunda microesfera: El sujeto que escucha.*

En *Escuchar de ida y vuelta ¿a qué suena el Centro?* Lozada (2021) desarrolla un proyecto de paisaje sonoro por medio del cual busca reconocer el sonido ambiente como una estética que media la experiencia sensorial de lo sujetos en el centro de Bogotá y pretende también cuestionar los imaginarios del centro de Bogotá que tejemos desde nuestra experiencia a través de la contemplación del lugar. Lozada recuerda también que su labor consiste en “mostrar que el centro vive” (p. 37)

- *Tercera microesfera: El sujeto que mira.*

Castaño (2015) se enfoca en la mirada como mecanismo de construcción de subjetividades en función de la memoria asociada a la estética de las casas abandonadas en distintos espacios del país, esto lo desarrolla en su investigación *Mirar y habitar. Estudio sobre los procesos de subjetivación basados en la mirada en las casas abandonadas*. Para ello la autora recurre a la fenomenología de Merleau-Ponty y la relevancia que tiene para él el cuerpo en la experiencia estética que tenemos todos gracias a la interacción con el espacio que en este caso es visto.

- *Cuarta microesfera: El sujeto que se viste.*

Asqueta (2016) encuentra en la carrera séptima de Bogotá una pasarela urbana con cuerpos estéticos que construyen y exponen su identidad por medio de las ropas de visten y ello lo plasma en el texto *Personalidad e identidad; cuerpo y estética. El septimazo, la presentación de la moda en la pasarela urbana*. Por otro lado, Campos, Jaureguiberry, & Silva (2020), en *Ropa tendida: Gestos de la experiencia cotidiana de la ciudad*, encuentran en las calles de Santiago de Chile, lo cotidiano como una “coreografía” de gestos que da cuenta del cómo se construye y se habita la ciudad, y que esta vez se expresan a con la ropa que cuelga en las fachadas de las casas en un acto sensible que interpela a quien la observa. Los autores en este ejercicio apelan por la indagación de “lo trivial, lo nimio y los aspectos más prosaicos de nuestra experiencia” (p. 130), por el descubrimiento de los seres anónimos que dan cuenta de, citando a Rancière (2009), “una época, una sociedad o una civilización en los detalles ínfimos de la vida corriente [al] explicar la superficie a través de las capas subterráneas y reconstituir mundos a partir de sus vestigios”, un ejercicio que para este último autor resulta ser “literario antes que científico” (p. 130).

- *Quinta microesfera: El sujeto que recorre.*

En la investigación *Bogotá en movimiento: Habitar la ciudad recorriéndola* Rossi (2004) realiza un interesante ejercicio de interpretación del centro de Bogotá vivido tanto adentro como afuera de los buses viejos tradicionales de aquella época en la que se desarrollaba la investigación. La autora realiza una observación, descripción e interpretación profunda de todos los símbolos del transporte urbano y entre letreros viejos que informaban el destino como “Columnas, 20 de julio, Kr 13 y 10”, entre estampas de la virgen pegadas en los vidrios del interior de los buses, los nombres asignados a las busetas femeninas y coquetas como “La consentida” o “La pequeña Lulú”, o los adornos de la silla del conductor o de la palanca de cambios, logra afirmar que se habita la ciudad cuando se recorre. También Lindón (2020), en *Experiencias espaciales femeninas en los desplazamientos cotidianos* encuentra el habitar en las experiencias espaciales de tránsito femeninas. Apoyada en Tuan (1977) reconoce la importancia de lo sensorial en estas experiencias espaciales que son el resultado de la interacción entre el cuerpo con el espacio en el que está. Siguiendo a Tuan, afirma que “la experiencia espacial es la articulación de siete dimensiones en torno a las prácticas: la sensación, la percepción y la concepción, junto con la memoria y la imaginación, y la emoción y el pensamiento del ser humano en cierto lugar” (p. 44). La

experiencia espacial es entonces situacional: depende del espacio y del tiempo en el que existe el sujeto que siente.

3.2.2. Segunda esfera: El espacio ocupado

Un mayor número de investigadores e investigadoras priorizan el estudio del espacio como posibilidad para el desarrollo de prácticas, representaciones e imaginarios que constituyen a su vez modos de vida particulares.

- *Primera microesfera: El espacio arquitectónico.*

Investigaciones como la de Munévar (2021), *Laboratorio de vivienda: formas de hacer y reconfigurar el habitar contemporáneo en el centro de la ciudad de Bogotá, D.C., Colombia*, hacen de la arquitectura la muestra de la capacidad que tienen los espacios públicos y privados de ser mediadores entre la construcción del sujeto y el espacio en el que está. También Quintero (2011), en la investigación *El habitar poético: una aproximación al “Genius Loci” de la arquitectura contemporánea*, recorre a través de imágenes de distinto tipo varias ciudades del mundo con el fin de encontrar el *Genius Loci* de Shultz, que hace del habitar una experiencia poética y nos permite hablar de *geopoética*. Quintero (2011) explica que

se llega a un habitar poético, a través de una geopoética que exalta el espíritu del lugar en la concretización del espacio existencial solo si se establecen relaciones de identidad, pertenencia y arraigo con el lugar. Se llega a una geopoética de la arquitectura contemporánea si ésta logra despertar en el ser la seducción del reencuentro hombre-tierra, cuerpo-natura. Solo bajo estas condiciones se exalta el espíritu del lugar [del *Genius Loci*], por medio del devenir pertenencia del hombre con la tierra. (p. 61).

Y si para este autor la relación existencial del ser con el espacio parte del sentimiento de arraigo y protección, para Benavidez (2012) en *Transformaciones espaciales. Estudio de caso: Carrera séptima de Bogotá, entre calles decima y veinticuatro*, esta relación configura un espacio existencial una vez que el espacio es un absoluto que le posibilita al ser el habitar, modificarlo.

- *Segunda microesfera: El espacio patrimonial.*

Por otro lado, Lulle en el 2008 y en el 2011 desarrolla investigaciones, *Prácticas y representaciones espaciales de los habitantes del Centro de Bogotá* y *Habitar el centro histórico: prácticas y representaciones de los residentes en torno a la vivienda patrimonial* (esta última junto a Palacio, Sierra, & Van Der Hammen) respectivamente, que buscan comprender las prácticas socioespaciales de las personas en torno a las viviendas patrimoniales del centro de la ciudad. Es de resaltar que la segunda investigación pone en discusión el cambio de subjetividades que se apropian de la arquitectura cuando cae la noche. Las discusiones por la renovación urbana, bastante extensas en el centro, podríamos asumirlas como esa contraparte al habitar lo patrimonial. Así, *Disidencias del habitar: disputas por el espacio entre las políticas de renovación urbana y la población habitante de calle transgénero y mujeres cisgénero del centro de Bogotá*, escrito por Malagón (2019), se preocupa por este fenómeno y su impacto en el habitar para la población femenina y trans en el centro. La autora dialoga con varios autores, entre ellos Bachelard y su Poética del espacio para definir el habitar como amparo o como posibilidad para situar a un sujeto, permitirle existir.

- *Tercera microesfera: El espacio comercial.*

La preocupación por las dinámicas comerciales y su influencia en las prácticas cotidianas de los sujetos que transitan o permanecen en espacios, o paisajes como lo concibe Gamba (2022) en *El trabajo, las representaciones, la experiencia espacial en el paisaje agroindustrial del arroz en Ambalema, Tolima*, aparece también como posibilidad para leer el espacio de San Victorino. Vargas (2020) en *Experiencias urbanas: una aproximación cotidiana a las actividades del “Madrugón-San Victorino” desde la concepción y ocupación del espacio en el centro de Bogotá* y Pinzón (2017) en *Formas de vivencia, convivencia y supervivencia en el sector centro de Bogotá*, indagan por las formas en que las prácticas comerciales se relacionan con el transeúnte que ocupa la calle también y este último concluye que la ciudad se compone de fragmentos en tanto cada ser la compone a través de su modo de estar allí.

- *Cuarta microesfera: El espacio cultural.*

Una tendencia investigativa se consolida alrededor de las prácticas culturales establecidas entre los sujetos y el espacio y es desarrollada de múltiples formas. Algunos autores se

preocupan por la población infantil y el lugar o la experiencia como lo hace González (2019) en *El lugar como experiencia espacial y su relación en la construcción del niño como sujeto político infantil* o Calderón, Cárdenas, Fernández, Peña & Román (2018) en *Construcción del Pensamiento Geográfico a partir de la Experiencia Espacial de niños y niñas de enseñanza básica*. Reta (2021) en *Vivir la ciudad desde el barrio y vivir el barrio desde el cuerpo. La experiencia espacial desde una perspectiva interseccional* vincula en su interés por la experiencia, la lectura de ella en función del género. También Cristiano (2021) en *Reflexiones y valoración de las relaciones entre paisaje urbano y prácticas sociales cotidianas en la carrera séptima de Bogotá. Caso: tramo de la calle Ira a la calle 27 sur* busca establecer una relación entre lo simbólico y estético de la calle, con las memorias de los sujetos que han de transitarla y, además, realiza una propuesta de intervención urbana que tenga en cuenta esta carga cultural en un futuro.

Ayala (2010) encuentra la historia de la cotidianidad bogotana en las esculturas en su investigación *Un septimazo a la escultura. La escultura figurativa conmemorativa ubicada en la carrera séptima entre calles 26 y 10ª*. Y, García & Portilla en el 2019 lideran el proyecto titulado *Imaginario social desde las expresiones gráficas en ambientes público-privados del centro de Bogotá* la cual se apropia de lugares icónicos del centro como el bar de Doña Ceci o Café Pasaje, para realizar una lectura profunda sobre la estética de los lugares que los hacen ser. Entre las pinturas, los grafitis, las calcomanías pegadas por los visitantes, e incluso en los orinales con letreros curiosos como “Orine feliz, orine contento, pero hágalo adentro”, buscan encontrar huellas de los imaginarios que se construyen al interior del lugar y que construyen el lugar. También Duque (2014), en *El Grafiti, vehículo de comunicación popular en medio de coyunturas sociales-políticas y sus manifestaciones en la carrera séptima da Bogotá*, encuentra en esas expresiones una exposición de las condiciones de desigualdad que padece la población bogotana.

Ahora, son cuatro las investigaciones gestadas en el campo de la comunicación. Dos de ellas reconocen en la séptima una posibilidad de leer la historia de la ciudad a través de la crónica resultado de la actitud del *flâneur*: *De siete en siete por la séptima* (Palpati, 2016); y desde las narraciones mediáticas que describen la carrera como epicentro de manifestaciones sociales: *Siete veces séptima. El imaginario político de un escenario narrado* (Toro, 2015). Las otras dos investigaciones emprenden la búsqueda por los

sentidos y significados de la carrera séptima como espacio cargado de símbolos. En primer lugar, Otálvaro (2012) centra su atención en las particularidades simbólicas de la carrera séptima un domingo en su trabajo *Semiótica y crítica de la comunicación urbana: el escenario dominical de la carrera séptima en Bogotá* y dialoga con Benjamin y Merleau-Ponty y los elementos que permitirían poner a hablar a la ciudad y a los cuerpos que allí están. Cardona (2017) en "*Una colcha de retazos imaginados*": *tejiendo los sentidos del Septimazo en Bogotá a través de imaginarios urbanos* vincula las prácticas sociales décadas atrás y las de hoy, desarrolladas en el *septimazo* con el cuerpo como ente sensible que percibe, construye, recuerda, olvida, escribe y lee la ciudad a través de símbolos y que de esta forma logra habitarla.

- *Quinta microesfera: El espacio público.*

Por último, Méndez (2018) *Sensing La Séptima. Rethinking Bogotá's Public Spaces through emotions and the senses*, el segundo y último trabajo surgido desde la geografía, piensa la carrera séptima como espacio público desde otra perspectiva basada en las emociones y sensaciones corporales que genera. Hace una lectura de este espacio a partir de la "geografía háptica" en donde el cuerpo sensible siente, huele, saborea, ve y oye con el fin de construir una percepción de la realidad. Para ello realiza un ejercicio de "participación sensible" que le demanda al investigador(a) una identificación con el espacio de forma afectiva y emocional desde la cotidianidad. Además de ello fue interesante conocer el postulado de la autora en el que afirma que en la carrera séptima los humanos son más que humanos, en su lugar, allí permanecen *cyborgs* populares, una comunidad de trans-humanos a los cuales los unen sentimientos y deseos como no ocurre en otro lugar de la ciudad.

3.2.3. El exterior: Formas de leer la ciudad

De cierta forma todas las investigaciones desarrolladas con la intención de desentramar las relaciones entre los sujetos y espacio requieren de la observación en mayor o menor medida. Sin embargo, uno de los trabajos hace de la observación su mayor interés. Este es el caso de Gonzales (2021) en su trabajo, abordado desde la geografía, *Residentes de la calle bogotana: una parada a la vida prolongada en la calle* en la cual, por medio de la observación participante indaga por los usos del espacio de la mano de población en situación de calle.

Sin embargo, la observación no ha sido la forma exclusiva de acceder a la lectura de la ciudad. Dos trabajos se sumergen en la ciudad por medio de la lectura de novelas: *La construcción narrativa de la ciudad; Una mirada a lo literario y las representaciones de la vida cotidiana en Bogotá a través de la novela "Satanás" de Mario Mendoza* de Avellaneda (2015) y *La condición humana de las personas marginadas que habitan el centro de Bogotá: Aproximación sociocrítica a la novela Scorpio City de Mario Mendoza* de Rojas (2016). En esta primera investigación el centro de Bogotá aparece como un espacio multitemporal y multiespacial con múltiples prácticas cotidianas que mutan, que son contradictorias, caóticas y son desarrolladas en un mismo lugar y de forma simultánea. Emerge así en el texto una

ciudad cargada de elementos simbólicos únicos que aparecen también como una manifestación de una ciudad oscura, sucia, desorganizada y criminal en la dimensión de la obra de Mario Mendoza, sin embargo y casi de una manera irónica, los personajes y habitantes aceptan esta forma de la ciudad y en donde más que disfrutarla, evidencian su profundo grado de identificación con el espacio que habitan (p. 47)

Esta ciudad también se muestra como espectáculo o “teatralización de la existencia” en palabras de Arguello (1998, citada por Avellaneda, 2015), o como una “carnavalización de la ciudad gótica” en palabras del autor, que resulta en la generación de una tensión, distancia y descontento entre los sujetos, sobre los cuales domina una sensación de extrañeza, y lo que la ciudad les puede ofrecer. Todo ello constituye lo que luego Rojas (2016) cataloga como parte de la condición humana, que en palabras de Arendt es “el cumulo de opciones posibles que ayudan a concretar y a construir un proyecto humano ubicado en un espacio y tiempo determinado” (p. 14). Así, somos lo que una ciudad contradictoria, viva, pero a la vez “oscura y dolorosa” (p. 37), nos permite ser. Calderón (2019) en *De lo cotidiano y lo asombroso: un podcast sobre la condición urbana en Bogotá*, desarrolla un ejercicio esta vez de narración de la ciudad a partir de lo que él denomina *condición urbana*. Al llegar a esta concepción del ser humano por una casualidad, el autor encontró en las redes eléctricas, además de tenis colgados en los cables contando historias, toda una puesta estética que cuenta quienes somos, entonces *stickeros*, *graffiteros* y *pegoteros* son convocados a compartir sus historias de vida surgidas de esta condición urbana.

Por último, se reconoce otra tendencia en las formas de acercarse a la ciudad y esta es por medio de la fotografía, entendiendo que este medio permite reconocer el presente a partir de una lectura hacia el pasado o una permanencia en el futuro. Rojas (2020) en *Habitar la margen* hace el ejercicio de retratar la marginalidad en la ciudad de Bogotá e incluso hace que los sujetos en situación de vulnerabilidad, como población mayor, puedan hacer uso de la fotografía para retratar su experiencia en la calle. Así mismo, Dotor & Flórez (2023), en *La trama de la carrera séptima de Bogotá, relatos del tejido popular, personas, vestidos y supervivencia* retratan y estudian las fotografías que dan cuenta de las economías del rebusque que se desarrollan en ese escenario y que dan cuenta de una estructura social desigual. Montealegre (2018) presenta su investigación titulada *Theatrum urbe o la dimensión poética del habitar: interpretaciones iconológicas sobre las transformaciones culturales de Bogotá a través de la fotografía callejera (1930-1970)* que parte del asombro por la estética y ética de la calle y de la vida cotidiana por lo que viaja al pasado en un intento de encontrar formas poéticas de habitar la urbe. También Ríos (2018), de la mano de un fotógrafo que hizo del espacio público capitalino su inspiración, esto en “*Todo transcurre entre estas calles y estos lugares*”. *Significaciones del espacio urbano desde la fotografía de Sady González del centro de Bogotá*. Finalmente, Perilla (2007) desarrolla su proyecto de investigación en la carrera séptima con avenida Jiménez y por medio de la fotografía, busca dar cuenta de la influencia de este nodo de la ciudad, en las formas de transitar por el a lo largo de la historia, pero sobre todo comprende el cuerpo como componente del lugar, todo ello en *El habitar en la Jiménez con séptima, de Bogotá. Corporeidad, historia y lugar*. Fontana & Mayorga (2016) retrata el mismo lugar en *Aproximaciones visuales a un cruce de ciudad: Avenida Jiménez / Carrera Séptima. Bogotá*.

3.3. La intersección, la macroesfera y el universo: El habitar cotidiano, una condición urbanamente humana

Una vez me acerqué a formas de comprender la ciudad como las narradas anteriormente, encontré la cotidianidad como el ambiente en el que se desarrolla el ser; a esto y por ello le llamo macroesfera. Se supondría que terminé este ejercicio comprendiéndola a profundidad, no obstante, muchas son las dudas que ahora me aquejan. ¿Qué es la cotidianidad? Me pregunto ahora con mayor preocupación. ¿Cuál es mi cotidianidad? Y ¿Cuál es la cotidianidad de aquellos que se encuentran en la carrera séptima? ¿Qué hay más allá de la cotidianidad? ¿Lo extraordinario? Tratar de

comprender la experiencia espacial emergida desde lo cotidiano y lo ínfimo, según el camino ya transitado por otros y otras investigadoras, me será posible si asumo la geografía humanística como traductora del mundo que tengo ante mí. Me atrapa aquella expresión dardeliana de *la geopoética* y la evolución teórica que Yory, por ejemplo, le da a esa relación existencial entre el ser y la Tierra. Confirmando también que con este proyecto quiero continuar construyendo las lecturas de la ciudad a partir de las estéticas del lugar que se constituyen a partir de las vivencias diarias de los sujetos que están allí, encontrando, lo que una vez comprendió Tuan: lo sublime, esta vez de la carrera séptima en Bogotá, lo que sería para el autor, un paisaje hecho a punta de cuerpo y sentimiento.

Considero que los esfuerzos por llegar a comprender lo que en esta avenida sucede, que atrapa o repele, que encanta o que asusta, deben ir abiertamente direccionados al *habitar*, lo que he llamado la intersección, el desvanecimiento de aquella dualidad que Yory devela cuando afirma que no existe tal, y que somos ser y espacio a la vez y que el espacio es ser también. Seguir revelando lo poético y lo estético de la carrera séptima me exige llenar ciertos vacíos que no han podido ser contemplados:

En primer lugar, el centro ha sido estudiado por fragmentos, y sí, vivimos una ciudad resquebrajada por la marginación, la segregación y la subjetivación de cada espacio por cada individuo, sin embargo, ella se le ha delimitado con sólidas fronteras, la carrera séptima se ha extraído de su medio en intentos de interpretarla, es por ello que este proyecto debe entender la séptima como una arteria que transporta, contiene y sacude vidas, estéticas, emociones y recuerdos, pero ello gracias a múltiples canales algo más pequeños, callejones estrechos, calles con nombres sacados de un libro de ficción, o incluso importantes avenidas transversales o paralelas a ella, en los que se gestan intenciones, secretos, deseos e historias que explican nuestra presencia en la séptima entendida desde ahora como un sistema y no como retazo de ciudad. Así mismo, algunos textos entre líneas compartieron una sensación de extrañeza y sabia distancia con todo aquello que sucede en el centro de Bogotá cuando la luz del sol deja de alumbrar. ¿Qué ocurre en la séptima cuando no hay muchos seres dispuestos a contemplarla? ¿Qué esconde la noche? ¿Quién usa la noche? Sería osado tratar de responder estas preguntas, pero la séptima es día y es noche a la vez y hay que verle las dos caras a ese monstruo quimérico.

Las posibilidades de articular en un solo trabajo todas las categorías que inicialmente partían de mi interés y se fueron complementando a lo largo de mis lecturas, son una gran motivación en tanto se ha estudiado el paisaje urbano de la séptima, sí, pero no se ha estudiado la experiencia espacial allí y esta no ha sido teóricamente complementada con el interés por el habitar. Ahora, el transitar entre estos treinta y ocho productos académicos surgidos de autores a quienes también la calle les llama y quienes decidieron aceptar su invitación, especialmente sumergirme en las palabras de quienes encuentran en la séptima una magia tanto fascinante como escabrosa, también grabó en mi mente lo que concibo como el universo, lo que contiene y permite ser: *la condición (h)urbana* del ser-ahí, del ser que es en tanto habita, que existe en tanto habita. Martínez (2015), a través de su “mirada callejera”, dice que en tanto hay sujetos que están en el lugar, también viven *para él* y así estos seres, algo sobrenaturales, o como los llamó Méndez (2018), estos trans-humanos, llevan las calles, las del Cartucho, las del Sanber o las de la séptima... las llevan en la piel.

Hoy con firmeza, me uno a los múltiples esfuerzos que trataron de “mostrar que el centro vive” y en este acto poético, iré al encuentro de esas pieles que se vuelven calle y esas calles que se vuelven piel; pieles que sienten, huelen, lloran, caminan, miran, y otras asfaltadas que se mojan, se rayan, se recorren, se orinan y se pintan con tiza, pieles que habitan y que son habitadas.

4. ¿Cómo leer la séptima?

“La ciudad comenzó como un intento de llevar el orden y la majestad del cielo a la Tierra, y de allí procedió cortando con sus raíces agrícolas, civilizando el invierno, convirtiendo la noche en día y disciplinando el sensual cuerpo humano en aras del desarrollo de la mente.

Los humanos han hecho todas esas cosas para que, en la ciudad, uno pueda experimentar las alturas y las profundidades, en una palabra, lo sublime”.

Yi Fu Tuan.

Para algunos geógrafos e incluso filósofos, lo dicho en el apartado anterior parecería ser una hazaña vista con desconfianza. “¿Cómo es que me va a mezclar ese habitar *heideggeriano* con la geografía Laura?”, me dijo alguna vez un filósofo disciplinado, admirador de la obra del existencialista. “Eso no es objetivo. No puedes hablar del centro solo partiendo de lo que tu piensas o de lo que unos pocos sienten”, escuché alguna vez cuando no mencioné encuestas ni análisis morfológicos y demográficos como columna de la entonces intención investigativa. Por suerte, pude encontrar en los teóricos de la geografía humanística el más grande apoyo.

Para la década de los sesenta, estos geógrafos, consolidando los aportes de otros geógrafos que años antes apostaron por otras epistemologías, encontraron en ese existencialismo y en la fenomenología una posibilidad de lectura de la ciudad algo atrevida para esa corriente positivista y materialista que dominaba la disciplina. Por un lado, el existencialismo establecía esa relación sustancial entre el *mundo*, entendido como un conjunto de fenómenos, y el *ser* que los ordenaba. Así: uno no existe sin el otro, y, hay tantos mundos posibles como seres que los experimentan en función de su experiencia única (Delgado, 2003). Todo un ataque al único mundo explicado por leyes que intentaban revelar los geógrafos positivistas. Por otro lado, la fenomenología entiende a ese *mundo* y a la *experiencia* en él como un solo ente. Además, en el estudio de la *cosa en sí*, propia de la fenomenología, la escisión entre lo subjetivo y lo objetivo pierde fundamento; la dualidad de la cosa como subjetiva y lo objetiva, toma relevancia. Adoptadas estas dos corrientes filosóficas como formas de entender el espacio, surge la geografía humanística y cada una de estas se consolida como enfoque, que, de hecho, encuentran formas de coincidir cuando se habla de fenomenología existencial (Delgado, 2003).

Esta fenomenología existencial parecía respaldar lo que solía aseverar cuando me preparaba para ver la carrera séptima con ojos detectivescos. En efecto, hay una experiencia espacio-temporal de los seres que transitan un espacio, que permanecen en él, incluso de los que lo evitan, y es esa relación la que constituye subjetividades particulares y espacios particulares. Ahora, esa experiencia espacial-existencial en ocasiones es tan especial, que hace que el General Sandúa sea un ser al cual yo no me podría parecer; y a la vez permite que la carrera séptima sea la calle de la que probablemente se ha hablado más en las conversaciones entre rolos o extranjeros cuando pisan o piensan Bogotá.

Este enfoque incita al investigador o investigadora a clavar sus ojos en lo ordinario de la vida del ser en el mundo. La relación entre el ser y el espacio, comprendida a partir del estudio de la experiencia espacial-temporal, luego existencial, será revelada en tanto la cotidianidad de los seres humanos sea esa *cosa en sí* sobre la que se puede volver. Esta cotidianidad, como lo indicaría el principio de suspensión (*epoché*) de la fenomenología *husserliana*, debe ser entonces descrita, y descrita a detalle (Delgado, 2003). Será el *lebenswelt* de Husserl, es decir, el mundo vivido o el mundo de las experiencias suspendidas, alejadas de cualquier creencia científica o prejuicio fundado en la consciencia, el que, al ser observado y descrito, permitirá avanzar en la comprensión de la naturaleza del ser.

4.1. Capítulo 1. El principio de la Geograficidad

En 1952, el geógrafo francés Eric Dardel, publica su obra *El hombre y la tierra* en el cual expone sus reflexiones sobre lo que llamaría el “ser geográfico” que compone a cada ser humano, en el sentido también heideggeriano de estar-en-el-mundo constitutivo del *Dasein*. Para Dardel la existencia del ser es posible solo en tanto está en un espacio, el cual es representado en el mundo vivido, es decir, en el mundo cotidiano de la experiencia. La relevancia de los símbolos y las representaciones del mundo mediadas por las emociones, definieron la forma de comprender al ser humano en Dardel y así mismo la forma en la que el ser humano concibe el mundo que le rodea y el cuál el experimenta. En este sentido, Dardel encontraba rastros de lo terrestre en lo humano, y del humano en esa Tierra de la que hablaría – inmovilidad que posibilita el movimiento –; en esta relación quedaba inscrita una relación existencial entre las dos partes, la una era inconcebible sin la otra (Besse, 2013).

Para comprender esta relación espacial-existencial dardeliana se necesita a la vez partir de dos nociones disruptivas para la época: 1. El espacio dardeliano es tanto sustancia material como afectiva. 2. Es la cotidianidad en la que se desarrolla la existencia humana la que configura ese espacio sustancial (Besse, 2013). Bajo estos dos principios, me es preciso advertir que la geografía en el presente trabajo ya no se entiende como campo de conocimiento, sino como *experiencia*. Adoptar el legado de Eric Dardel implica que para esta investigación la geografía es el camino para entender el cómo y el por qué de nuestra existencia en el mundo, causa inconsciente de mi interés por la séptima. No es esta un compilado de conocimiento abstraído de la realidad material y emocional que se cuece en el espacio, no, lo es en tanto geografía y experiencia son una misma, un encuentro con el ser y con el *todo* de ese ser, es decir, con el espacio también.

¿Acaso la geografía, no es a fin de cuentas una cierta manera de ser invadidos por la tierra, el mar, la distancia, de ser dominados por la montaña, conducidos por la dirección, actualizados por el paisaje como presencia de la Tierra? (Dardel, 1952, p. 97)

Geograficidad. Así le llamaba Dardel a la posibilidad de entender la geografía como mecanismo para entrar en esa experiencia espacial-existencial que *es* el sujeto geográfico en su dualidad ser-espacio. Esta *geograficidad* como condición humana reclama para la geografía una fenomenología del espacio que le permita acceder al espacio como fisionomía (apariencia del fenómeno) a partir del encuentro estético – sensible – del ser. Este contacto consolidaría entonces imágenes poéticas hechas paisaje, es decir, impresiones cuasi espirituales que dan cuenta de la posibilidad que tiene el ser de *habitar* la Tierra gracias a esa consciencia estética-geográfica (Besse, 2013). “El paisaje enjuicia la totalidad del ser humano, sus vínculos existenciales con la Tierra, o si se prefiere, su *geograficidad* original: la Tierra como lugar, base y medio de su realización” (Dardel, 1952, p. 87). Así,

entender el paisaje es “estar en el paisaje”, es “ser” atravesado por él en una “relación que afecta a la sangre y a la carne”, nos dice Dardel (pag. 87); es ser invadido por su color fundamental hasta convertirlo en el impulso y el ritmo de su existencia” (Besse, 2013, p. 24).

4.2. Capítulo 2. El principio del cuerpo que habita

La interacción sensible entre el sujeto y el espacio es estudiada por el filósofo, también francés, Merleau-Ponty quien propone la fenomenología de la percepción como un mecanismo que permite descubrir la condición del ser arrojado en el mundo, el cual se concibe como el medio sobre el que aparecen los pensamientos y las percepciones explícitas de este primero, y que puede ser percibido por aquel sujeto. Allí no aparece una fuente de verdades sobre el ser o el mundo, tampoco se concibe la percepción como algo verdadero o falso, solo se presenta un sujeto brindado al mundo para quien la percepción de este mundo le permitirá emprender un acceso a la verdad (Merleau-Ponty, 1945). Este ejercicio de percepción es mediado sí y solo sí por la sensación a la cual se tiene acceso por medio del cuerpo el cual establece una relación dialéctica con el espacio. La presencia del cuerpo en el espacio y el tiempo se hace efectiva una vez se entiende que por medio de este cuerpo es que se percibe el mundo (Souza, 2013).

La fenomenología de Merleau-Ponty resulta significativa para los problemas geográficos que se preguntan por el sujeto y su existencia en el mundo. En palabras de Lima (2007), citada por Souza (2013), “toda experiencia corporal es por definición y principio una experiencia espacial” (p. 266). Esta categoría de “experiencia espacial” le permitirá a la geografía recuperar al sujeto del mundo natural que antes acaparaba toda la atención de la disciplina, y posibilitará un análisis existencial profundo del por qué, el para qué y el cómo se relaciona el sujeto con el mundo en el que está inserto. En este proceso, la fenomenología de Merleau-Ponty permite “interrumpir nuestra absorción cotidiana en el mundo” y así “encontramos que este no es algo que uno *piense*, sino algo ‘por medio de lo que uno vive’” (Packer, 2013, p. 218). La suspensión de lo cotidiano permite entonces comprender la experiencia continua del sujeto en el espacio.

Por otro lado, si bien la categoría del *habitar* está más presente en Heidegger (1951) – como acción de construir, la cual brinda cobijo y libertad – que en Merleau-Ponty (1945), la naturaleza corpórea del sujeto brinda elementos clave para direccionar la forma de concebir el habitar del ser en el mundo. Cuando el autor discute sobre la relación entre la luz y la mirada en función del objeto que se revela ante el sujeto, señala que el cuerpo es el poder por el que se *habitan* los medios. Especialmente, para Merleau-Ponty (1945), la mirada aparece como el medio por el cual se transita al habitar. “Mirar un objeto, es venir a habitarlo, y desde ahí captar todas las cosas según la cara

que al mismo se presenten” (p. 88). De estos supuestos se podría concluir que existen múltiples miradas hacia un mismo objeto (otro sujeto, un paisaje o un sujeto inserto en un paisaje) y así mismo múltiples son las formas del habitar en un espacio. Incorporar el cuerpo del sujeto y su relación sensible con el mundo permitirá abordar el objeto de estudio anteriormente planteado de una forma especial.

4.3. Capítulo 3: El principio del paisaje, del paisaje sublime

Para Yi Fu Tuan (1975), la mirada también es la pura entrada al mundo exterior. Cada sentido tiene una importante relevancia para traducir la forma de experimentarlo, sin embargo, la mirada interviene en la forma de tocar, oler, degustar y escuchar los estímulos que están fuera de nuestro cuerpo. Esta adquiere aún más importancia para los geógrafos pues es la mirada la que nos ha permitido narrar y graficar ese mundo sentido. Esta conexión sensorial, luego sentimental, transforma el espacio en lugar.

Place is a center of meaning constructed by experience. Place is known not only through the eyes and mind but also through the more passive and direct modes of experience, which resist objectification. To know a place fully means both to understand it in an abstract way and to know it as one person knows another. At a high theoretical level, places are points in a spatial system. At the opposite extreme, they are strong visceral feelings (...) In this range places are constructed out of such elements as distinctive odors, textural and visual qualities in the environment, seasonal changes of temperature and color (...) Within the middle range places are thus known both directly through the senses and indirectly through the mind (Yi Fu Tuan, 1975, p. 153).

Fijar la mirada sobre un espacio permite, según Tuan (1977), develar los tres elementos que lo convierten en lugar: el espíritu, la personalidad y el sentido del lugar que desarrolla el sujeto que está. Esto es, los fantasmas y espíritus que se creen habitan el espacio; lo aterrador – sublime – o afectivo que puede ser, y los principios morales y estéticos que le imprimen los seres humanos a éste. La fenomenología del espacio que también soportará las intenciones de los y las geógrafas en esa labor de encontrar el *genius loci* o el *esprit du lieu* de cada espacio en función de cada ser.

Tal como Dardel, Tuan (2013) demanda el resurgimiento de una geografía *otra*, una geografía real pero “atrevida” e “imaginativa” en sus palabras: una geografía romántica. Recuperar el espíritu de los exploradores que salían al encuentro de un lugar desconocido a los ojos del mundo y narraban las aventuras con sus gozos y peligros como en una novela, es pues la misión de la geografía de hoy. ¿Pero por qué romántica? Tuan encuentra en el espíritu romanticista europeo de fines del siglo XVIII la conjunción entre las banalidades de la vida cotidiana y la búsqueda de la perfección humana, así, se reconocen “las grandezas y las desgracias del hombre, de su poder y su miseria” (Barzun, s.f., citado por Tuan, 2013). De la formación de dicho espíritu, emergía luego la imaginación decadente de inicios del siglo XIX al adoptar las ideas de lo sublime y gótico.

El romanticismo se inclina hacia los extremos en el sentir, el imaginar y el pensar. Busca no tanto lo bonito o lo cáusticamente bello como lo sublime con su mezcla de lo cautivador y lo horrible, las alturas y las profundidades (Tuan, 2013, p. 16).

En ese mismo cuerpo que siente, que revela sentidos de lugar, y en esa geografía imaginativa, podría la disciplina dar respuesta a esa condición humana dual, o polarizada usando categorías del autor.

Bajo estos conjuntos binarios subyace una geografía romántica por las siguientes razones: se centran en los extremos en vez de en el rango medio; afectan a nuestros sentimientos y juicios hacia los objetos y personas que nos encontramos en nuestra vida cotidiana, pero también – y más relevante aún para la geografía romántica – a la conceptualización y la experiencia de grandes y desafiantes entornos como el planeta Tierra con sus subdivisiones naturales de montaña, océano, selva tropical, desierto, meseta y hielo, y sus equivalentes humanos en desafío – la ciudad –. Estimulando el sabor romántico de estos entornos se encuentran individuos que buscan aventura y algo más – algo más misterioso de lo que son capaces de articular –. Las aventuras de este último tipo pueden ser caracterizadas de búsquedas, y la búsqueda – como la del Santo Grial – está en el núcleo del relato romántico. Pero antes tenemos que volver a los valores binarios porque definen los límites de lo aceptable en el quehacer cotidiano de las vidas humanas – la geografía – y apuntan a posibilidades que van más allá – la geografía romántica – (Tuan, 2013, p. 18).

Entre las tinieblas y la luz, entre el orden y el caos, entre lo elevado y lo profundo, Tuan (2013) encuentra la esencia de lo *sublime* en lo que, por toda la experiencia estética que se imprime en el

lugar, es ahora paisaje. Lejos de comprender las estéticas de lo sublime como resultado de la exaltación de la perfección humana, la estética de lo sublime revela la naturaleza dual, bella y espantosa, de la naturaleza y del ser humano. Y para complejizar un poco más las cosas, cada parte de esa unidad polarizada es contradictoria. Así, la luz puede cegar, el cosmos funciona gracias al caos, y los descensos pueden resultar más valiosos que los ascensos. La verdad de lo *sublime* radica en la existencia de la grandeza gracias si o solo si a la existencia de la decadencia. Entonces la geografía romántica emprende la aventura por encontrar, en las muestras de cotidianidad del ser humano y en los detalles de un lugar, al paisaje sublime que nos deje expuestos como especie, que revele nuestros encantos y nuestras vergüenzas.

Sobre todo en la ciudad Tuan (2013) reconoce lo sublime del ser-espacio:

El orden

Los artesanos humanos no podían crear orden a tal escala, pero lo intentaron, usando el cielo como patrón. Vieron en el movimiento de las estrellas una previsibilidad – un orden – que no podían ver en las características y eventos naturales en la Tierra. Su tarea, pues, era llevar ese orden a la Tierra, y eso hicieron en forma de ciudades cósmicas, con muros y edificios clave alineados con los puntos cardinales – es decir, con las posiciones críticas del movimiento del Sol, sin duda la más prominente de las estrellas – (p. 21).

El caos

Dios creó el orden del caos pero, siendo un gran artista, con el temperamento de un romántico, hubiera hallado “el orden” demasiado predecible y un poco aburrido. Así que añadió al ser humano a sus obras, una criatura que, a diferencia de todas las demás, tiene la capacidad de elegir y, con la elección, viene la posibilidad de producir desorden (p. 21).

“He ahí la séptima”, habrá dicho Dios, pero lo han dicho los hombres que le dieron posibilidad, y sí, mayoritariamente los hombres productores de espacios en la América colonial y moderna. Esa séptima, construida, destruida y reconstruida, escondería, según Tuan, la dualidad de la sociedad en la que estuvimos y estamos inmersos hoy.

4.4. Capítulo 4: El principio del Yo

Mal no había hecho yo cuando rememorando el centro de Bogotá establecía esa triada que antes aparecía en mí como un simple esbozo de una estructura social a la cual luego le llamaría paisaje. Fueron largas también las discusiones en las que debía defender la noción del *habitar* como categoría especial y espacial. – No, no me refiero a la población *homeless* – que no ha tenido una buena categorización como sujetos que padecen la carencia del hogar. “No, no estoy hablando de habitantes de calle”, en Colombia también conocidos como indigentes, ñeros o cartoneros. Mi propia experiencia espacial en la séptima y en general en el centro de Bogotá, había despertado en mí esa duda sobre quién soy yo respecto a ellos, me había puesto siempre la ciudad como un espejo sobre el cual aparecía mi reflejo, pero de forma difusa, borrosa, empañada y salpicada de sustancias que en efecto no entendía qué eran.

– Tendrías que contar tu propia experiencia en la séptima –, decía una filósofa atrapada con la precaria presentación que realicé de mi propuesta de investigación en el coloquio de la Maestría. – ¿Cómo entrar a conocer la experiencia de esos seres que están allá, si no es a partir de tu propia experiencia? –, me preguntaba, rematando con un “porque un texto así... me lo enseñas porque yo me lo leería”. Ese día y al momento de este juego de adopción de formas de concebir el mundo desde la fenomenología del lugar, sigo tratando de resolver esa extraña sensación de que busco en ellos quién soy yo. De que cada paseo que realicé y estaba a punto de realizar solo me sumergía en la búsqueda del *habitar* un *paisaje* quizá *poético* que se me habría gracias a mi posibilidad de desplegar mi ser en esas micro *experiencias espaciales* cuando vagaba por la séptima.

Pese a ello, insisto con firmeza en que logre o no adentrarme en las experiencias espaciales de quienes hacen parte de la séptima y se convierten en un todo dependiente el uno del otro, hecho que me distancia de ellos y de ellas, esta propuesta investigativa me permitirá al menos revelar quién es ese ser que puede *ser* en la séptima y quien es ese ser que no puede *ser* allí. Más que ser esto un experimento de reconocimiento del yo y del otro en función de un espacio común como lo es esa agotadora calle bogotana, mirarnos los unos a los otros, olerlos, empujarnos, gritarnos o ignorarnos, nos permitirá encontrar la esencia de una ciudad llámese precapitalista, premoderna o apocalíptica. En esa lectura de un paisaje que expone la degradación de una de las ciudades más importantes de América Latina.

Las discusiones que se han gestado dentro de la geografía humanista, de esa geografía atrevida, que hacen de la mirada una entrada a las relaciones existenciales de seres geográficos que construyen y se construyen a partir de los paisajes sublimes. Esa misma geografía con pretensiones literarias, resultarían descubriendo también esos espíritus, personalidades y sentidos escondidos en una calle como la séptima, y así denunciando, el producto de una sociedad construida bajo unas lógicas económicas, pero sobre todo éticas que han dispuesto a la ciudad como lo está, y nos han puesto allí para desplegar nuestra posibilidad de ser en y con el espacio, relación que se expone en un paisaje marginal, de precariedad y segregación.

“No tenemos cuerpo, somos cuerpo” (Mendoza, 2007, p. 36), escribía Lejbán frente a la chimenea con su vaso de ron. Viene aquí y ahora, la preparación del encuentro de esa cosa corpórea en un espacio que lo hará saberse caótico y pleno a la vez.

5. ¿Cómo encontrar la Séptima?

“Es evidente que ese hecho de ponerse a caminar por una ciudad como París o Buenos Aires durante la noche, que ese estado ambulatorio en el que, en un momento dado, dejamos de pertenecer al mundo ordinario, me sitúa con respecto a la ciudad y sitúa a la ciudad respecto a mí”

Julio Cortázar.

En correspondencia con los principios de la geografía humanística, solo la investigación cualitativa permitiría atender al entendimiento de la interacción del ser y el espacio y comprenderla a profundidad. Específicamente, como se dio a entender en el apartado anterior, la investigación cuenta con un enfoque fenomenológico soportado en la propuesta de Merleau-Ponty (1945). Por ello, la metodología apuntará a concebir la constitución de las relaciones sociales como constituyentes de objetos y sujetos, fruto de un proceso ontológico y no epistemológico (Packer, 2013). Se propone que el principio de Merleau-Ponty soporte este proceso metodológico en el que se tome como centro la percepción como una manera de *ser* en el mundo y la fenomenología será la forma en la que se estudie la experiencia de aquel ser. Así mismo, incorporar su concepción del cuerpo-sujeto recordará a lo largo de la investigación que la dualidad entre subjetividad y objetividad no significa una oposición entre la una y la otra.

La fenomenología de Merleau-Ponty (1945) también direcciona la investigación en tanto se ha planteado la estrecha relación entre las gentes que habitan el espacio, el centro de Bogotá, y el espacio en sí. Es decir, se ha hecho explícito que la investigación tiene la intención de indagar por la constitución recíproca del sujeto y del espacio. Es fundamental recordar que para este filósofo la relación del sujeto con el mundo es de unidad y no de dualidad o complementación:

Para Merleau-Ponty la fenomenología es cuestión de aprender a ver con atención nuestra existencia en el mundo, y un análisis fenomenológico muestra que tanto creamos el mundo como somos creados por el mundo. Insistió en que “necesitamos despertar de nuevo nuestra experiencia del mundo como este se nos aparece, en la medida en que *somos* en el mundo

a través de nuestro cuerpo, y en la medida en que percibimos el mundo con él” (Packer, 2013, p. 206)

Pensar en el cómo acercarme a la calle sin duda era una pregunta que me inquietaba bastante pues siento por ella un respeto que guarda en su interior el temor por descubrirla. Así, para indagar por las formas en las que se configura el habitar en el espacio por intermediación de la experiencia cotidiana del cuerpo allí, consideré que la etnografía me permitiría develar los elementos que componen las relaciones que se tejen en dicho ejercicio. Así mismo, recordando a Dardel (1952) y lo que para él significa la geografía, la investigación requiere que quien investiga se sumerja en ese mundo real y de esta forma logre comprender lo que allí sucede. Pese a dicha claridad, me cuestionaba mucho cómo entrar a una calle que se deja atravesar, pero que no permite permanecer, o al menos no a alguien como yo.

Si bien la etnografía surge como metodología funcional a la antropología, desde la sociología y otras disciplinas, entre ellas la geografía, su aplicación mutó y permitió hacer de las ciudades un objeto de estudio a los cuales es posible conocer mediante esta metodología.

La ciudad es, más bien, un estado mental, un cuerpo de costumbres y tradiciones, y de las actitudes y sentimientos organizados que son inherentes a estas costumbres y se transmiten con esta tradición. La ciudad no es, en otras palabras, un mero mecanismo físico y una construcción artificial. Está involucrada en los procesos vitales de la gente que la compone; es un producto de la naturaleza y particularmente de la naturaleza humana (Park, 1915/1997:16) (Packer, 2013, p. 246).

Particularmente el centro de Bogotá, caótico y agitado, no guarda en su interior una población estática sino fluctuante, una población que en muchas ocasiones no está dispuesta a exponerse fuera del anonimato común de la muchedumbre urbana y otros están u ocupados o recelosos por lo que no se abren fácilmente a la posibilidad de dejarse conocer. Así mismo, dinámicas complejas relacionadas a economías subterráneas e inseguridad, hacen que un ejercicio profundo de observación sea algo mucho más retador para la etnografía tradicional. Sin embargo, esta misma metodología deja la puerta abierta a nuevas formas de salir a la calle.

Marcus (1997) ha argumentado que es tanto inevitable como necesario para el etnógrafo mantenerse como un *forastero*, debido a que este estatus es una condición del conocimiento etnográfico. Un forastero puede plantear preguntas que un miembro no puede, y al hacer eso aprende nuevas cosas acerca de su propia cultura (Packer, 2015, p. 272).

Esa posición de exterioridad, de estar ahí adentro, pero desde fuera, es beneficiosa para el estudio del fenómeno que allí ocurre, para alcanzar también esa *epojé* o suspensión del espacio con esos seres que entran en el a formar paisaje. Pensar en ello, indudablemente trae a mi mente las lecturas de ciudad relatadas en los cuentos de Poe y en las historias de Baudelaire, es por eso que me uno a esas investigaciones que han incorporado el *flâneur* benjaminiano como “extrañamiento ante el espectáculo de la ciudad” (López, 2017, p. 19) reclamado por Benjamin, que hacen de la experiencia de aproximación a la literatura, la posibilidad de leer la ciudad. Transitar y recorrer las calles, sintiéndome ajena a ellas y abandonada a esa sensación del caminar como simple acto de sobrevivencia, me permitirá encontrar entre las multitudes y desolaciones de *la séptima* los secretos de este lugar, su vida y su estética urbana. A este punto, recuerdo mis escapadas al centro de Bogotá en ese 2013. ¿Hacia del *flâneur* mi escape de la realidad? En este intento de huida, terminaba perdida, desorientada, y así, según Benjamin (1982, citado por López, 2017), me vi atraída por lo extraordinario de la normalidad.

5.1. Un poeta antinaturalista

Tiedemann (2012) reconocía en las propuestas de Walter Benjamin la realización de una historia literaria materialista. La posibilidad de poner a hablar a Poe o a Baudelaire en el mismo espacio y sobre el mismo tema con teóricos como Engels, estos y otros autores ficcionales o realistas, ponían los ojos, en sí todo su cuerpo y pensamiento en algo común para las dos partes: la ciudad moderna y capitalista de la Europa del siglo XIX. Benjamin encontró en esas lecturas novelescas, poéticas y críticas, la estética de la ciudad y las particularidades de la existencia de algunos seres que *están* en ella. Así, gracias a la literatura, como lo esperaba Dardel (1952), Benjamin observó y develó la ciudad encarnada en el ser humano que a su vez había sido producido junto a ella. En las multitudes, los hombres solitarios o las mujeres paseantes, tanto Poe, Baudelaire, Engels y Benjamin, reconocieron la esencia de la ciudad y del ser, es decir, de esa relación existencial entre

el ser y el espacio que se teje a partir de la experiencia espacial de los personajes descritos en libros y poemas. El *flâneur* entonces, aparece en primer lugar como un modo de existencia en el mundo.

Los pasajes parisinos por los que transitaba la clase burguesa, los dandis que caminaban con lentitud incluso acompañados de tortugas para enfatizar ese tempo surreal, se convirtieron en espacios para desplegar la expresión del ser a través del caminar. Sin embargo, los autores mencionados descubren que el flâneur como experiencia está en el sujeto que camina y en el que observa al que camina. Poe, por ejemplo, revela la experiencia del hombre de la multitud, pero ese hombre es a la vez una dualidad. Es ese hombre que se escurre entre la multitud, pero es también ese curioso osado que lo persigue para calmar toda inquietud de saber quién es ese viejo paseante. Benjamin (2012) habla del detective que encuentra su más grata experiencia en el vagabundeo.

“El observador”, dice Baudelaire, “es un príncipe que disfruta por doquier de su incógnito”. Y si el “flâneur” llega de ese modo a ser un detective a su pesar, se trata, sin embargo, de algo que socialmente le pega muy bien. Legítima su paso ocioso. Su indolencia es solamente aparente. Tras ella se oculta una vigilancia que no pierde de vista al malhechor. Y así es como el detective ve abrirse a su sensibilidad campos bastante anchurosos. Conforman modos del comportamiento tal y como conviven al “tempo” de la gran ciudad. Coge las cosas al vuelo; y se sueña cercano al artista (Benjamin, 2012, p. 104).

Le Breton (2011) en *Elogio del caminar* también hablaba del caminar como una “apertura al mundo” que le permite al hombre un “feliz sentimiento de su existencia. Lo sumerge en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena” (p. 7) que le permite al ser encontrar en sus insignificantes conversaciones o impresiones, el “sabor del mundo” (p. 10). Para él, el origen del humano había comenzado en los pies... y terminaba con la mirada, con esa mirada de Benjamin.

Caminar es un método de inmersión en el mundo, un medio para dejarse penetrar por la naturaleza, para ponerse en contacto con un universo inaccesible mediante modos de conocer o de percibir propios de la vida cotidiana. Al filo de su avance, el caminante amplía su mirada del mundo, sumerge su cuerpo en condiciones novedosas para él (p. 21).

Para Le Breton (2011), el paseo dista un poco del caminar. Para él, desde una perspectiva kantiana, es una experiencia en la que el vagabundeo se transforma en un arte que encuentra en la cotidianidad el espíritu del ser en un ejercicio intelectual. Nuevamente se reconoce en la calle a ese doble hombre y a esa mujer polarizada. El paso o la *flânerie* nos deja expuestos en el mundo como seres conscientes e inconscientes en el acto del caminar, nos deja ser paseantes mercancía, como diría Benjamin (2012), que en función del consumo atravesamos las calles, o nos permite ser curiosos observadores vagabundos. Sin embargo, ambas posibilidades de permanencia en la calle hacen del paseante “una especie de reflejo del lugar que recorre” (Le Breton, 2011, p. 60), sea bajo una especie de enajenación o no. Expresa él mismo:

La relación del hombre que camina con su ciudad, con sus calles, con sus horarios, ya le sean estos conocidos o los descubra al hulo de sus pasos, es primeramente una relación afectiva y una experiencia corporal. Un fondo sonoro y visual acompaña su deambular; su piel registra las fluctuaciones de la temperatura y reacciona al contacto de los objetos o del espacio; su cuerpo atraviesa capas de olores infectos o placenteros. Esta trama sensorial le aporta al paseo por las calles una tonalidad agradable o desagradable según las circunstancias. La experiencia del caminar urbano despierta el cuerpo en su totalidad, es una puesta en escena del sentido y de los sentidos. La ciudad no está fuera del hombre, sino en él impregnado en su mirada, su oído y todos los demás sentidos (p. 81).

El capricho de contemplar la calle como espectáculo por medio del *flâneur*, sabiéndose el flâneurista sociólogo, novelista y cazador de anécdotas, diría Le Breton, requiere del observador baudelaireano, de un “*príncipe* que disfruta en todas partes de su *incognito*” (Baudelaire, 2008, citado por Le Breton, 2011, p. 81). Sería él ese “poeta antinaturalista” el que terminaría cumpliendo la hazaña que describía Poe en La carta robada (1844) de descifrar lo más complejo de la gran ciudad: (lo que está más a la vista” (Songel, 2021, p. 12).

Ha sido toda una idea descabellada, a mi parecer, el poder hacer del *flâneur* una oportunidad de lectura de la ciudad. Encontrar en las calles y en los rostros de esos *personajes* que caminan por ellas una narración literaria, ha sido para algunos autores una posibilidad de descripción geográfica – es decir de la esencia del ser-espacio –, se lee la ciudad para luego escribirla. Así, para Songel (2021),

Los textos producidos por el flâneur son resultado de una especie de “escritura automática”, una traducción casi simultánea de la percepción visual en palabras. Su perspectiva lo coloca como espectador de figuras, estructuras y señales urbanas como lector que tiene la posibilidad de transformar todos esos signos en descripciones literarias (p. 23).

El *flâneur*, fue así adoptado por la etnografía, es decir, apareció también como una actitud etnográfica que apelando a la mirada le exige al cuerpo una ampliación de la experiencia sensorial que revele grandes estructuras cuando se detiene el mundo para inspeccionar la vida del detalle nimio. Durán (2011) señala que esta, ahora técnica, le permitiría al observador/investigador, concentrar la atención lo efímero del espacio, así, según este autor,

En la actitud del flâneur, en discrepancia con la del etnógrafo clásico, lo que importa es la movilidad en el espacio y no el anclaje al terreno; interesa así, el flujo y circulación de los datos y su transformación en reflexión. De esta manera, el espacio público aparece como un mundo por descubrir, que incita a realizar una profunda “botánica del asfalto” (Benjamín 1972), fisiologías de todo tipo que pretenden maravillarse de lo cotidiano y encontrar lo inesperado de la ciudad. Dice Benjamín sobre su función: “reconstruir topográficamente la ciudad, diez, cien veces, a través de los pasajes y de las puertas (...) los rostros más secretos de la ciudad se sitúan en su parte más recóndita (1972:130) (Durán, 2011, p. 141).

Esta especie de etnografía poética que encuentra en el minúsculo detalle la posibilidad de comprender la urbe gracias a un merodeo intelectual, diría Durán (2011), haría de la descripción densa una narración literaria – aún más densa quizá – un mecanismo de revelación de estéticas del capitalismo contemporáneo. Así el texto producido por el *flâneur* experiencia espacial que analiza la *flâneurie* posible o imposible hoy, y por el *flâneur* detectivesco/investigativo no sería más que el relato de la impregnación de un modo de producción en lo más cotidiano de un sujeto cualquiera que ronda la ciudad. Ese botánico del asfalto encontraría la posibilidad de develar el paisaje sublime de una urbe que se alza con grandeza, gracias a la observación de la cara oculta que puede tener la ciudad.

5.2. La decodificación de la mirada

Luego de reconocer mi fuerte intención de hacer uso del *flâneur* como experiencia espacial para tratar de comprender las experiencias espaciales de otros seres, debo identificar y establecer la mejor forma de ir al encuentro de la calle y de sus gentes, de esa carrera séptima y los cuerpos que la componen. Así, siguiendo el espíritu aventurero que geógrafos y literatos han abierto ante mí, solo queda presentar una propuesta arriesgada que me permita conectar mi forma de concebir la calle – guiada por esos hombres citados anteriormente – y la forma en la que emprendería mis vagabundeos que luego debían pasar por un proceso de decodificación de la mirada, para lograr esa transcripción de la experiencia espacial y su paisaje sublime, en un texto que pueda o no ser leído por algún curioso.

Contra toda sugerencia de quienes me rodean, establecí un esquema de visitas flâneristas, por no decir de vagabundeo científico, a la séptima (Figura 10). Cada franja, en la que la permanencia en



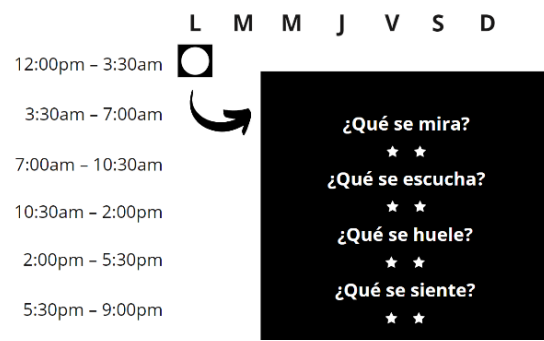
Figura 10. Franjas temporales de inmersión en el lugar. Elaboración propia.

el lugar las tres horas y media no son obligatorias, me permitirá relatar mi experiencia en el lugar por medio de notas de campo que luego serán sistematizadas en una nueva matriz en la que disgregaré la inmersión sensorial del cuerpo en el lugar (Figura 11). Se apelará a la exhaustiva mirada, a la aguda audición, al profundo olfato y a la posibilidad de sentir el lugar, a veces mediante el tacto, otras mediante el gusto, pero siempre con una piel que altera constantemente el sistema nervioso,

que, en función de los estímulos del lugar, acelera o relaja el ritmo cardiaco del caminante.

Esta propuesta, rechazada por profesores, amigos y familia, por ahora, es uno de los mínimos estructurantes de los paseos que me dispondría a realizar sin tener certeza alguna de poderlos realizar,

EXPERIENCIA ESPACIAL EN LA SÉPTIMA



⁹ Figura 11. Esquema de decodificación de la experiencia. Elaboración propia.

paseos que serían sistematizados en una matriz de análisis (Figura 12).

ANÁLISIS FLANERISTA							
Día	Hora	Experiencia espacial	Paisaje	Análisis Tuan - Benjamin		Habitar	Diario
		¿Qué se mira? ★ ★	Estéticas	Lo sublime	El orden	El caos	
		¿Qué se escucha? ★ ★	Fisiologías	La clase	Lo elevado	Lo profundo	
		¿Qué se huele? ★ ★					
		¿Qué se siente? ★ ★					

Figura 12. Matriz de análisis Tuan-Benjamin. Elaboración propia.

El día: es entendido como un elemento definitivo para entender las dualidades de la séptima. Un martes cualquiera la séptima no será la misma que un domingo o festivo. La hora: la noche y el día, dos caras opuestas de una misma calle también aparecen en la matriz como elementos que direccionan la percepción de la calle en esa experiencia espacial condicionada ya por el tiempo. El paisaje: La dualidad dardeliana hombre-Tierra será codificada en función de unas estéticas de la calle y las fisiologías, los cuerpos, de quienes están allí. Tanto Tuan (2015) como Benjamin (2012), también encontraban en las relaciones duales una forma de explicar lo que considero aquí es el paisaje. Así, la búsqueda de lo sublime, según Tuan, permite decodificar las imágenes que emergen en representación del caos, pero también del orden; tal como para Benjamin, la lectura atenta de los sujetos callejeros, permite leer la distinción de clase que permite el funcionamiento del capitalismo. Esta decodificación de la mirada a partir de lo dual, me permitirá reconocer esas formas de habitar, de ser uno con el espacio, que son posibles gracias a la séptima y en la séptima. Así, esta investigación se propone:

Descripción del paisaje	Identificación de experiencias espaciales	Interpretación de experiencias espaciales
<i>Flâneur</i>	<i>Flâneur</i>	<i>Análisis fenomenológico</i>
Notas de campo y matriz de observación	Notas de campo y matriz de observación	Matriz de análisis

Figura 13. Diseño metodológico.

6. Lo sublime de la séptima en la salvaje Bogotá

*“Ese ‘aire gris y pestífero’ no es más que la presencia de la ciudad,
su legado más cruel y miserable, la herencia que nos inocular
y que permanece en nosotros durante años.*

Bogotá: abismo, precipicio.

Bogotá: incesante sed de venganza.

Bogotá: laberinto sin punto de entrada ni salida, construcción desventurada.

Bogotá: metáfora cruel y dañina, oprobio, acrimonia, purgatorio.

Bogotá: estados de ánimo leprosos, sífilíticos.

Bogotá: mueca, infame y agónica, virus, fiebre, catalepsia permanente.

*Bogotá: lugar donde siempre se está en la hora veinticinco, una hora después de la
aniquilación.*

Bogotá: cáncer que una y otra vez se desplaza a lo largo del filo de la navaja”.

Mario Mendoza.

La ciudad de los umbrales.

6.1. Martes 30 de enero de 2023. Bogotá, Colombia.

Ya han controlado los incendios que consumieron más de doce hectáreas de cerro; algunas de ellas con ecosistema de páramo. Mirábamos por estos días al oriente de la ciudad sintiéndonos insignificantes cuando las columnas de humo salían con más fuerza cada día. La prensa y el ojo ingenuo de gran parte de bogotanos estaban clavados allí. Viendo hacia arriba entendí dónde estaba yo y así, donde estaba la ciudad: aquí, abajo, bien abajo. A los pies del borde de altiplano, encajada en medio de la cordillera oriental, a unos 2.600msnm que por fortuna a quienes nacemos aquí, no nos pesan ni nos asfixian. Es por ese mismo cerro en cara de sotavento por donde se deslizan diariamente los vientos alisios que refrescan la ciudad y van al encuentro de esos vientos que vienen del sur, justo ahí, en el ecuador. Bogotá entonces, padece por temporadas esos vientos que se hielan con la altura, pero también los calores propios que asumimos al estar casi en la mitad del mundo. Y sí, los bogotanos terminamos siendo el resultado de esa dualidad que nos hace ponernos y quitarnos la chaqueta varias veces al día, que hace de sus calles una pasarela donde el código de vestir depende de esa guerra diaria entre sensaciones térmicas.

Para finales de la década de 1530, Bacatá, ese suelo miles de años antes cubierto por aguas, sintió el vibrar de los pasos del ejército español al mando de Jiménez de Quezada. El territorio usado por el Zipa para escapar de las inundaciones fue puesto en la mira por aquellos foráneos. Una capilla y doce casas con techo de paja, honrando a los doce apóstoles o a las piedras que los hebreos pusieron sobre Gálgala, fueron instauradas allí: nace Santa Fe de Bogotá, nace el centro histórico de Bogotá (Ibáñez, 1951).

El centro histórico de Bogotá se extiende desde la calle 1ra hasta la carrera 34, desde el cerro hasta la Avenida Caracas (Bogotá.gov, s.f.). A él hemos recurrido cuando hemos tenido la intención de vivir ese retazo natural de la ciudad. ¿Qué sería del centro sin esa vista tímida del cerro de Monserrate que se oculta tras los altos y grises edificios de la zona? ¿Qué sería de la ciudad si no hubiera sido contemplada desde esa iglesia empotrada allí arriba cuyo objetivo era desvanecer las creencias Muisca que veían en el cerro a un ente místico femenino? Tampoco es fácil imaginar la vida del centro sin los deportistas o fieles arrepentidos que los domingos desfilan por las calles del centro con el objetivo de subir, sufriendo o no, a la cima de aquella elevación. Mucho menos sin los vendedores de artículos religiosos, comida tradicional o de fotos con llamas andinas, que se aglomeran en la entrada baja del santuario, opacando el sonido del descenso de las aguas del río San Francisco que más abajo será canalizado. ¿Qué hubiese sido de las personas sin hogar que se bañaron un día en las putrefactas aguas del canal? Canal mohoso en el que recientemente los hijos pequeños de una mujer sin techo aprovecharon para zambullirse en el agua como si fuera una digna piscina, todo por huirle a esas elevadas temperaturas que nos reclaman emprender una urgente lucha contra el cambio climático.

La Avenida Caracas, antes conocida como la Carrera 14, fue una vía construida en función de la carrilera del tren de la Sabana – vía ferroviaria Tren del Norte – y la estación instaurada en la localidad de Los Mártires desde finales del siglo XIX, declarada luego Monumento Nacional. El uso de la vía férrea permitió la movilización del comercio del interior del país al conectar la ciudad con los flujos de mercancía que se transportaban por el río Magdalena, y daba paso también al comercio con el norte del altiplano (Colombia Travel, s.f.). Sin embargo, ya entrado el siglo XX aparece la necesidad de conectar las casas de descanso de la élite bogotana que se había tomado el norte de la ciudad – Teusaquillo y Palermo, por ejemplo –, con el centro de la ciudad. Se le reclamó a la ciudad una vía de acceso adicional con transporte variado: esa Carrera 14 que por las ansias

de modernización sería luego ampliada y extendida a la luz de planes de urbanización que prometían para la zona, diseños arbolados como bulevares europeos que le dieran acceso a esas mansiones rolas de tipo tradicional, planes, como de costumbre en Bogotá, fallidos (Semana, 2017). El proyecto del arquitecto austriaco Karl Bruner de 1933, termino convertido en lo que es hoy para muchos un borde del centro de la ciudad que con dificultad quiere ser transitado, una zona que si la recorremos en Transmilenio nos pone ante los ojos paisajes de decadencia, pobreza y criminalidad.

En épocas de colonización, la población indígena, española, afro y mestiza demandaba un espacio de atención en salud, así, Jiménez de Quezada solicitaba a la corona española la instauración de un hospital que funcionaría años después como el hospital San Pedro, listo para atender a pobres y españoles. Un par de siglos después, ante las denuncias de hacinamiento y riesgo de propagación de enfermedades, el hospital fue reubicado y llamado Jesús, María y José. Posteriormente, pero aun en el siglo XVIII, el San Juan de Dios aparecía en lo que hoy es la calle 1 y se convertiría en todo un centro de estudio de medicina que acabaría en décadas recientes abandonado por afrontar una quiebra de la que no se pudo recuperar. Visitado hoy por curiosos de lo paranormal, o por grupos de recuperación de memoria y patrimonio, espera ver implementado el plan de rescate y reactivación que tiene planeado el gobierno actual de Gustavo Petro (Semana, 2020).

En esta misma zona, sobre la calle 1 puede recorrerse el pintoresco paisaje de casas coloridas que preservan su arquitectura colonial, mezcladas con otras que dan cuenta de una arquitectura más moderna y popular. El barrio de Las Cruces cuenta también la historia temprana de la ciudad, siendo una periferia sur de aquel nicho urbano en el que se estableció la plaza de armas a finales del siglo XIX. Nombrado así por ser o el barrio de fabricación de las cruces para tumbas, o por ser el cruce de caminos entre el llano y el norte del altiplano, albergó en su interior las aspiraciones de vivienda de una clase popular en la primera década del siglo XX, también los rezagos de los saqueos y la violencia acaecida con el asesinato de Gaitán, y le dio cabida a víctimas del desplazamiento con ansias de construir, al margen de la regulación, las casas en las que resguardarse no de la pobreza, pero sí de la violencia rural. Porque en épocas más recientes, las prácticas violentas de una urbe como Bogotá siguieron azotando al barrio. Los conflictos por el expendio y consumo de droga, y otras leyendas como las del Callejón de la muerte – cerca a la quebrada San Jacinto, donde en principio morían criollos y españoles y luego eran atacados

vecinos y transeúntes – o las de la Casa macabra – una olla con gran prestigio mortuorio – nunca abandonaron al barrio, un barrio que con su cultura y espíritu de resistencia trata de salir siempre adelante (Gélvez, 2003).

Finalmente, el centro histórico de Bogotá es bordeado por la carrera 34, una de las calles que separa el barrio La Perseverancia del colegio San Bartolomé de la Merced, barrio también llamado *La Perce* por algunos de sus habitantes. Para finales del siglo XIX, Leo Kopp – sí, el dueño de esa tumba que yace en el Cementerio Central en la que se congregan los lunes, día de las almas, los fieles creyentes en ellas para limpiar el espacio, adornarlo con flores y susurrarle al oído de la estatua de bronce la súplica para que se cumpla algún milagro anhelado, o cuando ya fue hecho por favor de Kopp, para agradecerle por tan grata acción – compraba por \$10.000 los terrenos en los que instalaría la fábrica de cerveza Bavaria. Obreros de barrios periféricos como Egipto llegaban al lugar a trabajar, sin embargo, en plena época de intentos de industrialización de la pequeña ciudad, los obreros de la fábrica empiezan a realizar proyectos de autoconstrucción de viviendas, en este caso apoyadas por Kopp, quien descontaba algo de sus salarios, para invertir en la construcción de lo que pronto sería La Perce. En 1914 con un barrio ya consolidado, se inaugura la Plaza del Trabajo; las caminatas al río Arzobispo y al Chorro de Padilla para abastecerse de agua también se fueron reemplazando por los tránsitos por caminos de piedra construidas a puro sudor de los mismos trabajadores. Al día de hoy, La Perce sigue siendo un barrio que alberga a esos herederos de lo construido por los “bavariunos” quienes han mantenido, pese al correr del tiempo, las tradiciones obreras de la producción de la chicha y la reunión del barrio en torno a la plaza.

Es en esta ciudad, en este centro histórico que aparece como un organismo vivo, o al menos móvil, es donde aparece una línea de movilización de la cual dependen una serie de canales venosos que reciben y suplen de flujos de todo tipo a esa gran arteria: la carrera séptima. Atravesando la ciudad de sur a norte, incluyendo este sector cargado de memorias e historias, está allí una calle que ha permitido que la vida en la ciudad, y especialmente, en el centro histórico de la ciudad, sea particular. Y es sobre ella donde se han posado mis ojos, donde se han anclado mis pies, y donde me abandono para dejarme sorprender por la magnanimidad de la calle que teje todo ese entramado de vieja ciudad.

6.2. El camino de la sal.

En 1523, Carlos V ordena la disposición de las calles de la ciudad en función de su plaza principal. Sobre un viejo camino indígena llamado por lo españoles el Camino de la sal, o el Camino de Tunja por abrirle paso al comercio con este último centro poblacional y con Zipaquirá, se fue construyendo la calle colonial que conoceríamos como Calle Real (IDPC, 2012). Esa disposición incipiente del que resultó la consolidación de la carrera séptima que conocemos hoy, es un escenario que permite traslapar sobre un mismo escenario la silueta de creyentes católicos que transitaban al Humilladero y a los indígenas que, decían, allí le rezaban a un ladrón (Torres, 2019) en lo que hoy es el parque Santander; en el capitolio vemos el tránsito de los funcionarios de la Audiencia de las Indias, pero también a los elegantes congresistas que llegan prestos a dormir en las cómodas sillas del Congreso; en la catedral en la que reposan los restos de Quezada podemos revivir los paseos de ese hombre odiado y alabado por las incipientes calles de esa urbe en construcción, mientras turistas y locales aparecen en la imagen ilusoria, y se inclinan a darse la bendición prestos a depositar en el recinto sus esperanzas para el futuro del siglo XXI.

Posteriormente, con la construcción de la iglesia de las Nieves, la Calle Real del comercio – el tramo de la Plaza Mayor (Calle 10) al río San Francisco (Calle 15) – se extendió y se construyó la Calle Larga de las Nieves, esa misma calle que luego vería transitar a punkeros y estudiantes en busca de alcohol debajo de la plaza de las Nieves. Serían esas mismas calles por las que el tránsito a pie limpio de algunos empezó a coexistir con el *tranvía de sangre* – tirado por mulas – por primera vez en Bogotá, para comunicar ese centro administrativo y religioso, con el sector de Chapinero (IDPC, 2012). Aquel medio de transporte extinguido tras el Bogotazo y del que hoy solo conservamos retazos de sus rieles hoy enmarcados con mensajes que como ejercicio de memoria explican la historia de la ciudad.

La Avenida de la República, nombre que luego adquirió la misma carrera, continuó expandiéndose década a década, hacia el norte galante, y hacia el sur popular. Brunner, el mismo urbanista que proyectó una Caracas de ensueño, imaginó el Ensanche de la Calle Real, proyecto que nunca vio luz (IDPC, 2012). Para fines investigativos, esa calle y su tramo por el centro histórico requiere aún de una delimitación espacial más precisa. Establecer fronteras imaginarias, no es una tarea fácil, pero es un deber imposible de evadir (Imagen 1).

Durante mis recorridos de acercamiento al espacio, en mi rol de investigadora, me propuse confirmar intuiciones que desde tiempo atrás modificaban mi forma de sentir y caminar el centro de Bogotá. Muchas veces caminaba desde el norte, por toda la séptima. En marchas estudiantiles o paseos en pareja, siempre asumía la torre Colpatria como el monumento que me daba la bienvenida al centro, lo anunciaba, y me preparaba para introducirme en este lugar en el que todo cambia un poco. Al llegar al Planetario solía empezar a escuchar “Laura, guarda ese celular”, “Uf, ya llegamos”, “Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Así mismo, cuando terminaba mis jornadas de vagar por allí, caminaba hacia el norte y al cruzar la calle 26 sentía que cruzaba una puerta que me sacaba de allí. El ruido, los olores fuertes a aceite y la muchedumbre quedaban atrás. Por otro lado, ha sido rara la ocasión en la que voy más al sur de la calle 10. Quizá cuatro o por mucho cinco veces en mi vida anduve por allí por lo que una frontera podría establecerse en este lugar, sin embargo, por cambios en el acceso a las zonas posteriores del Palacio de Nariño en meses recientes, por curiosidad de ir allí, y porque de seguro mi experiencia no puede ser generalizada, abarcaré un par de cuadras más hasta la calle 7.

Ahora bien, pensar en la séptima me transporta imaginariamente a la Puerta falsa, a mis caminatas hacia la Luis Ángel Arango y a muchos de los días en los que fue inevitable terminar disfrutando de cualquier cosa que nos haya podido ofrecer el Chorro de Quevedo. Recordar la séptima sin pensar en la librería Merlín me es imposible. Veo la nueva Cinemateca, aparecen mis experiencias de peligro cerca al parque de los Periodistas, recuerdo el olor de los perros calientes de Punto Burger y más experiencias de riesgo en la calle 19 vuelven a mi memoria. Pienso en la sensación de inseguridad cuando debía insertarme en la séptima desde la carrera 10 y el mar de gentes que se trasladan de una vía a otra, cada una con olores, estéticas y ofertas distintas. Encuentro en la carrera 2 y la carrera 10 unos límites que me mantuvieron imposibilitada para cruzarlos, pero también cambios en el paisaje y en las personas que puedo encontrar allí.

Con todo ello, este es el espacio, definido *a priori*, que recorreré, disfrutaré y quizá sufriré por un tiempo, hasta que logre descubrir la naturaleza ominosa de un lugar, o como Tuan (2015) lo llamaría: lo sublime de la carrera séptima en Bogotá. Allí comprenderé, el día y la noche, todo lo que nos ha cautivado pero lo que se aparece ante nosotros como horrible, divisaré el orden y denunciaré el caos reinante. Descifraré las alturas y las profundidades de nuestra sociedad, su sensatez, pero también su irracionalidad y su locura. Claro, todo esto, si la séptima me lo permite.

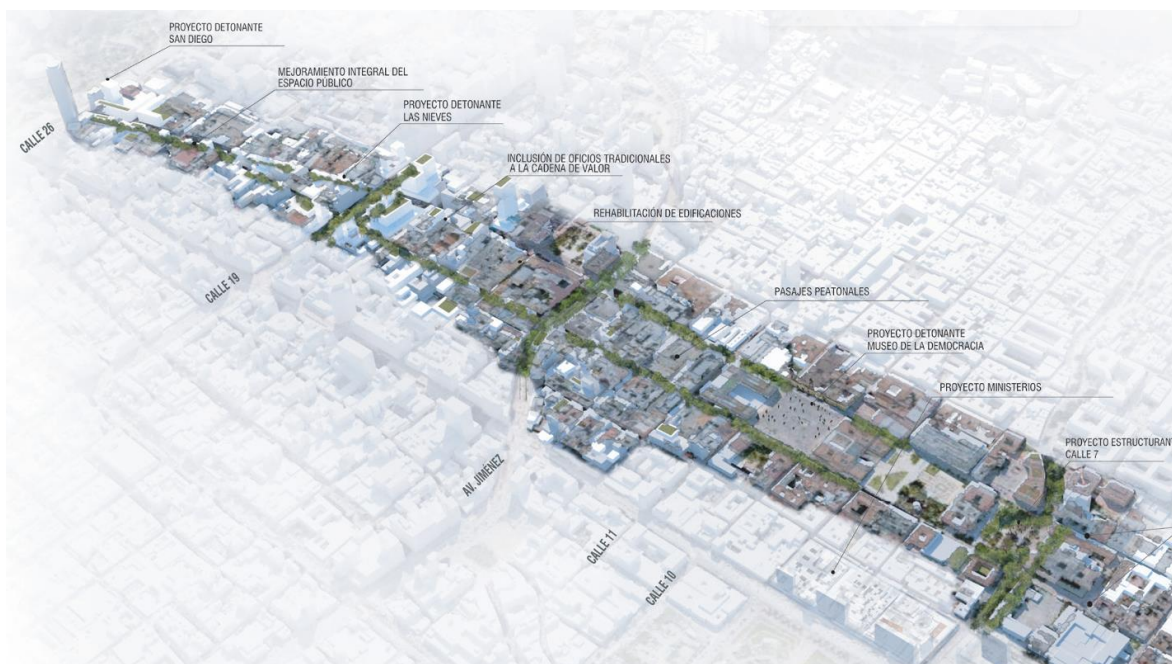


Imagen 1: Corredor peatonal Carrera séptima – Aproximación al espacio de estudio. Fuente: Ministerio de Cultura.

6.3. Los proyectos fallidos de Le Corbusier

El 9 de abril de 1948 el centro histórico de Bogotá ardía en llamas. Juan Roa Sierra había asesinado al “Caudillo del pueblo”. El cuerpo de Jorge Eliecer Gaitán, el rostro del cambio y la promesa liberal para el país había caído sobre la acera oriental de la séptima, pocos metros al sur de la Avenida Jiménez hoy adornado con placas conmemorativas a la esperanza que representó Gaitán y donde aún reposan retazos del Tranvía destruido aquel día, el que a lo largo de la calle se resiste a desaparecer de las memorias de la ciudad gracias a esas placas agrietadas y borrosas que cuentan historia: *“Después de una espera no menor de media hora aparece el carro tirado por dos mulas famélicas incapaces de arrastrar el pesado vehículo. Más de diez minutos gastan las infelices bestias en recorrer el trayecto de la Plaza de los Mártires a la de Bolívar. Encontrar un eléctrico es un milagro. La Gaceta Gráfico, Agosto 1 de 1915”*, reza una de estas insertadas frente a la Casa del Florero donde otra insurrección, por allá en 1810, también se originó.

La turba enardecida que linchó a Roa Sierra se trasladó por toda la séptima al sur para dejar el cuerpo del asesino frente al Palacio como símbolo de denuncia y los obreros de la Perseverancia también habrán corrido por la misma séptima, hacia el mismo sentido, cuando al enterarse de la noticia bajaron con machetes y azadones dispuestos a cobrar venganza (Reinoso, 2021). El Bogotazo no solo demarcó el inicio de una oleada de violencia rural que desencadenó uno de los

éxodos internos más significativos a nivel mundial, también confirmó que en Colombia la violencia sería nuestra forma de dialogar, y adicionalmente, despedazó una ciudad que urbanísticamente prometía mucho. El centro de la ciudad, donde se habían concentrado las manos gobernantes, las manos negociantes, y las manos trabajadoras, era una zona de guerra y luego desolación, que expulsaría a unos cuantos, o por el contrario reclamaría una renovación que le permitiera la permanencia de los otros allí.

Un año antes de dicho suceso, el empírico urbanista franco-suizo Le Corbusier había arribado a Bogotá. La propuesta de elevar la urbe colombiana lo tenía en el país, pero con los sucesos de 1948, esta se convertiría en una hazaña que lo mantendría en Francia trabajando, de la mano de otros ingeniosos, en el Plan Regulador de Bogotá. El proyecto lo esperaban en París Rogelio Salmona entre otros arquitectos colombianos. En 1950 se presentó el Plan Director el cual contaba con un informe, varios planos, algunos de gran formato y adicionalmente una maqueta del llamado Centro Cívico. Con el tiempo, este gran proyecto fue archivado por falta de apoyo y financiación (Banco de la República, s.f.).

Pese a que solo hasta 1871 se materializó la consigna comunista de “Tomar el cielo por asalto” con la toma de París y la instauración de *La Commune de Paris*, años antes, Haussmann, el prefecto para el Sena de Napoleón III, temía por las amenazas de la instalación de barricadas y revueltas en las calles de la ciudad. Según Benjamin (2012) Haussmann, desplegó entonces un plan urbanístico adecuado para los intereses de la clase burguesa. Las calles amplias no solo impedirían la formación de barricadas efectivas, sino que también le permitiría al transeúnte, abandonarse a la *flânerie*. La decadencia de algunas zonas malolientes e insalubres fue también la excusa utilizada por Haussmann para desplegar lo que el anunciaba como el “destripamiento de París”. La demolición de barrios históricos y su remplazo por grandes calles más salubres y de esencia prospera a lo burgués, de redes de acueducto, plazas y parques, fue su legado. Más de treinta años después de la muerte de Haussmann, el mismo Le Corbusier encontraría en el centro de París una oportunidad para volver a reconstruir la gran ciudad. Así, en 1925, veintidós años antes de arribar a Colombia, Le Corbusier presentaba su Plan Voisin. Este plan que proponía la demolición de gran parte del centro, hacia el norte del Sena, y la creación de zonas verdes y calles no peatonalizadas, fue otro de esos proyectos que no vieron luz (Glancey, 2016).

Los proyectos fallidos de Le Corbusier encontraron en los centros capitalinos una demarcación espacial delimitada no por calles específicas ni una que se da trazando líneas rectas sobre un mapa desconocido. Una especie de fronteras calientes son establecidas por él, son volubles y difíciles de reconocer, pero existen en función de apropiaciones de clases sociales, no por dominio de ellas sino por su constante relacionamiento y disputa en busca de ese dominio. A la par, fenómenos sociales, usualmente violetos, que están latentes en la zona la caracterizan, la crean, la destruyen, la delimitan y marcan la diferencia entre un allí y un acá. En París y en Bogotá, el centro es entonces una zona de guerra en la que con o sin revueltas visibles, se disputa la pertenencia a la clase que hace que en función de ella se den apropiaciones del espacio distintas y en ocasiones contrarias, pero que casualmente siempre dejan entrever una ciudad marginal y desigual.

Atravesar esas fronteras calientes, problemáticas y dicientes en el centro de Bogotá, hoy, también es una apuesta por encontrar esos *entornos* importantes para Tuan (2015). Esos bordes que separan, a la Tierra del Sistema solar – ejemplificaría él –, que en este caso separarían al entramado espacial que se configura alrededor de la carrera séptima, de esos otros espacios en lo que no ocurren esas mismas disputas o fenómenos que suceden allí adentro. Estos *entornos*, definidos ahora *a posteriori*, representan para mí una primera posibilidad de encontrar: 1. Un *paisaje de abismo*: un paisaje fronterizo, un paisaje de tránsito que encierra la séptima, que me sitúa aquí o allá; 2. Un *habitar repelente*: Para Tuan (2015) la posibilidad de encontrar o no sustento en un *lugar* define el potencial del mismo para que un ser pueda habitar o se vea privado de dicha experiencia. Los entornos pueden ser tanto atractivos, como repelentes, dependiendo del juego de estéticas y morales que allí se guarden.

6.3.1. Al interior del paisaje abismal

Nunca había sentido tanto miedo entrando a *ese lugar*, no como lo sentí ese primer día que lo visitaría con otros ojos. Si bien acercarme al centro o estar allí, en el pasado me había generado sensaciones de intranquilidad, a estas las describiría como ligeras y poco significativas. Nunca había sentido el impulso común de ocultar mi celular o algo similar. No niego que he vivido momentos allí donde por culpa de otros que se acercaban a mí, o que simplemente aparecían ante mi vista, se me aceleraba el corazón, pero paradójicamente siempre reinaba en mí una suerte de parsimonia. Ni a mis 16 o 17 años montada en la ruta 97 a altas horas de la noche, me había

preocupado tanto como ese primer día. Tampoco en mis días algo recientes en los que, guiada por el alcohol, caminaba por estas calles en la madrugada, aunque siempre en compañía. A medida que avanzaba entre semáforo y semáforo por la séptima, desde la calle 170, donde casualmente estaba viviendo, me iba arrepintiendo de llevar conmigo la costosa cámara de mi hermana. Cuando empezaba a decaer un poco la luz del día, y los edificios altos, pero algo viejos, anunciaban mi llegada al centro, la ansiedad aumentaba. Pese a que esa sensación no se volvió a repetir en otras visitas, ese día los entendí, ese día pude comprender ese frecuente “Laura, no ese lugar”.

Llegando a la calle 26 me veo forzada a elegir entre dos caminos a la altura de Centro Internacional – el primer lugar al que se trasladó el centro financiero de Bogotá. Más limpio de lo usual en comparación con el resto del sector, con edificios modernos, muy altos, bien cuidados y con buena seguridad; alberga en su interior buenos restaurantes prestos para los elegantes oficinistas, y también la construcción de Parque Central Bavaria, una pila de apartamentos algo costosos –. Si bien he recorrido estas calles caminando en varias ocasiones, por unos segundos sentí desconocerlas por completo al manejar y tener que decidir rápidamente por cuál de esas entradas atravesaría ese portal que se instala allí. Terminó atrapada en la carrera 10. El semáforo de la estación de San Diego me detiene, oculto el celular que llevo entre mi pantalón – un acto poco común en mí – y mantengo el clutch ajustado y dejo el cambio en primera por si debo arrancar en cualquier momento. Era la única en una situación de excitación pues veía los rostros de las gentes que caminaban por el sector, tranquilos, quizá cansados o drogados, pero al fin y al cabo tranquilos. En un intento de tomar un cruce que me permita subir hacia los cerros, termino manejando por la carrera 12. ¡Vaya lugar!

Un par de miradas a las que estoy poco acostumbrada se clavaron en mí. Poco tiempo tenía para saber que hacer, por ende, giré en el segundo semáforo que me detenía y así incrementaba mis pulsaciones. Me adentré en un callejón sucio, repleto de rostros de personas que, tiradas en el piso, me veían pasar en medio de sus carretas de reciclaje. No me sentía bien recibida en aquel lugar encerrado por edificios viejos que anunciaban servicios de hospedajes de mala muerte como el Hotel Turcana que sorpresivamente cobra un aproximado de \$60.000 la noche gracias a una descripción en Booking en la que se omiten todos los detalles de su ambiente de degradación y peligro. Sin darme cuenta, en un intento desesperado por salir de allí, terminé manejando sobre una corta calle peatonal con más hoteles que podría juzgar como moteles de muy baja categoría.

¡Una posible infracción, pero lo logré! (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 5:30pm).

En otra ocasión, en una de mis últimas visitas presurosas por efecto de cansancio emocional que me había generado mi permanencia en el centro, volví a perderme por esas mismas calles, pero de forma intencional. Mario y Fernando habían hecho el esfuerzo de acompañarme hasta la entrada del parqueadero en donde había dejado la moto para poder vernos en el café y hablar de los avances de esta investigación. Insistían en no dejarme sola de noche en lo que para mí es el sector más seguro del centro: otra vez Centro Internacional. Bastaron un par de segundos de arrancar en la moto con la música a alto volumen, para reírme ampliamente cuando en lugar de tomar la calle 26 para bajar a la Caracas e ir rumbo al norte, a casa, crucé la calle 26 y continué por la carrera 13 al sur. Burlando toda intención de protección hacia mí por parte de todos mis conocidos y conocedores de la investigación, me adentré en esa zona por las que nunca logré transitar caminando ni en horas de la mañana. Es el barrio la Alameda, al oriente del barrio Santa Fe, el cual constituye una de las zonas de tolerancia de Bogotá, es decir, una de esas áreas en las que se permite y se regula la prostitución y el comercio sexual, definidas por la expedición del decreto 400 de 2001 en respuesta a una tutela establecida por Dalmiro Luis Ostos Alfonso (Decreto 400 de 2001). Este ha sido una de esas fronteras calientes que he reconocido en mi deambular, esas zonas en las que si estas adentro asistes un espectáculo – la séptima –, pero si estás del otro lado o te salvas – Centro Internacional –, o mueres – el Santa Fe –, como ocurría en este caso.

Pese a la imposibilidad de bajarme de la moto y empezar a caminar, aproveché el impulso y el momento para limitarme a la observación. Puse la direccional anunciando mi lentitud y sin importar las condiciones, me abandoné a la curiosidad. Para decepción de mi emoción anterior y a la expectativa que me había dejado ese primer día y otros en los que crucé por allí, no vi nada desconocido. En una visita anterior, la cantidad de principalmente hombres tendidos en el piso, consintiendo el poco de droga que conservaban en sus manos me había preocupado un tanto, pero a la vez, los veía tan en su mundo, que lo que les sucediera alrededor les era irrelevante, mi presencia fugaz parecía no molestar. Ese día, era temprano en la mañana y luego de vagar por allí, me vi obligada nuevamente a tomar una calle en contravía con el fin de salir de uno de los callejones escondidos de la calle 19. Unas cuerdas más arriba me golpeó en la cara la imagen del cuerpo negro de una mujer. Una tanga roja dejaba a la vista sus glúteos sacudidos por el

movimiento de sus caderas. A eso de las 7:00am bailaba sin que nadie la viera, no había música siquiera. Estábamos ella y yo en la esquina de una cuadra sucia. Sin embargo, esa noche, nada pasó, o más bien, sí pasó algo inesperado... no pasó nada. Los callejones de ese barrio apropiado por tiendas de dudosa reputación, donde pulula la basura y los bazuqueros, daban esa noche una sensación de calma. (Notas de campo, lunes 12 de febrero de 2024, 8:30pm)

Ese primer día, empecé mi camino por la calle 19, antes conocida como la calle de la Rana, llena de ópticas y también un buen corredor que conecta la séptima con la zona de tolerancia, rumbo que nos obligaría a cruzar por en frente del edificio Cudecom, que en 1974 fue protagonista de una hazaña de la ingeniería, al ser movido 28 metros para que se pudiera hacer la ampliación de esa pequeña calle (El Tiempo, 1993). Caminaba esquivando las baldosas agrietadas y levantadas que en ocasiones me inundarían el interior de mis zapatos con agua aposada que arrastra basura y orines, hasta llegar allí... a la séptima. No esperaba, ya con la noche puesta, ver la calle tan atiborrada de gente de distinto tipo demostrando que el septimazo – la séptima como corredor cultural peatonal – no ha muerto y quien sabe si algún día lo hará. Fue sorprendente porque luego de la pandemia, el lugar quedaba desolado a eso de las 6:00pm. No camino muy atenta por allí, aunque fue inevitable fijarme en los cachivaches ofertados. Uno de ellos: una vieja cicla protegida con una estampa de la virgencita.

Por una cuadra entera caminé seguida por la presencia de un hombre que por su forma de hablar – no a mí – demostraba que su relación con la calle era más que estrecha. Pese a esto, ya no me sentía intranquila. Vuelvo a lo que extrañamente fue para mí un lugar en donde más que dejar de sentirme insegura, siento que puedo retar el miedo sin mucho esfuerzo.

Al acercarme a la calle 26 y atravesarla comprobé lo que expresé en algún momento de forma algo inconsciente: los sonidos se van extinguiendo poco a poco. Los olores se van desvaneciendo en el aire y desaparecen. Los cuerpos se reducen en cantidad. Allí está, la frontera que previamente establecí.

Me encontré con mi hermana y verbalicé y comprobé mi sensación. “Creo que abandonaré la idea de usar la cámara”. Ella solo reía y en uno de sus múltiples esfuerzos por brindarme todas las condiciones para que mis proyectos salgan adelante, me insistía en que quizá otro día, a otra hora,

con otras condiciones podríamos tomar unas fotografías de calidad. ¡No! Confirmé. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 6:30pm)

Más arriba hacia el cerro, está también otra entrada invisible al *lugar*. Abandono las calles bien organizadas de La Macarena y Bosque izquierdo, un refugio clase media-alta, para adentrarme en calles destapadas, paredes grafiteadas y un buen flujo de gente por la calle 5. Sin embargo, al llegar a la Biblioteca Nacional existe un semáforo que me incita a pedir permiso a un guardia invisible que con la luz verde me concede el permiso de entrar. En realidad, ese guardia invisible tiene rostro. Algunos días es una mujer cuya flaqueza demarca en extremo las costillas altas de su pecho en cada movimiento en el que malabarea con pelotas ya viejas; otros días es un hombre inválido que camina la pendiente con dificultad por el balanceo que le provoca el uso de una sola muleta, buscando encontrar monedas en los conductores que se apiaden de él. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 12:30pm).

En otra ocasión rumbo al centro, tomé inicialmente la avenida Caracas. Hasta este momento racionalizo el nombre de esta avenida que es topofóbica quizá para la mayoría de población bogotana. Allí o tomas transporte o ingresas a un sitio particular, pero no la caminas, no la disfrutas, la evades... ¡Salvo!... que sea tomada por todo un grupo de manifestantes gritando y denunciando la violencia estatal colombiana:

*“Por nuestros muertos,
ni un minuto de silencio,
toda una vida de combate”.*

A la altura de la calle 59 me preparé para observar a detalle la cuadra de la calle 58, un sector que siempre me ha permitido imaginar ligeramente cómo eran las mayores ollas de expendio y consumo de drogas y armas como el Cartucho o el Bronx, y que me da luces de cómo puede ser el SanBer hoy. Los locales de recolección de reciclaje donde alguna vez acompañé a una de mis exparejas a vender chatarra, la cantidad de basura que inunda la cuadra, y la cantidad de personas sintecho que se suele ver allí me lleva a tal viaje mental. Pasando con los ojos más abiertos que de costumbre, recordé una intención investigativa que siempre me ha llamado también.

“Dios te ama”.

Se había escrito al costado de la única carreta de reciclaje que estaba allí. Un hombre organizaba el material recuperado que estaba al interior del particular vehículo de carga de tracción humana, su mujer estaba sentada en medio del basural, al lado de la carreta decorada con más frases alusivas al amor que esperan recibir de dios, pero que él, aparentemente, no ha sido capaz de poner allí. En la parte trasera de la carretera que daba cara a la avenida, aparecía un pequeño cuerpo de unos tres o cuatro años jugando, desafiando a la conciencia de la posición social que ocupa él. “Está papá, está mamá, hay trabajo, ¿qué puede estar mal?”, pensé que sentiría aquel pequeño que se movía con ligereza, pese al lugar, pese a la hora, y pese a la vida que tendrá que padecer, a menos que lo impida la ayuda de dios.

Rápidamente la sensación de debilitamiento que me producen este tipo de escenas se esfumó.

“Las mionas solas toman gratis”.

Decía un letrero gigante que invitaba a los transeúntes a entrar a uno de esos múltiples lugares que uno encuentra sobre la Caracas o sobre la 19. Usualmente son unos segundos o terceros pisos de un edificio viejo con una entrada estrecha que dirige a quien entre a un profundo corredor o a unas escaleras, pero que, sea cual sea la opción, no dan pistas de qué se puede encontrar allí. Algunos de estos lugares, o tienen cortinas grises del mugre, o los vidrios se tapan con bolsas de basura negras. En ambos casos puede verse por los bordes luces de discoteca de mala muerte. Predomina siempre la luz verde, pero de cuando en cuando aparecen luces moradas o rojas. Suelen verse abiertos en horas en que la mayoría de bares estarían cerrados. En alguno de los cuentos de Mario Mendoza, un hombre entraría por un arma a uno de estos lugares y se prepararía para salir a atracar.

La revelación de un paisaje abismal como estos, en los que la dignidad humana se pone en cuestión, me permitió también recordar también las historias recientes sobre las casas y bares de pique – en donde las mafias secuestraban, torturaban y descuartizaban el cuerpo del enemigo – que no solo estaban escondidas por allá en el San Bernardo, ¡no!, estaban sobre la Caracas, expuestas ante la vista de todos, demostrando el poder de ceguera que tiene la ciudad en nosotros, demostrando el poder de engaño que tiene Bogotá. (Notas de campo, viernes 21 de octubre de 2023, 8:00pm).

6.3.2. *El escape del paisaje abismal*

Cuando ese primer día de entera agitación me dispuse a volver a casa, entrando por la calle 20, por el costado posterior del edificio Bacatá, estando sola, observé a algunas personas sin hogar que deambulaban por allí, a los dos jóvenes que tomaban cerveza en el andén. Pensé cuan extraño es este lugar y más que nunca, aprecié esa sensación de tranquilidad que había logrado recuperar.

Regresé a casa por la avenida circunvalar, una de las que sutilmente, tras abandonar la nueva Cinemateca Distrital y un par de edificios residenciales, nos adentra más en la montaña. Estaba completamente sola, sola, sola. Tomé de nuevo la séptima, pero esa es otra séptima, la séptima ostentosa, la séptima valorizada, la séptima elegante, la de los ricos, que no solo es otra séptima, es *otra* Bogotá. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 9:00pm)

Luego. Caminábamos con mamá por la Jiménez hacia arriba. Al salir del lugar en el que nos detuvimos a comer, caminamos por un lugar el cual nunca imaginé recorrer acompañada de ella. Decidimos tomar el bus sobre la décima. Bajamos hacia el occidente por toda la Jiménez, el tramo de canalización del río San Francisco que hacia la parte alta recibía en épocas anteriores a lavanderas trabajando para la clase alta, mismo lugar en donde se ubicaron molinos de trigo impulsados por el correr del agua que más abajo se iba contaminando con desechos humanos y basura arrojada al curso que luego sería canalizado en 1916 (Motoa, 2018). Cruzamos el comercio – una oferta comercial difícil de describir por la variada tipología de productos ofrecidos pero todos a un precio bajo –, esquivamos ventas ambulantes también tendidas en la calle, igual de variadas e incluso atravesamos el callejón iluminado con luces de navidad, esas que hacen ver todo bonito, incluso el detrimento de la ciudad.

Estaba un poco más inquieta yo que ella, cuando tomamos la décima al sur buscando una parada de bus, sin embargo, el flujo abundante de personas nos mantenía a salvo. En realidad, ponía mi esperanza en ese “acá los vendedores no dejan robar”. La ley de la calle. No encontrábamos la parada del bus por lo que seguíamos yendo al sur. La calle se empezaba a poner algo sola y me iba preocupando un poco cuando empezaba a divisar a lo lejos el parque Tercer Milenio. Justo cuando vimos la parada, el bus cerraba sus puertas. No nos esperó. Mamá seguía demostrando una tranquilidad nada común en ella. Tan pronto logramos subirnos y recorrimos la décima en su zona centro, comprobé un par de cosas: definitivamente la décima es un lugar en el que muchas cosas

cambian; raro es quien decida transitar por ahí sin un objetivo claro, o compras o vendes o te mueves por trabajo, o reciclas, o consumes, o vagas directo al SanBer; hay quienes transitarán con ligereza, estarán los que se sienten cómodos allí caminando. No es mi caso, es para mí un entorno repelente, es un espacio para el habitar repelente, es decir, no habito yo allí, el lugar me expulsa. ¿Quiénes lo harán, quienes si encuentran sustento allí? ¿Quiénes si habitan lo repelente?; la séptima y la décima están conectadas. Los flujos entre una y otra son constantes, pero entender a esta última, sería toda una nueva apuesta investigativa, por ahora la contemplamos como frontera, como paisaje abismal.

En alguna ocasión mi auto expulsión de la zona me llevaba a transitar la décima hacia el sur. Sentía mi cuerpo en tensión. A la altura de San Victorino todo parecía normal. Los comerciantes se alistaban para la jornada del día. Sin embargo, al cruzar el parque Tercer Milenio, donde otro tipo de vendedores también empezaban a extender sus mercancías sobre la calle, el panorama se volvió nuevamente muy hostil. Llegaba al fin al barrio San Bernardo que había tenido tan presente anteriormente. La fila de hombres regados a lado y lado de la calle cuarta me recordaba lo duro que podría ser existir en una sociedad como la nuestra. A medida que iba avanzando por la calle, recordaba la multiplicidad de videos que eran publicados en las noticias, los cuales develaban el modus operandi de bandas de atracadores que se lanzaban a la avenida para despojar a los transeúntes de espejos, celulares, bolsos y motos. Quería salir de ese lugar con rapidez. Más adelante, dos hombres esperaban para cruzar la calle vacía, esperaron solo hasta que yo me acercara para cruzar, sin embargo, caminaron de largo.

Ese día junto a mamá, expulsadas como de costumbre hacia el norte, volví a contemplar aquellos edificios en decadencia. De esa avenida que prometía ser un elogio a la modernidad, solo quedaban esas fachadas que exponen a quien mira, todo un ambiente de precariedad. – “Esos deben ser los de las piezas” –. En efecto mamá, allí deben vivir muchas de estas personas que habitan la séptima y esperan encontrar en ella el diario que puedan llevarle a un administrador que los recibirá en el primer piso de esos edificios. Siempre he tenido un morbo culposo de imaginar la vida que ocurre al otro lado de cualquier ventanal. Quiero saber que hay al otro lado de esas ventanas, en ocasiones rotas, adornadas por cortinas sucias, cobijas que hacen de cortinas, bolsas, o un mugre que impide ver hacia el interior.

– “Mire ma. Hay una niña ahí en esa” –. Una niña de unos tres o cuatro años, vestida toda de rosa, miraba la décima desde un cuarto piso de uno de esos edificios que inspiran repulsión. Tenía ante sus ojos uno de los múltiples *entornos* de repulsión que bordean la séptima. Desde allí miraba el tráfico, a las personas sintecho, miraba la crueldad que guarda Bogotá, esa *no otra* Bogotá. (Notas de campo, sábado 14 de octubre de 2023, 4:00pm)

6.4. La heroína de Wesker

6.4.1. Para un presente majestuoso

El contraste entre los dos cerros más importantes de Bogotá, Monserrate y Guadalupe, y el cielo azul oscuro pero brillante por un lado, y la imponentia de la Torre Colpatria con sus usuales colores alumbrando la bandera de Colombia, mariposas amarillas macondianas, o la cara de Petro el día de las elecciones presidenciales, por el otro, suele ser un paisaje observado constantemente por los ojos atónitos de la mayoría de los transeúntes de la séptima. En ese punto de la calle 26 la mayoría de rostros se inclinan hacia arriba. Esta vez, interfirieron en mis pensamientos los cuerpos y la conversación de una familia, probablemente de alguna zona humilde de la ciudad, que aprovechaba el mismo escenario para tomarse unas fotos típicas rolas. “¡Posa, posa!” Le gritaba la niña a su mamá mientras su padre abandonaba el coche de bebe y se disponía en cuclillas a capturar la mejor imagen de esa mujer. Inmediatamente mi hermana sintió el afán de incumplir con tan clásica tradición y fotografía bogotana por lo que me pidió el favor de tomarle una foto y yo accedí ¿Por qué? (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 6:30pm)

A tempranas horas del día, cuando no brilla la torre, en el mismo lugar, se puede ser espectador del montaje de carpas de puestos ambulantes de comida y de talleres que se disponen para atender a las personas que hacen de la ciclo vía su plan de domingo. Una temprana mañana, en este lugar ya veíamos, junto a mi madre, a los primeros dos tipos de transeúntes del lugar: los deportistas dedicados, y los caminantes sintecho, obligados a caminar por la carencia de una vivienda fija, un trabajo, una vida como la que nosotros consideramos vida. Más adelante también nos topamos con el montaje del mercado de las pulgas. Tanto adentro del lugar como afuera, los comerciantes organizaban sus carpas, mesas improvisadas con baldes o canastas puestas unas sobre otras, o pedazos de madera sobre alguna base, y sobre ellas empezaban a tender los bultos de ropa o cachivaches antiguos y usados que se suelen vender por allí a buenos precios y que atraen a

distintos tipos de población curiosa, joven y adulta, cada domingo. Discos LP, catanas, teléfonos viejos, instrumentos militares antiguos, aretes, medicinas, tenis viejos, muñecos antiguos, y más artefactos estarían a punto de ser expuestos al interior del mercado y en las cuadras aledañas, extendiéndose de igual forma por toda la carrera. Estábamos ellos y nosotras. De cuando en cuando veíamos pasar usuarios de bicicleta que pasaban a un buen ritmo. No estaban paseando por allí, están cruzando por allí. (Notas de campo, domingo 15 de octubre de 2023, 6:00am)

Aquel día presenciamos en la mañana el montaje del bien conocido *septimazo*, un atractivo turístico para extranjeros, locales y rolos que han ido una y otra, y otra vez. Si bien la peatonalización de la carrera hace que diariamente la séptima sea la séptima, los sábados y domingos entre las 10:00am y pasadas las 8:00pm, esa séptima se convierte en septimazo. La población abunda más que de costumbre, la muchedumbre se hace más densa al igual que el comercio. Aparecen de forma inexplicable y quien sabe de dónde, cualquier tipo de atracciones que pudiéramos imaginar: Comidas tradicionales de calle como el ponche, una mezcla de huevo que termina sabiendo dulce, churros, algodón de azúcar, de mazorca y de carne barata, muy barata; juegos de barrio también tradicionales, apuesta dinero, lanza una moneda y pierde; juegos de tiro; juegos de realidad virtual; shows de magia, de brujería; caminantes sobre el vidrio; observación de Monserrate por telescopios; estatuas humanas de alto y bajo presupuesto; vendedores de artesanías y pinturas, de cremas de marihuana y baba de caracol, o de pastillas de miel y jengibre que curan la tos; indígenas vendiendo mochilas; vendedores de globos con figuras animadas, de libros piratas o usados; vendedores de armas blancas y quizá no tan blancas; vendedores de perico y marihuana; bailarines, mimos, cantantes, músicos, y cabras; vendedores de gafas rotas, de trajes para muñecas Barbie, de pañitos húmedos, gaseosas o dulces disque importados, todos baratos, muy baratos; vendedores de manillas de hilo para parejas, de figuras de alambre con acertijos mentales y de cuarzos para desafiar a las malas energías; vendedores de cucharas corroídas por el óxido, de pines y monedas de colección; vendedoras de aromáticas, canelazos y aguapanelas en punto de ebullición; vendedores de almas faltarán ahí, todos, atiborrados, en una calle con cientos de cuerpos que los observan, que ríen, y respiran expeliendo una sensación de excitación por el caos que emerge de la ciudad.

Un día caluroso y sofocante, al llegar a la carrera séptima, se hizo aún más aturdidor por un bullicio del que no me acordaba. Si bien el ruido allí ha sido la constante en mis visitas, en tanto los

domingos no eran mi día de preferencia, había olvidado la abrumadora sensación de pasear por el auténtico septimazo dominguero, porque sí que hay una diferencia entre el septimazo sabadero y el dominguero al que se le suma el tránsito de ciclas que recorren la ciudad por la cicloruta y por la tradición de expurgar pecados subiendo el cerro de Monserrate, por razones de entrenamiento o de arrepentimiento. Lugar que también congrega a turistas por obligación y a familias enteras, algunas que no dudaron en pagar por la foto de sus niños y niñas sobre una llama peruana sostenida por un hombre cuyos rasgos de campesinado saltan a la vista; también a vendedores de artículos religiosos con imágenes del Señor caído, que desde el inicio del sendero peatonal podrían identificar a los deportistas o a los creyentes que por promesas e ideales para mi cuestionables, suben los más de mil seiscientos escalones de rodillas y algunos flagelados, que en el padecimiento escuchan bafles con reggaetón a tope para motivar la subida, o a parejas poniendo en cuestionamiento el mito que asegura que novios que suben juntos, novios que se separan pronto. Arriba, bien arriba, las parejitas sentirían el alivio de llegar pronto con el clásico perifoneo de un hombre que anuncia con micrófono que ya casi, que ¡ánimo!, disfrutarían de más comercio de dulces tradicionales, más artilugios religiosos, de chirrinche con hierbas y platos de piqueteadero, y quizá se toparán con ese hombre que bendice a los paseantes cuando sube, cuando baja, cuando vuelve a subir y cuando vuelve a bajar, quien sabe cuántas veces al día.

Ese día, sobre la séptima, podía escuchar mínimo tres canciones diferentes, de distintos géneros, entre boleros, vallenatos y demás, a un alto volumen atacando desde distintos ángulos. Se sumaban los innumerables sonidos de los carros de venta ambulante que buscan con desespero llegar a esos oídos ansiosos de dejar los \$2.000 o \$5.000 que estén dispuestos a ir dejando al caminar. El flujo de personas era simplemente impresionante. Esta sensación nos llevó a acelerar el paso.

Sorprendentemente cuando llegamos a la Plaza de Bolívar, estaba más desocupada que la séptima. La séptima estaba demasiado caótica. Raro era no ver a los fotógrafos endémicos de la Plaza, hombres ya mayores usualmente, arrugados pero llenos de dignidad por su profesión que a muchos bogotanos les retrata sus recuerdos en la ciudad. No estaba allí la otra llama peruana bien fotografiada. El paisaje solo lo componía la presencia de las vendedoras de paquetes de granos maíz comprados por entusiastas familias que como plan de domingo se dispondrían a alimentar a las palomas sucias, tuertas o amputadas palomas que sí que habitan la Plaza. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 12:30pm)

¿No sería este el camino por el que tendría que atravesar la heroína de Wesker en su búsqueda de lo majestuoso, si hubiera vivido en la Bogotá del siglo XXI?

Tuan (2015) encuentra en Beatie, un personaje de la novela *Roots* (1967) de Arnold Wesker, el temperamento romántico que no lograba reconocer en la vida real. Beatie discute con su madre por la desesperación que le produce la incompetencia de esta última para proveerle una sensación de “majestad” para su ser. Ambas estaban enraizadas en la granja y su cultura popular rural pero solo Beatie era capaz de reclamarse una consciencia existencial en función del espacio en el que podía *ser*. Beatie entonces demanda una “majestad” y define alcanzarla a partir de la búsqueda de sus raíces.

La heroína de Wesker avanza a tientas hacia la idea de que tener raíces no es simplemente una cuestión de quedarse quieto y conocer el propio linaje, sino más bien una cuestión de expandir la conciencia. Tener raíces es ser consciente no solo de lo que la propia familia ha hecho, sino también de lo que la humanidad ha hecho. Estar entre verdes campos es suficiente para las vacas, pero no para los seres humanos, ciertamente no es suficiente para ella. Beatie quiere algo a lo que llama “majestad”, una vida que se corresponda a su estatus humano (Tuan, 2015, p 62).

La séptima como corredor de flujos, contiene en sí toda una trama de acciones, símbolos, lenguajes, tradiciones y maneras, que todas juntas son para algunos transeúntes los verdes campos de los que se rodeaba Beatie. Leer este entramado de símbolos hechos paisaje sería la forma de encontrar parte de las raíces que nos constituyen como ciudad y como ciudadanos, de salir presurosos a la búsqueda de lo majestuoso, de lo humano. En este ejercicio, de mirar la séptima como a uno de esos múltiples rostros de una misma ciudad, implica reconocerla como *raíz* y así aparece ante nuestros ojos como: 1. Un *paisaje majestuoso*: Cargado de símbolos que nos recuerdan en dónde estamos, que nos llevan al pasado y nos recuerdan de dónde venimos y cuál es nuestro linaje como ciudad; 2. Un *habitar consciente*: Compuesto por las existencias de quienes son agentes, protagonistas y movilizadores de ese entramado que configura la séptima, que son raíz, que con su acción en el espacio lo constituyen, lo forman y lo deforman. Sería posible apostar por la expansión de nuestra conciencia gracias a su existencia, mientras se nos revela qué ha hecho la humanidad, al menos en la séptima de Bogotá.

6.4.2. *Un pasado consciente*

Raíz 1: El cachaco flânerista. Frente a la esquina sur occidental de la Plaza, permanece en pie una casa colonial de balcón azul en el que resiste un anuncio publicitario de lo que era un local comercial en épocas anteriores. “*Gran surtido de paños para flux ropa hecha de corte distinguido en ropa sobre medida últimas novedades*” rezaba el cartel adornado con el dibujo de un cachaco puro con sombrero corbata y cigarrillo en la mano, sin puntos, comas o cambios en las iniciales. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 3:00pm). A tan solo una cuadra de la Calle de los Sombreros, este anuncio es un llamado a las imágenes mentales que podríamos tener de una Bogotá cachaca, donde el frío obligaba a la clase galante a usar sus mejores prendas de paños finos para protegerse, pero donde también, se hacía de la calle, de la séptima, un corredor perfecto para abandonarse al originario *flâneur* de la clase alta paseante. Las tiendas de sombreros, trajes y zapatos a donde acudían desde campesinos hasta presidentes, de estética tradicional, a las que todavía acuden los rolos de antaño, insisten también en recordar esa influencia de mercados instaurados a partir de la migración de pueblos libaneses, italianos y árabes.

Raíz 2: Ellos o nosotros. Son varios los murales que le gritan a los transeúntes, sobre todo en tempranas horas de la mañana cuando las rejas sobre las que están pintados cuando aun no se levantan. Dos de ellos captaron mi atención por esa estética que configuraba un paisaje de indignación de clase y una pugna por los que ostentan el poder y quienes sostienen el poder. En plena séptima, entre la plazoleta de las nieves y el lugar en donde hombres de diversa procedencia se disponen en varias duplas a decidir la siguiente jugada de ajedrez, un mural pandémico, de esos que recuerdan que en pleno auge de crisis sanitaria habían adultos mayores que ni el tapabocas se podían costear. “*Sarmiento Angulo viejo H.P.*” estaba escrito junto al retrato. El hombre más rico de Colombia de seguro no tenía la misma preocupación. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 7:00pm).

Cuadras más adelante hacia el parque Santander es posible observar también la galería de la memoria. Unas imágenes y algunas frases colgadas por una cuerda percutida, sostenidas por unos ganchos de ropa plásticos y viejos, le recordaban a cualquiera que pasara por allí las palabras de José Martí: “*Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra*”. Las fotografías de prensa antiguas se alzarían allí en forma de resistencia ante una prensa reciente que suele olvidar

dignificar las luchas de una clase trabajadora. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 1:00pm). Hecho que también lo recordaría un mural que retrataba esta vez el rostro de un minero llamando a la acción: “Construimos el mundo. Cambiemos la historia” (Notas de campo, domingo 15 de octubre de 2023, 6:00am).



Fotografía 1. Mural Sarmiento Angulo, banquero en Colombia. Tomada el 1 de mayo del 2023, día internacional del trabajo. Registro personal.

Las

tensiones entre nosotros, la clase trabajadora y los banqueros, o el patrón, en la séptima también cuentan la historia del reclamo por la memoria de las víctimas de la bota militar. A la altura de la estación de Museo del oro se hace imposible olvidar la muerte de Don Raúl Carvajal, padre del cabo Raúl Antonio Carvajal, perteneciente al pelotón contraguerrilla de la región del Catatumbo, asesinado en hechos confusos, en el municipio del Tarra, Norte de Santander en el 2006. Su padre, a quien se le había informado que había caído muerto en un combate contra la guerrilla de las FARC, dudo del hecho y en el 2008 logró demostrar que dicho combate nunca existió y denunció que había sido asesinado por el mismo Ejército Nacional tras manifestar sus nulas intenciones de

colaborar en los operativos anclados al proyecto de Falsos positivos y rehusarse a asesinar a los civiles que fueron llevados de otras regiones hasta Norte de Santander para hacerlos pasar por guerrilleros caídos en combate y aumentar cifras de éxito de las políticas de “plomo es lo que viene y plomo es lo que hay”. El 20 de febrero del 2011 Don Raúl llegaba a la Plaza de Bolívar, para tender los restos de su hijo allí y exigir el esclarecimiento de los hechos que resultaron en su muerte. Dignificó la lucha social colombiana desde la esquina norte de la séptima con Jiménez con su camión empapelado y armado de cuanta memoria pudiera haber allí, que con su letrero de “Tome fotos, haga videos y divulgue”, nos enseñó que la calle está en Colombia, tristemente, para narrar el dolor de que se ha hecho el país. Lamenté la muerte de alguien como él, porque ese día, sentada en una banca sucia del Parque Santander, me di cuenta que sin saberlo, desde hace un par de años, fueron personas como Don Raúl las que me trajeron hoy acá, a escribir, a encontrar la séptima a través de ellos, a encontrar nuestras raíces en sus historias. Este trabajo ha quedado incompleto sin el relato vivo de él en el lugar. (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 12:00pm)

Raíz 3: Tomar la ciudad por el campo. En otra ocasión, la Plaza de Bolívar les anunciaba a los visitantes que entraban por la séptima: “*Tal vez ninguna expresión artística se ha democratizado de una manera tan abrumadora como la fotografía en el siglo XXI. Si bien la tecnología ha sido el motor para que las imágenes fijas sean omnipresentes en nuestra vida cotidiana, poco a poco la sociedad comienza a entender el valor de educar y cultivar la mirada de una manera crítica pensando en el mundo de vista, en el poder de quien fija su objetivo sobre la naturaleza, los sujetos, o las expresiones humanas y en la propia democratización al acceso de los medios de producción fotográfica*”. Eran las palabras escritas por Juan David Correa, Ministro de cultura, para el stand que introducía al Fotomuseo instalado en la Plaza de Bolívar. Estas palabras con las que me topé luego de caminar por la lluviosa calle vacía, con la mirada de vendedores de gafas viejas y rotas, o arepas venezolanas clavada en mí, mientras me chiflaba el único vendedor que se había instalado de una de las carpas de la feria artesanal de la plaza, las leí como un grito de alerta que me daba la ciudad. Por todas las dinámicas de mi experiencia allí, había desistido de la idea de fotografiar o videografiar el lugar, pero... ¡basta! Ese poder de fijar la mirada reclama un medio para quedar expuesto y revelado a los ojos de alguien más. Con la lluvia cayéndome sobre la cara, ignorándola a como diera lugar, fui deslizándome por entre las fotografías que titulaban:

1. “Noviembre 6 y 7 de 1985 – ‘Holocausto Palacio de justicia’”. Se había retratado la silueta del Palacio de Justicia ardiendo en llamas. Otra fotografía enmarcaba el tanque de guerra que desde la fachada amenazaba a los y las guerrilleras del M-19, un grupo subversivo de naturaleza urbana, asaltante de la estética y la poética como acto de denuncia, al cual pertenecía nuestro actual presidente. Tan solo un par de semanas antes, las banderas del M-19 se habían alzado sobre la séptima también, apoyando la candidatura de Gustavo Bolívar por el Pacto Histórico, partido presidencial.

Faltaban menos de 24 horas para poder conocer los resultados de las elecciones locales. Antes de cruzar la Jiménez vi un poster de Gustavo Bolívar colgado en una de las carretas de venta de pañitos húmedos por bajo precio. De inmediato recordé el ambiente previo a las elecciones presidenciales un año antes. La séptima, inundada de carteles de Petro pegados en la mayoría de los puestos ambulantes, estaba ansiosa por esa posibilidad del primer gobierno de izquierda en Colombia. Hombres y mujeres nos invitaban a votar por él. Cuando me dispuse a tomar una fotografía de la publicidad, en comparación escasa, pero aun presente, para estas elecciones, el hombre sentado frente a ella se emocionó y con alegría se puso de pie. – Yo le tomo la foto. Hágale. Ahí al ladito, póngase ahí – Tanta energía me fue contagiada al instante. Sin pensar si quiera un segundo, como de costumbre, le fui entregando mi celular al hombre, me puse a un lado del cartel y de inmediato otro de los vendedores que apreciaba la escena se hizo al lado mío posando con bazos de celebración.



Fotografía 2. Vendedores informales. Tomada el 2 de noviembre del 2023. Registro personal.

Cuando le di la espalda a tan agradable encuentro, me gritaron de lejos: – ¿Si sabe por quien votar, no? –. Volvía a recordar por quienes estamos acá, por quienes hacemos lo que hacemos. Recordé a quienes quería retratar en este trabajo y recordé el por qué.

Siento mucho que hayamos perdido señor. (Notas de campo, sábado 28 de octubre de 2023, 1:00pm)

2. “*Noviembre 4 de 2004 – ‘La Plaza de Bolívar se convirtió desde hace dos días en una gran parcela de cultivos para campesinos e indígenas desplazados’*”. – La guerra en Colombia no existe – había escuchado en un par de ocasiones. Ese día, en denuncia por las indignas condiciones de vida en la que se ha desarrollado la vida en el campo colombiano, cientos de campesinos e indígenas establecieron parcelas de cultivo claramente en la Plaza de Bolívar para así tomarse la ciudad.

3. Sin fecha “*Con caballos, reces y tractores, un centenar de agricultores protestó ayer a lo largo de la carrera séptima en contra del TLC. En la Plaza de Bolívar hicieron un entierro simbólico del campo y la ganadería*”. La surreal imagen de animales de campo pisando el suelo de la Plaza de Bolívar y la séptima era sorprendente. En el



Fotografía 3. Exposición fotográfica – FotoMuseo. Tomada el 4 de noviembre del 2023. Registro personal.

2012 la firma del Tratado de Libre Comercio entre Santos y Obama, el cual prometía impulsar la economía colombiana, resultó desencadenando uno de los paros agrarios más importantes del país al punto que las ciudades fueron centro de denuncia y lucha por la causa que tenía a cientos de campesinos amenazados, heridos y hasta en funerales, en las zonas rurales de Colombia. La reducción de las exportaciones de productos nacionales y la injusta competencia con los importados de Estados Unidos, más condicionantes como la ley 9.70 que regularía el uso de semillas no certificadas por multinacionales como Monsanto, que ponían al campesinado cultivador de semillas ancestrales, genéticamente no modificadas, puso al ESMAD y al otro lado a los humildes cultivadores y cultivadoras que estarías dispuestos a dejar correr su sangre en el campo y en la ciudad, a cambio de reclamar la dignidad de su labor.

¿Y por qué la séptima?, me siguen preguntando. (Notas de campo, sábado 4 de noviembre de 2023, 6:00am)

La calle recientemente ha sido también tomada por el campo, por otras formas de pertenecer a él. Me había interrumpido el ruido de pitos y tambores. Una de las múltiples protestas de la comunidad Embera se anunciaba. Hombres, mujeres y niños adornados con los elementos de la guardia indígena pasaban por allí. Sin importar la nula atención que estaban recibiendo y que han recibido desde su llegada e instalación en campamentos insalubres en el Parque Nacional hace un par de años, continúan reclamándole al Estado y a la ciudad esa ceguera que nos embarga cuando de atender a desplazamientos forzados internos por conflicto armado se trata (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 1:00pm)

En otra ocasión, llegando a la Plaza, la tranquilidad de mamá y la mía fue algo irrumpida. La respiración fuerte de un hombre que caminaba detrás nuestro hizo que ella volteara a mirar con rapidez y desagrado. Un hombre vestido común y corriente nos contó su historia de desplazamiento desde el Urabá antioqueño. – Siempre dicen lo mismo. Que ya paso, que si van a estar ahí –, respondió molesto el hombre cuando le informamos que no contábamos con dinero para ayudarlo con el sustento de las necesidades básicas de su familia que debía suplir en el otro campamento provisional instalado en una esquina de la Plaza. – Pero es que qué derecho tiene de responder así – Le dije a mamá – Pues... todo –. Jamás hubiera esperado que mamá hubiera sentido primero que yo esa necesidad que comprender el peso de la vida que cargaba él, uno de los casi siete millones de desplazados internos que ha visto caminar esta nación. Sigo aprendiendo en este callejón. (Notas de campo, domingo 15 de octubre de 2023, 6:30am)

Esta zona del Urabá antioqueño ha sido azotada recientemente por el Clan del Golfo, también llamadas Autodefensas Gaitanistas de Colombia (UGC) o Urabeños – de ellos venía huyendo aquel hombre – un grupo armado residual de esas duras estructuras paramilitares y narcotraficantes, que, con la retirada de la guerrilla de las FARC, se transformaron, se fortalecieron e implantaron terror con la fuerza y libertad que les dejó el acuerdo de paz con la guerrilla. Mismos acuerdos que tenían a los excombatientes farianos compartiendo los productos producidos en emprendimientos financiados en dicho esfuerzo. “*La lucha es larga. Comencemos ya*”, incitaba uno de los carteles de serigrafía que compré en el mercado artesanal de la Plaza en otra ocasión, ofertado junto a las

cervezas “La Roja”, quizá el emprendimiento de producción de cerveza artesanal que más a desatacado entre excombatientes y civiles o militantes seguidores de su lucha.

Esta no es la primera experiencia de postacuerdo afrontada por las FARC o por nosotros. En 1984 en La Uribe, Meta ya se había establecido una zona de distención y los diálogos entre el gobierno y la guerrilla fueron cerrados con la firma de otro acuerdo de paz. Un año después se fundaba la Unión Patriótica, el partido que recogería las esperanzas de exguerrilleros, víctimas del conflicto, políticos y académicos que creían que ahora sí se iba a poder hacer país en paz.

La tranquilidad percibida el día anterior, la falta de ruido y de gente, fue interrumpida por el pesado ruido de pitos, tambores, trombones y trompetas que entonaban la clásica obra italiana antifascista de Bella Ciao. Me emocioné bastante puesto que hace mucho no estoy siquiera cerca de alguna manifestación de descontento social como antes lo solía hacer. Me cuestionó mucho el que no tuviera idea alguna del motivo del encuentro que estaba próxima a presenciar a la altura de la calle 22. Tenía tan poca idea de dicha movilización que lo primero que pensé era que debía ser alguna marcha insignificante más de la derecha que recientemente se tomaba las calles con más frecuencia que la resistencia. ¡Vaya error! La primera mujer que divisé luego del malabarista y el personal de Derechos Humanos, de vestido corto blanco, sombrero blanco y tacones de plataforma extremadamente altos para caminar por la séptima y que agitaba unas maracas al mismo son, era trans. Sentí un alivio por un instante. Luego la preocupación se me hizo más fuerte. Es una marcha de izquierda, y no sabía de ella en absoluto. No hago mención de esto desde una posición de ego que supone que todo lo sé, sino porque llevo quizá un año, desde que volví a la Universidad, contemplando el grave debilitamiento del movimiento social.

“11 de octubre. Día Nacional por la Dignidad de las Víctimas del Genocidio Contra LA UNIÓN PATRIÓTICA. Corporación Reiniciar”. Son 5.733 las víctimas reportadas por la JEP como asesinadas o desaparecidas en ataques dirigidos contra el partido entre 1984 y el 2016, dentro de los cuales resalta el asesinato del presidente de la UP Bernardo Jaramillo Osa, y del candidato presidencial Jaime Pardo Leal. El caso 06 de la JEP “Victimización de miembros de la Unión Patriótica” ha establecido presuntos responsables como: “exmiembros de la Brigada XIV del Ejército: el Batallón de Infantería No. 3 ‘Batalla de Bárbula’ y el Batallón de Infantería No. 42 ‘Batalla de Bomboná’”; “miembros del Batallón de Infantería No. 21 ‘Batalla Pantano de Vargas’,

adscrito a la VII Brigada del Ejército; miembros del Departamento de Policía de Cundinamarca y del Batallón de Artillería No. 13 ‘General Fernando Landazábal Reyes’, de la Brigada XIII del Ejército”; “comparecientes de la Brigada XVII del Ejército: el Batallón de Infantería No. 47 ‘Francisco de Paula Vélez’ y el Batallón de Contraguerrilla No. 35”; “algunos exintegrantes de la VI Brigada del Ejército: el Batallón de Infantería No. 16 ‘Patriotas’, el Batallón de Infantería No. 17 ‘General Domingo Caicedo’, el Batallón de Infantería No. 18 ‘Coronel Jaime Rook’, el Batallón de Contraguerrilla No. 6 ‘Pijao’; y exmiembros del Departamento de Policía del Tolima; integrantes del DAS, pertenecientes a la Dirección Nacional, a la Dirección de Orden Público y de Protección y a las seccionales departamentales de Antioquia y Santander. Adicionalmente, la Jurisdicción ha acogido a comparecientes provenientes del Comando Operativo de Inteligencia y Contrainteligencia de la Brigada XX y de las secciones de inteligencia de las Brigadas XIII y XIV del Ejército” (JEP, s.f.).

Nunca me he sentido orgullosa de reconocer lo absurdamente sensible que suelo ser.

Luego de leer los carteles que denunciaban el dolor de cada familia víctima del exterminio de la Unión Patriótica, veía sus rostros. Cada uno, con la alegría que sacude el pecho de quienes alguna vez cantamos el lema de la UP en las calles bogotanas, hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas, se me erizara la piel y se me contrajera el pecho. Una bandera de metros y metros de largo, amarilla y verde, agarrada con fuerza con puños de colombianos que vivieron lo que nadie ha debido vivir, daba paso a una gran cantidad de mujeres sobre todo, ya mayores, que cargaban sobre su pecho los retratos, en cuadros o camisas, de sus hijos y esposos asesinados. Un grupo de ellas con su otra mano cargaba un ataúd hecho de cartón. ¡Como duele la séptima a veces!

Nunca había visto una movilización tan organizada como esta. Cada cartel era similar al otro. “*SOY SOBREVIVIENTE DEL GENOCIDIO CONTRA LA UNIÓN PATRIÓTICA. Corporación reiniciar*”. Amarillo, letras verdes. Muchos con sus camisas o pañoletas amarillas. Delegaciones del Urabá, del Guaviare, de los llanos, del valle, niños, ancianos, jóvenes y adultos venían hoy. Trajes típicos, música tradicional, bailes. ¡Que carnaval! La alegría, la muestra grande de la resistencia ante la tragedia del conflicto en Colombia llegó a mí. Eran ellos y ellas, ahí, dirigiéndose por esas calles aun vacías, hacia la Plaza de Bolívar, que como me dijo un militante del Valle: es la muestra de la democracia, que con la memoria de Bolívar convoca. Hoy esa séptima

recibe una vez más las pisadas de tanta víctima de guerra, les escucha las penosas historias, les habrá recibido lágrimas, los ha sentido correr cuando los gases lacrimógenos los expulsan de allí. La historia de la violencia en Colombia, está escrita allí, a pura suela viajera y humilde raspando contra el pavimento.

Vaya linaje, vaya majestuosidad.



Fotografía 4. Movilización por el Día por la Dignidad de las Víctimas del Genocidio contra la Unión Patriótica. Tomada el 11 de octubre del 2023. Registro personal.

“¿Y su fueras tu? También te buscaríamos”

Silencio. No había nada más que ver.

Yo te daré, te daré patria hermosa

te daré una rosa, y esa rosa se llama UP,

¡UP! (Notas de campo, miércoles 10 de octubre de 2023, 9:00am)

6.5. El descenso a los bajos fondos

Salvo para las bandas de cazadores y recolectores del paleolítico y del neolítico, según Tuan (2015), las jerarquías sociales hacen parte orgánica de una sociedad. “Es más, cuanto mayor sea el grupo social y superior su cultura material, más probable será que sus distinciones de estatus sean más elaboradas y rígidas” (p. 27), por ello, la desigualdad será cada vez más radical y las disposiciones de ciudad y sus formas de vivir en ella serán muestra, en ocasiones clara, en ocasiones difusa, de lo salvaje de dicha particularidad.

A la séptima la asalta una especie de bipartidismo, no ese que conocemos en Colombia como la lucha sangrienta entre dos partidos políticos tradicionales. Como si fueran los cuadros fotográficos de una cinta de película, la séptima está compuesta de escenas en las que los de las *alturas*, en términos de Tuan (2015), se miran al menos de reojo con los de los de los bajos mundos. Estas dos partes opuestas de la mejor cara de una sociedad tercermundista, crea entonces unos *paisajes bipartitos* que denuncian la desigualdad de la urbe.

6.5.1. El bipartidismo

La esencia que sostuvo al centro desde sus orígenes en la que se miran cara a cara los dirigentes y los dirigidos, los gobernantes y los gobernados, los poderosos y los indefensos, los de arriba y los de abajo, los de bien arriba y bien abajo, perdura allí. En la carrera séptima ocurren encuentros inesperados entre conocidos, encuentros muy esperados entre amigos y familia, incluso encuentros con uno mismo al mirar esa ciudad que se erige como abismo y catástrofe, pero también esa dualidad entre el poder y la resistencia que suele dividirnos a todos en todas partes, según el capital que la vida – nuestra historia – nos ha permitido tener. Ese *paisaje bipartito* ha dado cuenta de las fisiologías, diría Benjamin, un tanto opuestas, en forma y en esencia, que coinciden en un mismo espacio que a la vez es dual que se compone de lugares para la clase de arriba, y lugares para la clase de abajo, para la clase de bien abajo también.

Una noche, luego de andar entre calles en las que descubrí lugares nunca antes vistos, como la Galería Santa Fe, arriba cerca al Chorro de Quevedo, y salir al Parque de los Periodistas, coincidí con el cierre de campaña de Gustavo Bolívar. Estaba repleto el lugar, grandes y pequeños grupos tomaban todo tipo de tragos y el olor a marihuana no podía faltar. “5 – 27” reflejaban las pantallas y los fieles seguidores del rap bogotano coreaban algunos temas de La Etnia, uno de los grupos que representa la vida de barrio y callejeo por Bogotá. Estaban unos de abajo peo allá en la tarima festejando la buena vida de los de arriba, y estábamos abajo... los que siempre solemos estar abajo. Horas después, cuando el evento había acabado el mismo espacio era ahora un desecho lleno de basura, todo un festival de mugre. Algunos comerciantes informales, otros ilegales y otros aun tomando permanecían el lugar. (Notas de campo, viernes 21 de octubre de 2023, 9:30pm)

Una mañana, al llegar al Planetario me senté en una de esas bancas del espacio que separa al lugar de la séptima. No muchas personas las suelen usar por la presunción de mugre a la que se puede

uno exponer. Veía pasar los carros y las gentes. Juzgaría al afirmar que el flujo de personas respondía a la necesidad de trabajar. Veo pasar a un hombre sin hogar, descarga sobre el piso sus dos costales con un par de latas cada uno, parte el pedazo de pan que venía comiendo y lo comparte con las palomas que estaban allí. Siempre escuche decir a algunas personas que “indigente” describía a una persona “sin dignidad”. Minutos después, en el mismo lugar, se asoma lo que podríamos realmente asociar con la categoría, un verdadero indigente. Diego Molano, Ministro de Defensa entre el 2021 y 2022, compareció ante el pueblo colombiano por los muertos y heridos que dejaron las violaciones a los derechos humanos en el marco de las protestas del 2021, y en otra ocasión también, al justificar la legitimidad de la muerte de menores de edad en un operativo militar desplegado en Alto Remanso, Putumayo en el que le darían de baja a una supuesta estructura de las disidencias de las FARC a mando de alias Gentil Duarte, operativo en el que murieron civiles desde los 9 años, sobre los cuales se referiría como “máquinas de guerra” (W Radio, 2021). Él, caminaba seguido por su séquito de comunicaciones mientras revisaba qué lugar le convendría más para grabarle al mundo un par de ideas que cautivaran a esos próximos sufragistas que verían también, no en el mismo centro, pero en un cartón, a Molano y a Bolívar. Al pasarme por el lado clava su mirada en la mía. Creo que logró percibir el malestar que generaba en mí su presencia. El joven que cargaba la cámara también lo notó por lo que bajó su mirada en símbolo de vergüenza. Lo entiendo: la necesidad de trabajar. (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 8:30am)

Un tránsito consciente, en el que la persona se sumerja en la calle como posibilidad de encuentro de sus raíces y de la esencia de su existencia, del por qué y del para qué de la permanencia el ser en la ciudad podría desencadenar en usted ese cuestionamiento de quienes somos y en donde estamos frente a la dualidad antes descrita. ¿Arriba o abajo? La observación de los lugares que instituyen el *paisaje bipartito* tiene el potencial de definirlo, o al menos, de dejarle una incómoda duda de cuál es su rol en esta lucha de clase en la que nos enlistamos todos cuando salimos a la calle.

Siempre había escuchado que para muchas personas la panadería La Florida es un lugar importante, es decir, un lugar elegante, algo costoso, al que solo se acude por una ocasión especial. En una ocasión, junto a mi hermana, luego de descartar la Puerta Falsa como opción – el primer restaurante de Bogotá – tomamos la decisión, con naturalidad, de comer en La Florida. Mal

vestidas y trajinadas después de una jornada deportiva, nunca sentíamos un temor de no ser bien recibidas, sin embargo, reconocí con facilidad que cada lugar tiene establecida esa reserva en el derecho de admisión tácito y sutil. O almuerzas con hamburguesa de \$4.000 en la calle, o entras al lugar por una pasta de \$25.000. “El neón no se apaga en La Florida (...) Así, la noche cae sobre la carrera séptima a la altura de la calle veinte, llena de luces amarillas y avisos de neón. Hace más o menos treinta y cinco años el neón era una novedad y en Bogotá lo estrenaba La Florida” anunciaba la página recortada de un periódico viejo, ya más amarillo de lo normal, exhibido en un marco de vidrio en las escaleras que conducen al segundo piso, donde las mesas se acompañan de artilugios antiguos que esquivan los elegantes meseros. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 4:00pm). En otra ocasión, junto a mi madre, emprendimos la búsqueda del pasaje Rivas. Desafiamos que tan buenas bogotanas éramos, fallando en el intento. Nos tardamos aproximadamente 20 minutos en rondar cuadras aledañas, unas muy tumultuosas y otras muy desoladas. ¡Finalmente lo encontramos! Atravesamos el angosto callejón de venta de artesanías y objetos tradicionales de la cultura cundiboyacense y descansamos en Testigo. Un enclave con platos excéntricos pero tradicionales y bebidas servidas de formas curiosas, con precios elevadísimos en comparación con el rango de precios con el que se negociaría en locales del pasaje o de los alrededores. Aumenta la exigencia de ese derecho de admisión. Un plato, \$38.000. (Notas de campo, lunes 13 de noviembre de 2023, 2:30pm)

La séptima también conecta espacios que quizá no regulan quien entra y quien sale según su capital económico, pero sí por el capital cultural que tuvimos o no, la fortuna de tener. Cuando subí a las terrazas de la Biblioteca Luis Ángel Arango, creo que uno de los lugares más maravillosos de la ciudad cuando pinta soleada y tranquila, me senté un rato a ver los cerros cubiertos de luz amarilla, y también los edificios iluminados. Me sentí tranquila. Hace mucho no me sabía completamente sola. No muchas personas suelen deslizarse por esos pasillos hasta tan lindo lugar. (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 2:00pm) Una sensación similar en cuanto a la privacidad – que deja a alguien privado de – ocurre al visitar los jardines del palacio presidencial, habilitados al tránsito del común también en este gobierno. Es un espacio muy tranquilo, demasiado tranquilo, escapa al ruido al mugre del resto de la séptima y noto que solo cierto tipo de personas entran a los jardines no porque no puedan, pese al control policial a la entrada, sino porque a mucha gente no le interesa estar allí. Transitan personas muy bien arregladas, según los cánones de estéticas corporales hoy, personas que parecieran estudiantes universitarios se mezclan con señores y

señoras mayores y elegantes. Es una población muy distinta la que llega a ese espacio. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 3:30pm). Espacios como la cinemateca se convierten en spots de concentración de población de estéticas irreverentes que dan cuenta de un capital cultural que les permite leer la sociedad de distinta forma y acudir a espacios de reflexión como lo proporciona el cine alternativo. de las personas que hacían fila para entrar a ver alguna película francesa. Al ver a los asistentes en fila esperando por apreciar una de las obras de cine francés, percibía que de ellos emanaba de todos ellos un aura de respeto por la cultura, de labores intelectuales y académicas cubiertas por ropas de todos los estilos, hombres y mujeres elegantes, jóvenes con atuendos extravagantes, personas solas, como uno de esos hombres que tatúan su cuerpo hasta no dejar espacio alguno sin tinta, se modifican los labios y se someten a implantes subdérmicos y usan botas texanas con chaquetas de cuero; o grupos de amigos, enamorados. Se encuentra allí parte de una subclase social que piensa el por qué estamos acá. (Notas de campo, sábado 16 de diciembre de 2023, 8:00pm)

Al cruzar la rotonda hacia el sur y llegar a la estación de Aguas, las estéticas de los transeúntes cambian. Corriendo el riesgo de afirmar que no era el mismo hombre de las texanas, en alguna ocasión fuimos abordados por un hombre borracho, punkero, que acompañaba a uno de los tradicionales vendedores de artesanías del lugar que suelen mantenerse en el mismo estado de consciencia, su entera cara tatuada y sus ojos llenos de tinta negra, observó intimidante a mi acompañante. Cuando rechazamos darle algo de monedas para el trago, temí por uno de esos comunes enfrentamientos que así suelen empezar cuando se camina por el centro. Sorpresivamente no insistió. (Notas de campo, viernes 21 de octubre de 2023, 10:30pm) Si hay un lugar que me incomoda del centro de Bogotá es ese. No fue la primera ni última vez que sería abordada por hombre borrachos, parte del paisaje.

Para los de arriba hay lugares, protegidos por paredes, separados por puertas a las que algunos entran y otros no, para los de abajo, la calle, abierta, sin cercos que la protejan, salvaje. Allí también fui encontrando quién soy yo. Al volver de los jardines del Palacio, me topé con las escaleras que dan paso a la fachada del Congreso. Mucha gente estaba sentada ahí viendo la Plaza, o no, contemplándola. Sus rostros se veían de una forma distinta a la mía o a la de mi hermana a la que con sorpresa le pregunté por qué papá o mamá nunca nos trajeron de pequeñas a sentarnos en esas escaleras llenas de basura. Me he sentado en ese piso arruinado por palomas e inclinado hacia el

oriente, luego de caminar por horas en marchas estudiantiles, pero nunca lo había hecho por otra razón que no sea el extremo cansancio. Continué observando a un señor sentado en el piso que junto a su esposa de pie, posaba para ella con su hijo pequeño. El hombre botaba el maíz hacia arriba y en segundos tenía a decenas de palomas volándole alrededor. Que felices se veían. ¿Por qué nosotras nunca estuvimos así, ahí? Yo no conozco esa vida. Seguimos caminando por toda la séptima. Por primera vez, y sí, suena increíble, vi por primera vez los rostros de quienes compraban y comían en la calle. Gente comiendo pinchos de carne muy barata, ponches expuestos a la suciedad del aire. ¿Por qué para nosotras nunca existió el plan familiar de domingo de comida en la séptima? En mis visitas anteriores, esos compradores de comida con olor fuerte a grasa, a chunchullo que me obliga a taparme la nariz, aparecían como sombras difusas, están, pero no están. Aquel día las vi a los ojos. No son yo. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 4:00pm)

Es sobre todo en las noches cuando el flujo de personas, muchas de ellas sin techo, y muchas otras alicoradas, caminan al tiempo o al destiempo de la música de las discotecas de la 19; es cuando la séptima suena a merengue, a música de despecho y a muletas que sostienen a hombres sin techo heridos, porque la séptima suena mucho a muletas, a muletas chocando las aceras de forma arrítmica, anunciando el paso de seres que van por la vida, que padecen la vida; es cuando destellan las pipas de bazuco dentro de las manos de quienes se acurrucan al borde las aceras, cuando los de abajo, los de bien abajo, reclaman esa séptima y en su descenso a los bajos fondos, a los más bajos, la convierten en paisaje.

6.5.2. Habitar entre las tinieblas

Los vagabundeos de Charles Dickens por la ciudad creada a partir de la Revolución industrial podrían ser vistas para la clase media y alta como una excentricidad. Sus exploraciones por callejones londinenses, “estimulaban e impresionaban al público lector” (Tuan, 2025, p. 79). El abandono a la dramatización de la ciudad moderna les permitió a autores como él, la posibilidad de retratar una imagen – paisaje – de ciudad “excesivamente depresiva”. La apreciación de la pobreza de los más pobres, de la suciedad, los olores repugnantes. “Llamaba a su propensión ‘la atracción de la repulsión’, el equivalente francés de la ‘nostalgie de la boue’” (Tuan, 2015, p. 79). Es esta la fuente de emanación de las tinieblas, como paradoja de las ciudades industriales que

destellaban luces a gas. Este dualismo que expone las distinciones de clase en pleno auge del capitalismo luminiscente invita a la revelación de las formas de *habitar las tinieblas* de una urbe como Bogotá.

- *En la basura, la luz*

Una noche, encontré sentirme a salvo en medio de grupos dedicados al consumo de alcohol en los alrededores del Parque de los Periodistas. Estaba segura. Decidí sentarme en los escalones muy posiblemente orinados del OXXO. Me ubiqué al lado de un hombre que ofrecía bolsas de basura a quienes salieran del lugar. Me camuflé, o eso pensaba, entre dos grupos de hombres bebiendo, a lado y lado de la entrada. El ambiente era bastante tranquilo, si ignoraba al grupo de barristas que estaban a punto de agredirse más que de forma verbal.

– Gracias mi papá. Gracias. Así sea de \$50 – decía el hombre, con la cara llega de cicatrices de cortes de navaja o machete, supongo, las manos sucias y las botas del pantalón metidas dentro de unas medias largas ajustadas, antes de que cualquier persona le prestara atención.

– ¡Buena! –, le dijo luego a un reciclador bastante joven, que había sacado un paquete de bolsas de basura nuevo, de la basura entre la cual revolcaba sus manos. La solidaridad de la calle.

– ¿Usted por qué está solita por acá? No ande solita por acá. Una niña así, uno no sabe quién la ve y tin – dijo mientras movía su mandíbula de lado a lado como lo suelen hacer a quienes se les llama, los ñeros, los de la calle, los olvidados, los nadie. En ningún momento sentí su comentario como una amenaza. Todo lo contrario. Por alguna extraña razón el hombre se encontraba realmente preocupado por mí. Se le veía en su rostro y en la forma en que juntaba sus manos contra el pecho.

– Tengan cuidado por favor. No anden por acá solas. Yo si me quedo acá mientras termino de completar para la pieza. Tengo vea... – extiende su mano – \$4.000.

– ¿Cuánto le cuesta la pieza?

– \$10.000

– Tome – le ofrecí – Ya casi. (Notas de campo, domingo 5 de noviembre de 2023, 8:30pm)

Hay quienes dedican su vida a hacer de la basura, de los desechos de todos nosotros, una posibilidad de existencia. A veces, hacen de eso todo un espectáculo.

Al atravesar el cruce de la Jiménez me detuve con curiosidad a contemplar el atuendo de un hombre sin hogar, aparentemente reciclador, pues su bolsa blanca en la que cargaba un montón de trastes era casi igual o más grande que él. Sus zapatos sin cordones, su pantalón holgado y su chaqueta abrigada no combinan hoy con un viejo y sucio gorro rojiblanco de punta esponjosa al final de la caída sobre sus hombros. ¡Feliz navidad! Le desee.

Un par de cuadras al sur Nothing Else Matters de Metallica sonaba de fondo, y sobre ella, el baterista

estrellaba sus platillos macerados frente al edificio Murillo Toro. Escuchaba la canción, pero tenía la mirada clavada en un hombre sin hogar. Sentado sobre su costal de diferentes colores le hacía gestos, pero a nadie en particular, eran para él mismo o para un ser que solo existía en su imaginación y movía sus piernas con torpeza y sin aparente razón. Sentado sobre esa basura apretada en el costal, existía. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 12:30pm)



Fotografía 5. En la séptima cualquier día puede ser Navidad. Tomada el 9 de septiembre del 2023. Registro personal.

So close, no matter how far

Couldn't be much more from the heart

Forever trusting who we are

And nothing else matters.

Never opened myself this way

Life is ours, we live it our way

All these words, I don't just say

And nothing else matters.

Trust I seek and I find in you

Every day for us something new

*Open mind for a different view
And nothing else matters.*

*Never cared for what they do
Never cared for what they know
But I know.*

- *En el mugre, la luz*

Una noche cuando el desespero de sentirme atrapada por el centro se fue desvaneciendo me dediqué tranquilamente a observar la calle y a quienes estaban allí afuera, desde un andén y no desde dentro del local en el que estaba. Pese a la lluvia un grupo de personas sin hogar se reunían en una esquina cercana. Se escuchaban risas. Se aproximaba hacia mí un embolador en overol, con su cajita de madera en una mano. Hablaba solo. Más bien, le hablaba a alguien que, en su imaginación, caminaba junto a él quizá con los mismos pasos descoordinados que daba él. Me rogó por algo de dinero, pero había gastado mis últimas monedas en una aromática porque esperaba aliviara mis pies mojados y el frío que me estaba incomodando. Seguía suplicando por algo de comida con una voz desgarrada que me empezaba a atormentar; sus lágrimas se empezaban a mezclar con el agua de lluvia que resbalaba por cada arruga del rostro encogido por el dolor que sentía cuando me decía que, así las cosas, hoy tocaba dormir en la calle. Se detuvo con brusquedad.

– Que sonrisa más linda. Usted es un ángel – me dijo riéndose con gracia y los ojos iluminados, me dio la espalda y se fue.

La calle sola, la lluvia haciendo estragos, y él caminando con un aire de inconsecuente ligereza; se estaba burlando de la vida.

Ahí va, uno de esos seres en desgracia que existen cuando limpian la mugre que se acumula en el andar de quienes pagar de monedas con tal de que él se deshaga de ello. Ahí va uno de esos seres a quienes les pertenece Bogotá. (Notas de campo, sábado 28 de octubre de 2023, 2:00am)

- *En el cuerpo, la luz*

Allí estaba yo, completamente sola, de hecho, sentía una profunda sensación de abandono. No había amigos, no había familia, claro, ¿quién querría estar allí? Estaba yo frente a la calle, cuestionándome a cada instante en qué momento había tomado la decisión de embarcarme en este viaje tormentoso. Vi pasar frente a mí, por horas, los rostros de ancianos, niños; sigue asombrándome la cantidad de niños pequeños que se ven en la séptima a altas horas de la noche. Una travesti, con un ojo cerrado e hinchado, quizá producto de una golpiza o de algún problema en su cuerpo, había entrado a pedir dinero al local en donde me resguardaba de la lluvia. No está permitido. La pareja de muchachos que también pedían dinero desde la puerta se reían de la situación. – Es que si uno va a pedir lo hace con respeto, no metiéndose así de fastidioso – comentaba la chica que se rebuscaba lo del día en la puerta del restaurante. Ellos mismos le empezaron a gritar. “¡Váyase!”, “¡Sáquenla!”. Uno de los meseros más jóvenes del lugar caminó hacia ella y la encaró pidiéndole que se fuera. Una mujer trabajadora, hizo lo mismo. La mujer se resistió a abandonar el lugar. De repente, el joven la toma por la chaqueta y con un empujón muy fuerte la bota a las escaleras de la entrada. Cuando logra recuperarse se para con furia y se prepara para dañar la valla de los precios del menú. La mujer que la había enfrentado llama a la policía y solicita su presencia con urgencia. La travesti no paraba de gritar, insultar, y reclamar por el pedazo de comida que se había caído al suelo en el altercado. Rápidamente llegó la policía. Ellos y un guarda de seguridad privado, contratado por los comerciantes de la zona, que llegó al mismo momento, la amenazaban con el taser con el que días antes había visto jugar a los meseros en la madrugada también. Un agente la empujaba con fuerza, y según entendí por los comentarios burlescos de los observadores, entre ellos una niña de unos 9 años que en pijama observaba en primera fila la situación, sería llevada a la UPJ. – Es que ¡ja! Que defina si quieren que la traten como una mujer o como un hombre – volvió a comentar la joven limosnara de la entrada.

Los ánimos se calmaban en el lugar, pero la lluvia empezaba a aparecer con fuerza. Estaba atrapada. Había renunciado a cualquier sensación de intranquilidad porque me había resignado. Escuchaba las conversaciones de quienes llegaban a comer a esas horas de la madrugada lluviosa. Salí a ver una pequeña rodada de Halloween, de motos y carros decorados. Volví a entrar. Me sentaba, me paraba, me volvía a sentar. Que desesperación. (Notas de campo, sábado 28 de octubre de 2023, 1:00am)

Una madrugada anterior, desde el mismo local, y a la misma hora, vi pasar a una mujer en repetidas ocasiones de un lado a otro. Vestido rojo encendido, corto, ajustado, con unos tacones de mismo estilo, muy altos, ella muy delgada. Caminaba desgonzada y cansada. Los cocineros y asistentes del lugar jugaban con el taser que portaba el señor de seguridad – ese mismo –. Me pregunté si lo habrá tenido que usar alguna vez – respuesta en el párrafo anterior –.

Ese cuerpo afuera, caminante constante, de rojo intenso, no recibía cliente. Ella y la calle seguían sintiéndose completamente vacías. (Notas de campo, viernes 21 de octubre de 2023, 1:00am)

Alguna vez Mario me había mencionado de la situación de prostitución masculina que se estaba dando en el parque Santander. En múltiples visitas jamás observé algo como tal. Al salir del Museo del oro en una visita coincidental, además de toparme con otra de esas llamas, lista para ser fotografiadas, y la venta de artesanías indígenas poco valorada – no como al interior, altamente valorada –, me crucé con un joven de unos aproximados 20 o 25 años, delgado y muy blanco. Vestía unas plataformas negras excesivamente altas, medias negras de malla, una falda muy corta y un corsé del mismo color, lucía su cabello largo y un maquillaje llamativo. “Creo que es verdad” pensé. Aquel joven solo departía algunas bebidas con sus amigos quienes tenían un atuendo común y estaban sentados en una banca mientras el ostentaba con orgullo su cuerpo de pie. (Notas de campo, viernes 24 de noviembre de 2023, 4:30pm)

- *En la redención, la luz*

“Concédeme que no busque ser consolado sino consolar, que no busque ser comprendido sino comprender, que no busque ser amado sino amar, porque dando es como recibo, perdonando es como tú me perdonas y muriendo en ti he de nacer para la vida eterna”

Clamaba una placa sobre la fachada de la Iglesia de San Francisco a la cual entré por primera vez un par de meses atrás junto a una de mis amigas, con quien me perdí también por todas las cuadras no transitadas por cualquiera en el barrio Santa Fe; con quien compartí mi asombro de ver a mujeres algo más jóvenes que nosotras en aquel lugar, así. Frente a esta iglesia, donde me contó ella, crece sobrenaturalmente el cabello del Señor de la Agonía, se posaban dos fieles creyentes: un perro blanco y negro que miraba con desaliento a los que pasaban agitados por la calle, y un hombre mayor que aunque no podría precisar su edad, se mantenía estático, sentado en el suelo,

con su rostro clavado en la oscura entrada que poco dejaba a la vista. No soy creyente pero tampoco indolente: “Señor, da a” ese hombre “*el excelso don de tu paz*”, finalizaba la sentencia grabada en la misma piedra allí. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 1:00pm)



Fotografía 6. No caption. Tomada el 24 de septiembre del 2023. Registro personal.

“Me enseñó mi padre que creer en todo no es bueno, pero no creer en nada es peor. A mí me enseñaron que no solo las balas ni el puñal matan. Los amarres, las cochinesas y las porquerías existen”

Rezaba el brujo llanero, mientras sacudía el cascabel de una serpiente y daba inicio a la demostración de sus poderes en la esquina noroccidental del cruce de la séptima con Jiménez. Una muchedumbre encerraba al hombre cuyo sombrero negro y pechera con diseño de aves y algún indígena colombiano quien atraía las miradas de niños jóvenes y viejos. En el centro del lugar se contemplaban unos artefactos que nunca había visto, sobre una alcantarilla de metal. Aquel hombre había posado la pezuña de algún animal que por ignorancia no podría definir u sobre ella, algún



Fotografía 7. Brujería en la séptima. Tomada el 24 de septiembre del 2023. Registro personal.

tipo de cuero o piel en la que dibujaba la cara escabrosa de alguna figura quizá humana o quizá deidad extraterrenal, decorada en la parte superior con cabellos. El artefacto satánico, le diría mi mamá, estaba rodeado por un aro de alguna artesanía roja con cuentas rojas y Vinotinto. Junto a él pero sobre un estante reposaba otro tipo de muñeco que daba la misma sensación de haber sido diseñado con la piel de algo que prefiero desconocer, dando forma a un rostro humano que sujetaba con sus labios un cigarrillo completo. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 1:00pm)

“El anticristo y la muerte están aquí. Tengan cuidado se sorprenderán”

Anunciaba un letrero recostado en el piso frente al Congreso, escrito con una letra deforme en marcador o alguna pintura muy mal utilizada, tres piedras lo sujetaban y al lado, una botella de algún líquido sospechoso. En la parte de atrás, reposado y en total calma, yacía el cuerpo coloreado por la suciedad de un hombre sobre un par de maletas. Se cubría al interior con una de esas cobijas ásperas de cuadros que tiene toda familia popular en Colombia, y una especie de puerta hecha con tubos de PVC lo protegía del exterior. Era el dueño de un cambuche bien armado sobre piedras y tablas, cubierto con una pancarta publicitaria electoral del Partido Verde, por bolsas plásticas y un cartel de “Precios bajos de Enterogermina” – medicamento para regular los probióticos en el intestino –. Un espectáculo de la redención. (Notas de campo, domingo 24 de septiembre de 2023, 3:00pm)

- *En el trabajo, la luz*

*Si se fue se fue,
que no vuelva más,
que vaya y le aguante los resabios su mamá.
Que yo buscaré,
Quien me de pasión,
Me siento muy hembra pa' llorar por un guevón.*

Inicié tarde mi vida laboral, a los 23 años empecé a hacer mi propio dinero. Me lo recordó aquella niña de unos 13 años de edad, cuyo nombre desconozco, que a la altura del Jorge Eliecer suele ganar su dinero cantando clásicos de la reina del tex-mex y que nos recibía hoy con esa tonada popular. Sigo sin comprender la delgada línea entre exponer el talento y la explotación laboral infantil. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 6:00pm).

Otra escena puso más en jaque la presencia de esos menores que acompañan a sus padres día a día a la guerra por el pan. Había muerto Botero y sus obras estaban por todo el centro. Un retrato de él estaba sobre el asfalto, pintado con tiza. El artista estaba apoyado sobre un colchoncito del tamaño adecuado para su rodilla y estaba con su hijo quien imitaba la misma posición del papá: una rodilla sobre el piso, él sin ningún colchón, un pie recibiendo el peso, las dos manitos pequeñas en el piso, una sirviendo de apoyo y la otra con la tiza empuñada. El artista, el pequeño, levanta su diminuta cara. “Mira papá. Yo estoy haciendo la bandera de los Estados Unidos”.



Fotografía 8. Trabajando. Tomada el 24 de septiembre del 2023. Registro personal.

Formas de obtener dinero en Bogotá a partir del jale, son muy distintas, hay, también sobre la séptima, jaladores de restaurantes, de discotecas, y los que jalan taxis cuando alguien requiere del servicio, pero en mis caminatas conocí a dos jaladores. Uno nos ayudaba a encontrar artículos de ropa y de viaje por San Victorino, momento en el que solo esperaba aparecer luego en las noticias como esas víctimas de asaltos en gallada muy normales en dicho lugar. En otra ocasión, mirando hacia la calle, me senté en una de las esquinas de esas bancas en las que no mucha gente común se sienta. Pude girarme y ver la fuente del parque al fondo, frente al Museo del oro. Curiosamente se esfumó todo el ajeteo del lugar cuando logré concentrarme en el sonido del agua, sonido que nunca habían captado mis odios cuando pasaba por allí, de hecho, si alguien me hubiera pedido describir el parque, hubiera hablado con detalle del mugre, del consumo de drogas, la población indígena vendiendo artesanías a la entrada del museo creando toda una paradoja; hubiera narrado la vez que fuimos con los estudiantes del colegio del profesor Lara, y hubiera dado detalles de la apariencia del viejo Aníbal Muñoz, el “General Sandúa”, aquel hombre que en ocasiones aparecía por allí, con su traje negro lleno de pines antiguos, su gorro que decoraba su cara llena de arrugas

y el bastón que le ayudaba a cargar parte de su peso. Otro por el que culpo a la muerte de que este trabajo no le haya dado voz a todos los que fueron paisaje.

– Véalos. \$10.000 le habrán sacado, mínimo. Por solo una patica –. La voz más áspera que había escuchado jamás me despertó de forma abrupta. Solo recordaba que la voz gutural del rapero Loko Kuerdo, en comparación con la suya, parecería algo suave. Solo podía pensar en el proceso de consumo de drogas tan complejo que ocasiona una modificación de voz así. Giré mi cabeza para poder ver al hombre que se había puesto de pie junto a mí.

– Es que si ve como son. Aguanta es sacarles un videíto así, tan, para denunciar esa corrupción –.

El olor a alcohol agrio impregnado en el cuerpo, mezclado con el del sudor en la ropa, común en personas sin hogar, me desacomodó un poco, sin embargo, fijé esta vez la mirada en los policías que estaban frente a nosotros hablando con el dueño de una chaza pequeña que se reposaba sobre uno de los muros que bordea la escalera principal del parque. El hombre seguía hablando con ese ritmo que denota calle combinada con una buena cantidad de licor. Yo solo asentía a lo que decía, pero me preocupaba por ponerle mucha atención. Al ver la patrulla abandonar el lugar continuó:

– Y ahí se van a seguir sacándole platica a otros. Esos van, dan la vuelta por allá y se sacan lo del día. Solo por un cachito de marihuana –.

Este hombre, que sostenía una botella pequeña de Pony Malta en la que guardaba el “chorrito” como le diría más tarde, quien usaba un gorro de rayas azules y amarillas, caminó hacia donde el hombre moreno de la chaza. Al volver sentenció:

– Si ve. Yo le dije. \$10.000 le sacaron ahí en un momentico. Donde tuviera más ¡ja! \$100.000 –.

No puedo recordar muy bien cuando y por qué Oswaldo, como me dijo luego que se llamaba, me pidió permiso para poder sentarse a mi lado, luego de que hubiéramos hablado un buen tiempo. Con tranquilidad reposó su brazo sobre mi casco, el cual estaba sujetado a la maleta en la que cargaba mi computador. No sentí miedo ni un solo momento, ni ahí ni al inicio del día, es decir, solo hasta ese momento recordé que lo llevaba conmigo. En pocos minutos conocí mucho de él. Es un alcohólico orgulloso.

– Yo ya dejé el vicio. ¡Ja! Yo ya solo mi chorrito, pero nada de bazuco –.

Tiene cuatro hijas y una hijastra que el día de su convulsión fue la única que se atrevió a visitarlo en el hospital. Los hijos de ella lo llaman abuelo y con lágrimas en los ojos me contaba cuánto le conmocionaba que aquella mujer le llamara papá desde sus primeros años.

– ¡Pues claro! Eso es ser papá, usted sí es el papá – le dije, cuando me contó que a los pocos meses de iniciar su noviazgo con la mamá de ella, le comentó que estaba embarazada, que desde ese momento él la cuidó con el más puro amor pese a que tanto él como ella eran víctimas de la adicción al bazuco y se inyectaban heroína también.

– ¡Ay! mi otra hija también se llama Laura... Laura Yesenia. Vea, y usted disque Laura Camila. Yo hablo con ella por teléfono y le pregunto a ver si algún día me va a llevar a Estados Unidos ¡Jay! Yo me voy por allá, paseo un ratico y me devuelvo. A mí me gusta mucho pasear. Sobre todo, ir a Panamá. Panamá es muy bonito –.

Oswaldo pasó otro rato contándome sus experiencias viajando. Consiguiendo lo del día a punta de trabajo. Incluso me dio claras instrucciones de cómo hacer para yo irme a viajar sola sin dinero.

– Eso usted le dice a los de las mulas y eso ¡Ja! Esa gente la tiene clara. Esos a ustedes las cuidan más –.

Antes, Ginkgo Biloba, como se presentó, me contaba que uno de sus hijos está en la cárcel, o no, no en la cárcel, está detenido en una estación en Engativá, su primo en Kennedy, ambos por posesión de arma de fuego.

– Pero está limpiecita, eso los han investigado y no hay ningún muerto con esa –.

Me contaba que con el trabajo podía enviarle cada 15 días \$20.000 para sus productos de aseo. Oswaldo se gana ese dinero, más los \$12.000 del paga diario en Las Cruces, pidiendo limosna, él mismo se hace llamar limosnero. Pero también trabaja con una señora vendedora ambulante; en la mañana le ayuda a subir su carrito con la mercancía, y en la tarde la ayuda a llevarlo de regreso. Jala de ida, y jala de vuelta. A Oswaldo también le atrae la séptima, no solo porque conoce a muchos allí y puede disfrutar de buenas conversaciones con los vendedores, sino también porque en el Parque Santander podía recibir un buen desayuno patrocinado por el padre.

– ¡Ja! Eso eran huevitos, salchichón, pancito y chocolatico... chocolatico en leche –, dijo mientras hacía con la mano y el rostro una seña de lujo y orgullo. Sin embargo, Ginkgo Biloba lamenta que por una pelea que incluyó puñaladas entre dos personas sin hogar que reclamaba cada uno un puesto que solo a alguno de ellos no le correspondía, el padre decidió suspender el servicio por este mes.

Oswaldo muy emocionado con la conversación, manteniéndome al tanto de todo, también me comentaba que el consumo de drogas y alcohol en el parque es predominante. Estudiantes, trabajadores, vendedores y personas sintecho se reúnen allí para consumir, especialmente marihuana. Oswaldo, por ejemplo, alternaba nuestra conversación con unos plones que le ofrecía el vendedor que estaba cerca a nosotros.

– Mi patica si me la guardo –, mencionó en algún momento luego de inhalar el humo que le propiciaba menos de un centímetro de porro ya negro. Se abrió la solapa de su chaqueta de pana beige y la guardó allí con mucho cuidado.

Durante toda la conversación había tratado de ignorar el fuerte olor a calle de él. No lo juzgo, así huele Bogotá. Sin embargo, se me había hecho complejo el seguir ignorando las salpicaduras de saliva que se acumulaba en las comisuras de los labios y a esta sensación se sumaba la asfixia que me había generado saber que me había sentado en la banca hacia las doce del mediodía, pero según el reloj del edificio El Tiempo, que se podía ver desde allí, luego de una larga conversación, marcaba las mismas doce. Me sentí atrapada por la séptima teniendo como cómplice al tiempo. (Días después en una caminata de mañana me di cuenta que el reloj no funciona bien. Siendo las 7:00am, el reloj insistía en decir que en la séptima, eran las 6:02am)



Fotografía 9. Tiempo surreal.
Tomada el 13 de noviembre del
2023. Registro personal.

El primer café: – ¿Y usted no quiere tomarse algo? ¿Quiere un cafecito? – dijo Oswaldo con una gran sonrisa y entusiasmo,

¿Qué lección me estás dando Bogotá? (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 12:00pm)

Y no iba a ser la última.

Pasando por en frente de la plaza de las Nieves, al lado de la puerta de esa iglesia pintoresca, me había llamado el mismo hombre que el día anterior me había sonreído con mucha amabilidad y un toque de alegría, tranquilidad y esperanza.

– Señorita, ¿me podría dar para un tinto?, por favor –.

No podría describir el brillo en los ojos de aquel hombre que me miraba desde el piso manteniendo la misma sonrisa que el día anterior. Otra cosa que tampoco juega bien a mi favor es el exceso de confianza en las personas. Nadie es capaz de hacer daño o herir.

– Espéreme que voy a ir a retirar. Ya regreso y le paso –.

Mantuvo una sonrisa esperanzadora.

Debía regresar a la Torre Colpatria, ahora con un doble propósito, pero en el camino, recordé que había empacado en mi maleta un par de tacones que había decidido no volver a utilizar. Empecé a mirar con detenimiento los mercados de utilidades usadas, destartaladas y oxidadas pensando en quien podría darme algo de dinero para desayunar. Que idea más curiosa. En la esquina de la calle 24 me detuve a ver uno de los tendidos con mucho detalle. El hombre que atendía estaba agachado junto a mí, desenredando un montón de cables y cadenas guardados en una maleta de ruedas. Al sentir mi presencia levantó la mirada esperando que le preguntara por algún objeto. Le conté la historia de mis tacones; me contaba que difícilmente los compraría puesto que no suele ser fácil revender ropa de mujer. Aproveché el momento para dejar de contener mi curiosidad.

Don Edgar, un habitante del barrio paralelo al Santa Fe me contaba como terminó aprendiendo a comprar y vender en la séptima. Antes trabajaba vendiendo limonadas en el mismo lugar, pero los ingresos no eran muchos.

– Yo le ponía cuidado a un señor por aquí como era que negociaba. Aprendí de las marcas y todo eso. Él se fue porque pudo montar un restaurante en Suba, entonces yo cogí el puesto de él –. Eso hace dos años.

Tuve la oportunidad de ver cómo mostraba con orgullo el carnet que la alcaldía les había asignado a los vendedores informales de la séptima para poder acreditarse con los secretarios de seguridad.

– Ellos pasan por acá y van comprobando que todo lo que vendamos sea bueno. Nos prohíben vender celulares, ciclas, cuchillos o cualquier tipo de arma blanca. Antes había mucho expendio entonces por eso también controlan –. Le preguntaba por qué algunos puestos si ofertaban cuchillos, manoplas y tambos. – Pues hay gente que lo hace, pero eso les toca como cubrir o esconder por vea... – señala a dos policías que estaban mirando la calle – ellos siempre están por ahí viendo y mire allá también – señala con la boca la esquina opuesta – ahí ellos tienen una cámara, apenas ven que llegan ciclas o algo así se le vienen a la persona porque saben que es robado –.

Le pregunté cómo adquirirían aquellos objetos extraños.

– Usted sabe que los ricos botan a la basura tanta cosa que para ellos no es nada y para uno... vea. Nuestros proveedores son los ñeritos, los habitantes de calle. Ellos van, reciclan en el norte o por allá esos lugares y vienen y nos traen lo que encuentran – Dirige la mirada hacia sus pertenencias, con algo de orgullo. – Si usted ve, todos los tenis son buenos, de marca, originales, porque los ricos los botan así –.

Siempre también me había preguntado qué tipo de persona sería capaz de comprar la ropa allí tendida, o los objetos dejados en el lugar. ¡Ay Laura! La gente que no vive como tú. Mientras seguíamos hablando de varias cosas, unas jóvenes se acercaron a Edgar quien seguía desenredando cables.

– ¿Tiene gafas?

– No señorita. Tengo estas, pero son de aumento – Mostró Edgar unas gafas con solo un lente puesto.

– No. De sol.

– No señora. Pero... ¡oiga Paisa! ¿Que si tiene gafas?

El Paisa, el comerciante del lado, gran amigo de Edgar pero cuyo nombre él mismo desconoce, estaba sentado en una silla de escritorio con ruedas, con una pose que dejaba a flote una sensación de tranquilidad y buena vida de la que estaba disfrutando, al menos en ese momento, tenía puestas unas gafas de sol más grandes de lo normal, de montura y lente rosado. ¡Que escena!

– ¡Si claro! Véame estas. – Dijo con jocosidad. Y se dispuso a enseñarlas a las jóvenes interesadas. Una de ellas contemplaba una de las cadenas extendidas en uno de los bordes de la maleta de ruedas.

Seguíamos hablando sobre el negocio. Edgar paga \$3.000 por parquear su carrito de mercado en un parqueadero. Fuimos interrumpidos nuevamente por una mujer mayor, bajita y con un pie chiquito.

– Hágame un favor. Uno tenisitos así como para mí.

Como me dolió pensar en que alguien como mi madre podría estar buscando tenis allí. Luego, se acercó un hombre de unos aproximadamente 35 años, de tez morena, alto y acuerpado, vestido de traje, en su cuello colgaba un carnet que lo acreditaba como trabajador del Ministerio de las TIC.

– ¿A cómo esa camisa? – Señaló una camisa de cuello a rayas. Edgar se la mostró. El hombre la contemplo por un buen tiempo pero a la final no pudo llevarla. No era de su talla. No entendía lo que estaba pasando. No entendía como funcionaban unas realidades que no son las mías.

– Pa’, en dos luquitas –. Un hombre sin hogar le mostro a Edgar unos tenis blancos algo ya pelados y viejos.

– No, gracias –.

– Hay días buenos y hay días malos. Eso varía –. Seguimos hablando de los días memorables de Edgar y sus amigos. – Un día llegó un ñerito y le trajo un cofre a un señor que se hace acá, no ha llegado y no debe demorar. Él se hace acá. El señor abrió el cofre, esos de joyas, y había ahí cadenas y eso, y había una que era de oro y otra de plata, pero eso habían más. El señor le dijo “¿Y qué? ¿Cuánto me pide por esto” y el ñerito le responde “Deme pal’ vicio y ya”. Pues el señor le dio \$5.000. Ahí mismo se bajó a esa cuadra donde cambian. ¡Ja! \$7.000.000 le dieron por todo eso. No, eso nos gastó ese día y se compró una motico. El ahí viene con su motico –.

– Otro día yo no estaba, pero yo tenía una cámara de esas antiguas. Y estaba buenesita. Llegaron unos gringos y usted sabe que ellos son curiosos, y se enamoraron de la cámara. Le preguntaron al Paisa que a cómo y él dijo “Three hundred dollars”. Cuando yo llegué me preguntaron y él me dijo que pidiera trescientos dólares, porque él cobra en dólares. Entonces yo les dije y ellos mírenla y mírenla, eso miramos la montaña, se veía todo re bien. Cuando se fueron tres gringos para allá para la tienda y dos se quedaron acá. Yo creo que esos tres se fueron a sacar la plata para no sacarla en la calle. Vienen, y me entregan los trescientos dólares. ¡Ja! Yo eso fui más feliz. Ese día fuimos a la tienda, pedimos dos ensaladas de esas de \$20.000 y le gasté al Paisa. ¡Él es mi amigo! Es calidad de persona –. Justo el Paisa pasaba por allí a darle alguna información, al escuchar lo abrazó y lo halagó también.

– El 24 de diciembre eso terminé de trabajar a las 4:00am. Eso viene la gente acá a darse el abrazo a la media noche. Ese día se trabaja duro –.

Quedé de traerle más ropa y zapatos a Edgar.

El segundo café: – ¿Usted no quiere tomarse algo? Allá viene la señora de los tintos. ¿Quiere un tintico?

¿Ya dime, qué me estás enseñando Bogotá?

– Mire, me demoré pero le traje lo del tinto – Le dije al hombre que esperaba por mi frente a las Nieves.

– Niña, ¿a usted quién le enseñó a ser así? – Me volvió a mirar con los mismos ojos y la misma sonrisa.

Conocí a Jorge. Quien uno llamaría habitante de calle, pero no, – Yo no soy habitante de calle, yo me visto así porque yo vivo en una piccita en el Santa Fe, y allá donde a uno lo vean con una buena ropa, eso a uno no lo dejan tranquilo – dijo Jorge dejando a la vista los dos únicos dientes amarillos que tenía, y señalando una chaqueta de frío, color verde olivo, teñida de un negro por el mugre de la calle. Hablamos bastante. Durante la charla Jorge, quien estaba permanentemente acurrucado a sorpresa mía porque yo no aguantaría ni 5 minutos así, iba dando brincos de tanto en tanto como intentando parase pero a la vez no. Veía con inquietud la forma en que su cuerpo había adoptado

una ergonomía muy particular. Su columna curvada y sus piernas y manos encogidos se veían poco incómodos.

– Me hace falta lo de la piecita. Tengo esto –, mostró poco más de \$4.000. La piecita en la que vivo con mi mamita vale \$12.000 y allá toca pagar completo, allá no rebajan ni \$500. Y a mi mamá le compro una sopita de \$6.000. La señora del restaurante es mala conmigo. Ella casi no me hecha carne. Yo no puedo darle a mi mamá el almuerzo sola, me toca estar ahí con ella porque eso los venezolanos no nos dejan tranquilos. Ellos cuando llegaron se apoderaron de todo y eso le piden comida, se le sientan en la cama.

Jorge pasa sus días en la séptima pidiendo el apoyo de cualquier persona que pueda y quiera. No es limosna, jamás lo vio así. Es casi un trabajo como el de Edgar o como el suyo, o el mío. A veces trata de huir de la policía pues lo suelen molestar. Tiene un gran dolor en la rodilla y su mamá está muy enferma también. Está a la espera de la cirugía para ella en Montenegro, Quindío, donde también tienen una casa pero allá “la miseria es igual que acá”. Su mamá está en silla de ruedas pero no le gusta salir a pedir dinero, de hecho no lo hace.

Quedé de compartirle algo de medicina. Cuando vio la patrulla se levantó, sorprendentemente no olía a calle. Estaban por aproximarse tres punkeros, borrachos evidentemente, en sus cuerpos se relataban los días enteros de trago barato, quizá algo de droga, desempleo y peleas. Inmediatamente me junté un poco más a Jorge y me sentí segura a su lado. Caminamos una media cuadra juntos.

Nos veremos pronto. (Notas de campo, jueves 12 de octubre de 2023, 8:00am)

- *En el arte, la luz*

Para cumplir con ese último de mis propósitos – *representar las experiencias espaciales de los sujetos que habitan la carrera séptima* – será invitado o invitada a la observación de un corto en el que intenté capturar la vida de quienes hacen del arte su forma de resistencia ante la oscuridad que abunda en las tinieblas de la capital. [Corto audiovisual a presentar en el espacio de sustentación de la investigación].

6.5.3. *Habitar entre las cloacas*

La grandeza de Londres como urbe cuna del capitalismo, fue posible, como lo demostró Dickens, gracias al movimiento migrante pobre que llegó a ella, deslumbrado por las posibilidades de alcanzar la gloria. La clase media y alta que lo miraba con sorpresa y desprecio, tenía ante sus ojos la clara imagen de la masa a la que le tendría que agradecer su propia existencia. Marx estaría junto a él explicando la dependencia de la clase alta – que erige grandes edificios, pasajes y plazas – hacia esa clase obrera, muchas veces asociada a la plaga de ratas que había invadido la ciudad. Tuan (2015) también recordaría que la existencia de la limpia y deslumbrante ciudad existe gracias a quienes retiraron de sus calles toda la basura expelida por los unos y los otros y así, encuentra en la cloaca uno de los dispositivos que constituyen el paisaje sublime.

Literalmente, esos “túneles subterráneos alcanzaron la sublimidad en extensión geográfica y en inmundicia, magnificencia y horror; permitieron ver “el inframundo como algo impresionante y, sino atractivo, si al menos necesario. ¿Necesario para qué? Necesario para el mantenimiento del mundo de encima” (Tuan, 2015, p. 74). Figurativamente, veamos entonces... la vida de quienes habitan las cloacas de Bogotá.

- *Las víctimas*

– ¡Claro! Eso en un rato vienen los maridos a quitarles la plata.

Volvió a comentar Don José cuando pregunte si era cierta aquella dinámica de explotación laboral entre indígenas Embera que se teje al interior de las mismas familias, hecho que profundiza aún más las ya graves secuelas del conflicto armado colombiano en su calidad de desplazados. En tanto más contemplaba la escena, más degradante se volvía. Casi seis mujeres, de entre cuarenta y cuatro años de edad bailaban al ritmo de una música no fácil de describir. Descoordinadas. Las más pequeñas sorprendían con su capacidad para imitar pasos peculiares ejecutados por las niñas más grandes y su madre, y con su capacidad de desconocer la situación en la que se encontraban. Jamás había pensado en que esta forma de recolectar dinero era efectiva, sin embargo, distintas personas se acercaban a depositar algo de dinero en el tarro dispuesto para ello.

– La otra vez vi a unos ahí agarrados porque el señor “que venga que deme mi dinero” y ellas se lo esconden entonces “que yo no tengo nada” “que cómo así que no hay dinero”.

- *Los victimarios*

En una de las caminatas hacia el Chorro de Quevedo, antiguo asentamiento muisca luego ocupado por Jiménez de Quezada para reposar su tropa en un lugar alto que ofertara privilegios de defensa y ataque, hoy, una plaza frecuentada por población tan diversa como el lugar, encontramos el lugar lleno como de costumbre. Un show de cuentearía recién terminaba y la policía, abundante por ese lugar, – nunca había visto tanta policía junta en el centro y luego descubriría por qué –, seguía en su labor de levantar todo el comercio ambulante del lugar y a los tomadores de trago y chicha que pululaban en la placita. (Notas de campo, viernes 21 de octubre de 2023, 9:00pm)

Otro día, a la misma hora, al llegar a la calle principal del Chorro, por la salida norte del Embudo, nos recibía la música salida del bafle usado por unos raperos que tenían a gran parte de la población reunida a su alrededor. Poco nos detuvimos allí y subimos por el callejón. Tampoco contemplamos mucho el lugar. Iba acompañada de una gran amiga. Finalmente decidimos sentarnos en otras escaleras de la plaza. No había terminado el show de cuenteros y la gente seguía disfrutando de la chicha en grupos pequeños y grandes sentados en el piso o en algún local, según su economía y clase lo permitiera. Poco tiempo después, más policía ingresó al lugar. Era tiempo de que todos nos fuéramos de allí.

– Señoritas, les solicitamos que en contados minutos se retiren del lugar. Si quieren consumir algo lo pueden hacer al interior de algún local.

– Pero no estamos tomando – Dije con una ingenuidad programada, para poder obtener algo de él.

– No es tanto sobre si están tomando o no. Desde hace un tiempo, por un decreto que sacó la alcaldía, el espacio público, o sea, este, debe ser desocupado a las 9:30pm.

– ¿Por qué?

– Es por una cuestión de seguridad. No es muy bueno que estén por acá a esta hora. Es más por ustedes.

Nos miramos y en mí empezó a pesar mucho toda esta película de drogas, delincuentes, migración y tortura que días antes había conocido y me había puesto en una extraña situación. (Notas de campo, domingo 5 de noviembre de 2023, 9:00pm)

En uno de mis días junto uno de mis acompañantes de la séptima y su esposa², viendo junto a ellos la puesta de la noche, a una hora muy temprana. A las 6:00pm parecían ser las 8:00pm. Pese a la lluvia y esa nostalgia se producen las calles bogotanas en temporadas de lluvia, las gentes continuaran transitando el lugar. Las conversaciones variaban. Pese a la lluvia y al frío estábamos pasando una tarde agradable, viendo el paso aún frecuente de caminantes y personas que se movilizaban en bicicleta como si la lluvia no existiera hoy. El señor del chicharrón llegaba de tanto en tanto para unirse a la conversación.

Uno de mis acompañantes encontrados en la séptima, con quien empecé a frecuentar mis estancias allí, con las botas pantaneras de su mujer, junto a uno de los artistas de la séptima, empezó a bailar bajo la lluvia. – Con estas si no me resbalo. Ah vea. Estas son las que toca –. Seguía bailando en medio de la lluvia, con una sonrisa enorme, él y todos los que estábamos allí viéndolo bailar con las botas de su esposa.

Tomó la decisión de traer sus trastes hacia el escampadero donde estábamos. En ese proceso revisó la lonchera en la que recolecta el dinero, la cual había dejado con toda tranquilidad bajo una de las bolsas de basura que cubría su puesto de trabajo, al otro lado de la calle, sin protección alguna.

– Vea. Para los que dicen que acá ganamos mucho. \$1.000, \$2.000, \$3.000, y... \$4.000 desde las tres de la tarde.

Hablando con Adán, un artista moreno de piel gruesa, reluciente por el contraste de ella con su traje dorado y brillante, discutían con preocupación por el qué le estaba pasando a la séptima.

– Y el otro mes va a estar peor –, dijo Adán. – Las lluvias se van a poner peor. Esto acá no se va a mover –.

² No se usan los nombres propios por solicitud del entrevistado.

– Pero es que ha estado malo desde hace tiempo. Esto antes estaba lleno. Ya la gente está dejando de pasar – Respondió. Luego añadió – ¿Y a usted no le da miedo andar con esa cámara por acá? –

.

– No – Respondí titubeando – ¿Por qué?

– Jum. Eso acá es peligroso. La otra vez robaron a... – no se quien, en no sé dónde, de no sé qué forma. – ¡Ah! Y la otra vez eso... – Continuaba hablando él y su esposa agregaba de tanto en tanto más información sobre desafortunados sucesos acontecidos a diferentes horas del día, a diferentes personas, en diferentes lugares. Empecé a sentir miedo.

En medio de otra conversación los dos recordaron que esta mañana “se habían bajado”.

– ¿Quiénes se bajaron?

– Los del tren. Bajaron y se pelearon con el de allá –. Señalaron al vendedor de la esquina diagonal.

Rápidamente apareció otro tema de conversación por lo que no supe nada más. Me vi obligada a cortar otra conversación.

– Pero no entendí, ¿quiénes bajaron?

– Los del Tren de Aragua.

– ¿Y cómo así que bajaron?

– Ellos... –bajó la voz – ellos controlan aquí a todo el mundo. Ellos llegaron acá con mucha plata y compraron los puestos. Les dijeron a los vendedores, “les damos tanto, ustedes siguen trabajando, pero me responden a mí”. Entonces ellos son como informantes. Cualquiera cosa que sucede por acá o que “ay vea, ahí va alguien con algo que se puedan robar”, ellos los llaman y ellos bajan. Acá mucha gente se fue de acá. O los sacaron. Por no aceptar eso.

– Esa gente es terrible – agregó la mujer. – Es que esos son muy así de picar a la gente. Y eso la mayoría son mujeres. Pobrecitas, no saben a qué dedicarse, pero eso hay mucha mujer.

– La vez pasada capturaron a uno de los jefes – continuó. – Una mujer de la policía se infiltró. Duró meses saliendo con él, se ganó la confianza y ¡tome! Lo capturaron.

Pasado algún tiempo, se unió a la conversación el patrullero que debía hacer guardia en esa esquina de la calle doce. Me sentía algo intimidada, pero me recordé que era la oportunidad que necesitaba y que había estado contemplando desde tiempo atrás.

Bien entrada la noche, él y su esposa – la representación del amor tejido entre dos víctimas de la violencia armada en Colombia, que han “sufrido las duras y las maduras juntos. Por eso a mí lo quiero tanto” –, decidieron partir. Les afanaba la idea de que les cerraran el parqueadero donde guardan sus elementos.

Era mi oportunidad. Tomé el impulso. Sentí la sentencia que vendría sobre mí si mi círculo social me viera, así mal parada en la calle, hablando con la tomba. Le conté todo mi proyecto al patrullero.

– ¿Pero usted por qué quiere hacer todo eso? Si este lugar es feo. Aunque si quiere ver cosas chéveres vamos más abajo y nos caminamos el San Bernardo.

Terminamos hablado de todo. De la vida, de la suerte, de la mala suerte, del por qué alguien con “buenos modos” como yo estudiaba en la Pedagógica. De que la existencia de la policía es el síntoma más claro de que un Estado está mal, decía él. Y claro, del lugar.

– Esto es un león dormido –. Fueron las primeras palabras que usó, luego de contemplar la calle hacia el sur, ya completamente oscura, y medianamente sola. – Esto en cualquier momento acata. Acá pasan muchas cosas y la gente no se da cuenta –. La conversación empezó con la cuenta de hombres asesinados. Señalaba las calles o las describía. – La mayoría son ajustes de cuentas. Eso acá esta pesado por las mafias. La gente que controla el expendio de drogas. Por eso es mejor que usted no se boletee. Si usted empieza a hablar con el uno, con el otro, a usted la van a empezar a mirar raro. “¿Esta por qué estará preguntando?”. Ellos viven muy prevenidos por nosotros. Porque acá hacemos mucho trabajo de inteligencia entonces van a pensar que usted está con nosotros. Ellos no preguntan. Ellos la ven, la esperan, puñalada por la espalda y ya.

Las mismas semanas en las que recorrí por horas la séptima de arriba abajo y sentía que las miradas de ciertos hombres me seguían de forma extraña, una mujer joven, como yo, haciéndose pasar por

estudiante, como yo en efecto soy, que empezó a frecuentar el lugar, como yo, fue la pieza clave para la captura de alias Guillermo, la cabecilla, y cinco miembros más del Tren de Aragua. Alias Guillermo, fue acusado de cometer actos de tortura y homicidio, desplegados en una casa usada como centro de tortura en el cercano barrio de Las Cruces. El móvil: la lucha por el control de la venta de estupefacientes en el sector del Chorro de Quevedo. Sentí unas ganas de irme aún más fuertes que antes. Afortunadamente la despreocupación por la vida en general me devolvía la calma rápidamente. Ya el cuidado de la cámara dejaba de ser el problema más grave.

El Tren de Aragua es la estructura criminal más poderosa de Venezuela y el único grupo local que ha logrado afianzarse en el extranjero. Dejó de ser una pandilla carcelaria confinada al estado de Aragua para convertirse en una amenaza de naturaleza transnacional con un amplio portafolio criminal (...). Esta expansión transnacional se produjo a expensas del masivo éxodo venezolano. Desde la prisión de Tocarón, en Aragua, la pandilla supervisaba y se beneficiaba de células establecidas en al menos otros tres países suramericanos (InSight Crime, 2023).

La migración Venezuela-Colombia había desencadenado toda una serie de ideales y prácticas de xenofobia en la población colombiana. La lectura de la criminalidad en el país fue uno de los fenómenos más influidos por ello. Para el común de los colombianos, la población venezolana llega no solo a “dejarnos sin trabajo”, de repente en Colombia cualquier robo “eso debe ser un venezolano”, un acto de sicariato “eso hay que sacar a todos esos venezolanos de acá”, y para infortunio de la situación, las redes sociales se llenaban de videos de actos criminales en los que se comentaban sarcásticamente cosas como: “ve, que raro ese acento venezolano”, cuando se escuchaban las voces de los delincuentes.

*Esa doña acaba de salir de misa,
y celebra la paliza que le están dando a un chamo,
porque si se trata de malandros,
ella los prefiere colombianos.*

Dijeron los raperos de Alcolirykoz retratando la situación de forma precisa. Sin embargo, algo estaba claro. La presencia del Tren de Aragua estaba cambiando las dinámicas de la criminalidad en Colombia, o al menos en Bogotá. Jorge, un vagabundo, Edgar, un hombre que siempre ha

sobrevivido viviendo cerca al Santa Fe, Oswaldo, el alcohólico que sabe de calle, todos ellos, conocedores y expertos en sobrevivencia en entornos de ilegalidad y peligro, habían generado topofobias en los mismos lugares que antes frecuentaban y lo atribuían a “los venezolanos”. El control de las zonas de tolerancia, de los pagadarios – casas en las que se arriendan camas o piezas por día a muy bajo precio – tenía a las personas de calle, a quienes viven la calle, en vilo; a aquellos traficantes y expendedores de droga del Chorro de Quevedo, torturados y asesinados, también.

En otro encuentro con mi acompañante, habríamos hablado sobre una vendedora de arepas de la séptima que días antes lloraba frente a su carro de ventas por no haber podido completa el dinero que les debía entregar. La extorción a comerciantes, causaba en Bogotá la sentencia con arma de fuego o incendios a manos del tren de Aragua; redes de tráfico sexual habían caído también en sus manos, ni las prostitutas “se salvan de la vacuna”; *modus operandis* sádicos empezaban a describir el bajo mundo en Bogotá:

El operativo en contra de ellos se llevó a cabo luego de que las autoridades recibieran información que tenían secuestrados a dos hombres y que al parecer tenían planeado asesinarlos. Al irrumpir en la vivienda, los uniformados se dieron cuenta de que los secuestrados estaban amarrados con condones (Semana, 2023).

Autoridades colombianas señalaron este lunes al Tren de Aragua, una temida organización del crimen que surgió en Venezuela, como la responsable de al menos 23 asesinatos cometidos este año en Bogotá, algunas de cuyas víctimas fueron desmembradas.

Solo en la última semana han sido hallados en bolsas los cuerpos descuartizados de cuatro personas en diferentes puntos de la capital colombiana (...) El descuartizamiento de las víctimas para ocultarlas en bolsas y costales es «una modalidad que no se había visto en la ciudad», agregó Triana (RTVC, s.f.)

En un bar de mala muerte, que llaman amanecereros, a los que llegan ladrones, jibaros, prostitutas y empleados del mundo de la fiesta nocturna, que al bajar las rejas de los negocios en los que trabajan pasan de atender mesas a prender su propia rumba, se dio una carnicería. Cuatro personas fueron asesinadas con cuchillos y picadas en pedazos.

Los autores del aterrador crimen ya son conocidos por su brutalidad, y no lo ocultan, es más, se convierte en un mensaje para quien pretenda atravesarse en su propósito de adueñarse del negocio de microtráfico: el Tren de Aragua. Los testigos de la masacre en el bar La Legión [ese que buscaba con la mirada un día llegando al centro por la Caracas con calle 65], contaron a la Fiscalía lo que vieron, la escena fue aterradora. “Vimos cómo los metieron al baño, se escuchaban gritos y golpes secos, después sacaron unas bolsas negras que escurrían sangre” (Semana, 2023).

Desde tiempo atrás en lugares como el Cartucho, el Bronx o el San Bernardo, han existido las casas de pique, pero ahora bares en zonas transitadas funcionan como espacios dispuestos para la tortura, mutilación y desmembramiento, y la estructura criminal al mando de un espectáculo del terror, está ahí, en la séptima y se había convertido en una amenaza para mí.

– Yo si soy de los que les pega a los loquitos – sentenciaba Aguilar. – ¡Ay si! Yo los cojo y les doy unas. Pero a los locos locos. Acá por ejemplo, hay un tipo, pero o sea, él está mal de la cabeza. Él va caminando y les pega puños a las mujeres. Les revienta la cara porque sí. Él dice “Ay es que me tropecé”. Eso ya van varias veces y yo lo cojo, lo bajo para aquí detrás y lo enciendo, porque eso no se hace. El tipo cuando me mira se va de acá.

Seguí cuestionando si debía o no quedarme más tiempo allí, hoy y el resto de lo que supone durará mi investigación.

– Aguilar. El martes espero mi dulce de Halloween –. Le dijo una pequeña de unos doce años con la energía que no tenía nadie.

El tercer café: – ¿Quiere tomar algo? – Me preguntó. Era la tercera persona en invitarme algo en un lugar donde el otro es el Otro.

– Bueno, gracias – Dije sonriendo, pensando, él si tiene cómo.

La chica tomó el termo que le pasaba su abuela con mucha propiedad y sirvió as dos aromáticas pedidas que nos servirían de ayuda para esa noche extraña.

– Ella sale del colegio y todos los días se viene para acá. Los papas la tienen muy abandonada entonces la abuelita la cuida acá –.

– Aguilar, yo veré mi dulce. (Notas de campo, sábado 28 de octubre de 2023, 7:00pm)

6.6. La suspensión

¿Es posible traer el cielo al inframundo? ¿Sería posible hacer día en la noche? ¿O ver la luz en medio de las tinieblas? ¿Esperanza en medio en el tránsito por las cloacas? ¿Es posible encontrar en un mismo espacio a la gran ciudad y a la decadente que se lo permitió? El espectáculo de ciudad que se da en función de la historia y disposición de la carrera séptima ha creado espacios que ilustrarían una gran *epojé*. Puede que Husserl y los geógrafos humanistas se rebelen ante mi intención de hacer una ligera adaptación a esa *epojé* que le permite al fenomenólogo suspenderse en una atmósfera en la que logra el desprendimiento del fenómeno observado. La séptima ofrece otro tipo de suspensión, de asunción, no para el curioso observador o para el detective benjaminiano, sino para quienes están allí siendo observados, existiendo, en casi una disposición de enajenación del espacio, tampoco asociada a esa enajenación marxiana en la que se anularía la conciencia de su ser, por el contrario esta enajenación espacial permitiría una disminución de la conciencia de la disposición del espacio que le rodea, acto de potenciación de la conciencia de sí en el tiempo, y la conciencia de su ser en una séptima que está allí pero que no lo condiciona, posibilita. Allí, se rompen las reglas, las leyes de calle, y las leyes de clase, allí pasan cosas, que ponen en duda tanta estructura dual que se ha tejido en la ciudad. Como burbujas en las que se quebrantan la constitución de los opuestos, tan trabajada aquí, queda en evidencia un *paisaje suspendido*, construido por aquellos herejes de lo dual que ponen en jaque al espacio, a la clase, a la condición y a la razón en un *habitar romántico*.

¿Y si lo o la invito a usted a compartir una lectura académica y a su posterior discusión académica? Lugar: Carrera séptima con calle 12C, en la banca grafiteada frente a los vendedores de loterías de todo tipo, valor y premio. Yo aceptaría, pero muchos otros no. ¿Y si fuera una partida de ajedrez?

Siempre había sido cautivada por la escena de viejos y jóvenes jugando ajedrez sobre la séptima, en mesas de plástico que pelean contra toda situación que hiciera racionalmente incomprensible su presencia en medio del tumulto abrumante, la lluvia o el ruido excesivo. Unos retuercen sus nudillos, se tocan la frente, o por el contrario permanecen inmóviles con la mirada fija en el tablero de plástico bicolor igual de sucio que las mesas sobre las que reposa. Ahí va uno, toma una ficha medio rota y ataca. Ni el humerío de la comida fritada a pocos metros, ni la presencia de observadores cayados o charlatanes los distrae. Ni el viejo de pelo largo, barba blanca y sombrero del mismo color, ni el otro vestido tan formal como la ocasión lo amerita, con un traje que le da elegancia y dignidad a su avanzada edad, encarando a su oponente



Fotografía 10. Jaque. Tomada el 17 de septiembre del 2023.
Registro personal.

de una edad menor a la mitad de la vida misma de este, ni la mujer, la única jugadora femenina que había visto algún día allí, bien peinada, de unos 55 años, que sorbe el tinto caliente ofrecido por su amable contrincante y que reposa de tanto en tanto sus manos sobre la mesa ya manchada por un par de gotas regadas; ni la pareja de hombres sagaces que cronometrizan sus jugadas y golpean fuertemente el reloj para marcar su jugada con una velocidad asombrosa ... ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! Jaque ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! Mate... se logran inmutar. ¿Qué es este lugar? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ellos? 6:41pm. (Notas de campo, sábado 16 de septiembre de 2023, 6:30pm)

En varias pasadas por el lugar, veía a unos seres que se convirtieron parte constituyente de esa epojé del ajedrez. Siempre – exagerando – están allí. Los veía un día, al siguiente, nuevamente, y otra vez. Sonríen, se cruzan de brazos, aplauden, se emocionan y se ponen alerta; sea como sea, pasan sus días con la mirada clavada sobre los tableros y el vaivén de las fichas.



Fotografía 11. Mate. Tomada el 1 de mayo del 2023. Registro personal. De pie, en el centro, uno de los hombres que casi siempre se encuentran allí. Él, paisaje.

Una cuadra antes de llegar a la Plaza hay otro espacio de ajedrez, otra suspensión. Me detuve a contemplar un par de partidas, claramente sin tener ni la menor idea de lo que allí sucedía. Papá solo me había dejado en claro, caballo en “L” y alfil en diagonal. Siempre había visto este lugar con un recelo sin fundamento. “No es el mismo que el de la 19. Es solo una copia”, solía pensar. Bueno, ¿y qué? Hoy los tableros hechos en algún tipo de tela plastificada lucían limpios. Cosa poco común. Su blanco no era un blanco trajinado sino uno que relucía con la luz del mismo sol que a esa altura del día me había quemado la piel de la cara. ¡Ah, ya entendí por qué! Un “Álvaro Acevedo. Concejal de Bogotá. Marque así ‘L’ [¿caballo en “L” o “L” de Liberal?] ‘6’” adornaba

los tableros nuevos. Intenté pasar por alto aquel detalle, y fingiendo que contemplaba los movimientos calculados de cada ficha, observé cada detalle de los dos contrincantes.

Las sombrillas de un azul sobrio o negro son comunes en este lugar, así como más adelante me di cuenta que las ciclas viejas también. Ambos, objetos propios de hombres mayores, viejos que se entregan al vicio del ajedrez. El hombre de traje elegante, de unos bien pasados setenta años, con tapabocas industrial, arrugas profundas, manos gruesas pero inestables, y pelo blanco blanco, había dejado la suya sobre la mesa. ¿De dónde vendrá tan elegante? ¿A dónde irá después? Seis hombres, diferentes aspectos, pero misma edad promedio, con las miradas clavadas en los tableros golpeteando la mesa de plástico con cada jugada amenazante; tres hombres observando con gracia el movimiento de los otros. Uno de ellos también llama mi atención. Su elegancia no solo denota gusto al vestir, también es muestra, fiel o falsa, de una pertenencia a una clase social que rara vez se deja ver por allí. Su juventud, en comparación con los cuerpos algo marcados por el sol y las preocupaciones de los demás, también resaltaba pero no tenía menos de cuarenta años. Alternaba su mirada entre el celular y una de las partidas que habían tenido lugar allí. ¿Qué es este lugar? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ellos? (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 1:30pm [o 12:00pm diría el reloj de El Tiempo])

Por primera vez presenciaba el levantamiento de las mesas de ajedrez de la calle 19. Observé detenidamente cómo apilaban las ya desarmadas mesas sobre las que se tienden los tableros de ajedrez y las sillas sobre las que se reposan los cuerpos que buscan estar allí. Sobre una carreta situaban los elementos. Había podido comprobar lo que esperaba. No reconocía a ninguno de los hombres que estaban recogiendo. El hombre a quien me he encontrado y he fotografiado tantas veces no estaba allí. Llegué a sospechar que el hombre al que siempre veía detallando las partidas estaba a la cabeza de todo, pero por ahora, puedo alimentar el misterio sobre él. Si no tiene que estar allí, ¿qué hace tanto tiempo ahí?

– ¡Ay, me asustó! – Gritó el hombre de la caseta de venta, de las metálicas que entregó el Distrito para formalizar la venta ambulante, que estaba justo frente a mí, mientras terminaba de organizar el cierre de su pequeño negocio. – Pensé que era una rata – Me dijo, alternando su mirada hacia mí y hacia la paloma que recogía con el pico los restos de comida abandonados en el suelo. Lo miré con gracia y solo le expresé el asco que me hubiera dado ver una.

Al terminar de cerrar la puerta metálica del nicho y bloquearla con unos candados luego cubiertos por bolsas de mercado de colores distintos, para evitar que se los comiera la corrosión del agua que les debe caer de cuando en cuando, el hombre amable levantó la mano hacia mí y la agitó en señal de despedida.

– ¿No tiene frío?

– No. No señor. Acabo de salir del gimnasio. Antes tengo es calor.

– ¿Del gimnasio de aquí arriba? – Apuntó su dedo hacia el oriente.

– Si señor.

– A la próxima que salga de ahí, tráigame un volantino que yo siempre he querido entrar ahí.

– Bueno. Si señor.

El hombre se acercó hacia mí.

– Yo soy Adolfo Páez, yo soy el que extiende acá el puesto de ajedrez. Cuando quiera le enseño a jugar.

No lo podía creer.

– ¿En serio? – Sentí que mi cara demostró el entusiasmo que me generó saber que él... era él. – ¡A mí me gustaría mucho! – Le dije sintiendo algo de remordimiento porque tenía una tesis oculta bajo la manga.

– Si quiere deme su número y yo le escribo y yo le enseño.

¡Lastima!

– No – Dije sonriente para no generar incomodidad – Mejor yo paso un día.

– ¡Eso! Usted pasa cuando me traiga el volantino y yo le enseño.

– ¡Bueno! Yo estoy pasando seguido. De una.

Me tomó la mano, la giró y me dio un beso sobre ella. – Está muy bonita. Hasta luego –. La incomodidad ocasionada se mezcló con la emoción de haber logrado tener acceso a este lugar.

Adolfo, conocido como “el profe” es uno de los genios del espectáculo. Hace más de una década para él no existió problema alguno en sacar unas tablas a la calle sobre las cuales extender unos tableros de ajedrez. El ruido, no importa, el tránsito, da igual. El ajedrez es su vida y que mejor forma de *ser* en el espacio sino así. Adolfo logra que viejos se careen con jóvenes e incluso niños; logra que un ejecutivo del centro se siente frente a un contrincante con la ropa extremadamente sucia, sus manos sucias, encorvado, que alteraba los movimientos de las fichas con el hurgar comida en la bolsa que reposaba en el piso cuando necesitaba total concentración; logra que todo lo que sucede alrededor de esas mesas, deje de suceder. Están ellos, jugando u observando, el tablero, las fichas, los cronómetros los tintos, y nada más.

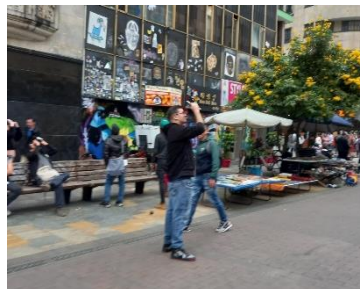
Otro de los espacios-momentos de suspensión, son las bancas de madera y metal que adornan la séptima. Como en todo país con desigualdades económicas y condiciones sociopolíticas que impiden el garantizar derechos y vida digna para toda la población, con aspiraciones de organizaciones urbanas propias de países primermundistas o por lo menos, más “desarrollados que otros”, la peatonalización de la séptima se convirtió un espacio de intervención urbanística. En uno de estos proyectos, fueron instauradas bancas de madera para que pudieran ser usadas por los transeúntes, se sentaran cuando el paseo lo exigiera, y pudieran disfrutar del paisaje, pero al ser Bogotá, capital de uno de los países más desiguales del mundo según el indicador de Gini, las bancas fueron utilizadas por esos mismos que en ocasiones deciden dormir sobre el asfalto, arrinconados o en medio de la acera obstaculizando el paso de los caminantes, como espacio para su descanso, acostados, sentados, o medio tumbados. Las bancas se convierten en sinónimos de mugre, inseguridad y desagrado. No muchos de los paseantes hacen uso de ellas. Sin embargo, encontré en mis paseos a quienes parecían consolidar un místico conjunto de seres que están allí, solo para disponer del espacio y existir en él. Son en su mayoría hombres, aunque de cuando en cuando es posible observar cuerpos femeninos, todos ellos sentados sobre las mismas bancas llenas de mugre. Es difícil tratar de asignarles alguna clase social hay hombres bien vestidos, es decir, muy bien vestidos de traje, pero no me confunda, trajes quizá de hace años, que no han podido cambiar por la falta de dinero. Hay hombres un poco maltratados, algunos miran el paisaje otros leen algún periódico algunos incluso se permiten dormir allí como quien no aguanta tener sus ojos

abiertos en una reunión familiar. No duermen en la calle, se quedan dormidos en ella. Surge en mí una fuerte intención de saber quiénes son, por qué están allí, qué quieren, porque son capaces de quebrar las reglas del lugar. Les llame “los banqueros”, ¿Por qué han sido capaces de detenerse en el tiempo, de irrumpir en un espacio que se dispuso para ser de todos pero que nadie acepta? ¿Por qué parece que no van a ningún lado? ¿Por qué no logro verlos llegar, o irse? ¿A quién esperan? ¿Por qué están solos?

Este día también empecé a entender a quien le pertenece el centro de Bogotá. O al menos esa carrera llena de todo pero que resulta evidenciando cuanta carencia azota a nuestra sociedad. La cantidad de adultos mayores, en su mayoría hombres, que pululan sobre la séptima cualquier día de la semana, pero a horas amigables para la vida en sociedad, resulta ser tanto paradójica como enigmática. No son vendedores, tampoco hombres sintecho, no cargan con muchas cosas a la mano sobre las cuales pueda especular de donde vienen o a donde van. Quizá lo único que cargan es su soledad, y habitan la séptima, esperando hacerse compañeros. (Notas de campo, martes 10 de octubre de 2023, 9:00am)

La luna ya había empezado a cubrir parte del sol. Todos contemplaban el acontecimiento bajo el cielo nublado como no había estado en muchos días. Tan pronto se despejaba el lugar de donde emanaba la luz del sol los asistentes gritaban y aplaudían. Este día dos acontecimientos extraños pasaron: el eclipse solar tenía concentrado y conmocionado a una numerosa población a los alrededores del planetario; también, mi mamá, a quien le desagrada pasear en cuanto le implique subirse a un transporte público, o andar entre la multitud, decidió aceptar mi invitación a este lugar sin siquiera poner alguna traba. Tenía cero investigaciones investigativas. Quería participar de alguna de las charlas ofertadas por el planetario. No imaginé que pudiera estar tan lleno. Contrario a lo que me esperaba, mamá no se estresó, por el contrario, lucía muy cómoda entre la multitud que observaba la transmisión de la NASA en una pantalla grande cerca a la entrada principal. Caminamos entre el humo expedido por los puestos de comida, adolescentes, parejas, vendedores y familias que aprovechaban el evento para compartir con sus hijos e hijas. Muy rápido desistimos de la idea, sobre todo porque la posibilidad de lluvia amenazaba al centro de Bogotá. Según mamá, siempre que hay eclipse el cielo se oscurece.

Nos escabullimos por una séptima algo transitada, más de lo normal, pero no se acercaba al trajín de un domingo. Todos miraban constantemente al cielo. Parecía Nueva York en una de esas películas que narran el fin del mundo con algún suceso que ocurre en el cielo. Con o sin gafas, con cajas oscuras artesanales o vidrios especiales, todos alternaban conversaciones con miradas al cielo; de cuando en cuando algunos tomaban fotos con sus celulares.



Fotografías 11, 12 y 13. Sobre la séptima. A la derecha. Los hombres de las bancas, los banqueros. Tomada el 14 de octubre del 2023. Registro personal.

Viejos y jóvenes, hombres sintecho y adultos bien vestidos, todos distintos, sobre la misma calle, al elevar las miradas al cielo, se suspendían de la realidad espacial en la que estaban, estábamos insertos. La séptima hoy existía en función del sol. (Notas de campo, sábado 14 de octubre de 2023, 1:00pm)El último espectáculo: Al salir de la Plaza, en la esquina de la Casa del florero, recordé que cosas me seguían manteniendo en el lugar. El hombre que había visto tiempo antes al llegar allí seguía acurrucado en el mismo rincón de la Casa, tratando inútilmente de refugiarse de las gotas de agua que caían sobre la calle gracias al balcón verde de épocas antiguas. Con su espalda encorvada y un rostro de plena tranquilidad, lleno de arrugas bien pronunciadas, ojos amarillos y cristalinos representando su vejez, seguía sosteniendo sobre sus rodillas un viejo cuaderno cuadriculado y una biblia de esas azules oscuras y pequeñas que cargaban los casi extintos testigos de Jehová. Aquel embolador que mantenía su caja de madera entre las piernas dirigía su mirada hacia la biblia que sostenía con unas manos morenas de tanto sol, y gruesas de un aparente trabajo arduo de años y años, y de cuando en cuando la alternaba al cuaderno en el que se disponía a escribir quien sabe que pasajes o reflexiones salidas de la palabra de dios. Pese a la lluvia, pese a la soledad de la calle, pese todo, estaba allí, solo, abstraído en él, dando muestras de las formas en las que, en la séptima, hay para resistir.



Fotografía 14. La palabra de dios. Tomada el 4 de noviembre del 2023. Registro personal.

Una vez más le pido al dios en el que poco o nada creo, que cumpla las peticiones de este habitante de una ciudad hostil.

Al marcharme de la séptima me encuentro de nuevo con Adolfo. Allí estaba dirigiendo la operación: el despliegue de las mesas de ajedrez. También estaba el hombre que en alguna ocasión recogió su bolsa de comida del lado de las patas de la mesa y para darle grandes

bocados a lo que había en su interior. Ya tenía suficiente. No me detuve a observar el ritual. (Notas de campo, sábado 4 de noviembre de 2023, 7:00am)

7. Repudio

*A menudo me siento suicida en Roma, París y Londres,
y no hay allí ningún antídoto excepto la bebida y la literatura.
En Nueva York, en cambio, cuando me asalta un estado de ánimo desesperado,
todo lo que tengo que hacer es bajar al metro después de media noche
y observar allí la omnipresente evidencia de la violencia,
y luego el impulso de seguir viviendo precipitándome a la velocidad de un exprés suburbano.
Nueva York es un lugar donde se satisfacen todos los gustos,
la necesidad gustativa más recóndita, la forma de arte más enrarecida.
También es una jungla donde hay que permanecer alerta... y caminar de puntillas.
Si se desmorona no será en un mar de murmullos amanerados.
Esta ciudad contiene una gran y rugiente condición humana,
llena de música barroca y cincuenta variedades de crema agria.*

Anthony Burgess.

Nueva York es, para mí, un ejemplo magnífico de lo sublime romántico.

Yi Fu Tuan.

– Ma’, mire. Él es don Jorge –. Él permanecía en su misma posición extremadamente encorvada que lo hacía ver como un pequeño hombre miserable que se confundía con la cantidad de basura que había en la calle vacía. Por predisposición de la reacción que podría tener ella, seguimos de largo. Unos pasos más adelante le dije que quizá podíamos compartir con él algunas de las arepas que había hecho ella para el viaje que emprenderíamos a Choachí. Ella accedió.

– ¡Ay! Dele la torta también, aunque no sé. ¿Será que si está buena? –. Se descolgó la maleta remendada que le gusta cargar, desempacó la comida. – Yo la espero acá –.

Regresé por donde veníamos con miedo de dejar a mi mamá en medio de la calle desierta como suele estar muy temprano en las mañanas.

– ¿Si se acuerda de mí?

– ¡Ay no! Claro que sí. ¿Sabe qué? La cucha le mandó saludes –. Esos ojos cristalinos volvieron a aparecer.

Lamenté con Jorge no haberle podido traer sus medicinas, pero le ofrecí la comida. Él yaciendo en el piso, al lado de la misma frutería recién abierta en la que Edgar había festejado con la venta de la cámara comprando ensaladas para compartir, estaba muy feliz desde tempranas horas.

– Mire lo que me dieron acá –. Abrió una bolsa de papel de esas de tienda, con una carne metida sin algún otro tipo de empaquetado, que reposaba sobre algún recipiente de icopor lleno de alguna otra comida. Cuando saqué la comida para él se puso aún más feliz.

– Pero mi mamá dice que no sabe si aún este buena la torta, es que a ella no le gustó.

– ¡Ay no! ¡Están deliciosas! ¡Tan linda! – Dijo tan solo con verla. Emocionado agitó su mano en el aire saludando a mi mamá desde lejos. – ¡Hola! – gritó con un aire de niño curioso.

El frío de la mañana lo obligó a preguntarme si quizá tenía para un tinto, pero al revisar mi billetera no contaba sino con \$50. – No se preocupe. Tan linda. Ya con las arepitas –.

Me despedí de él. Nuevamente sabiendo que nos volveríamos a ver. (Notas de campo, domingo 15 de octubre de 2023, 6:00am)

No lo volví a ver.

Y como duele no haberlo vuelto a ver.

“Comprender las experiencias espaciales de quienes habitan la carrera séptima en Bogotá”, dice un buen número de páginas arriba que era mi propósito al iniciar este encuentro con uno de los pedazos de ciudad que me hizo ser la persona que soy hoy. ¿Habré comprendido las experiencias espaciales de Jorge? ¿Las de Oswaldo? ¿O las de Edgar quizá? Aún no lo sé.

Transitar por la séptima tratando de encontrar a Jorge se ha convertido en todo un acto de fe. La búsqueda de las experiencias espaciales de ellos me llevó a maximizar la conciencia sobre mi propia experiencia espacial. Leer la importancia que el cuerpo tenía para Merleau-Ponty nunca me preparó para verme a mí misma en esta situación. Si bien la séptima había despertado desde tiempo

atrás una aguda sensibilidad – activación de mis sentidos – en mí, el extraño proceso de hacer de la séptima un *Lebenswelt* – espacio de vida *husserliano* – a partir de la suspensión del este y los sujetos que están en él, desbordó la emocionalidad que puede un sujeto desplegar por el mundo en el que está inserto de forma consciente – a través de la mirada atenta al fenómeno – y corpórea. Merleau-Ponty advertía que la percepción como ejercicio fenomenológico estaría para revelar la paradoja del encuentro entre el *ego* y el *alter*: en tanto más me hago consciente de mi existencia, encuentro al *alter* que se posa frente a mí. Y fue esta una de las más grandes revelaciones que tuve al encontrarme cara a cara con la séptima.

Cada día la búsqueda, que en ocasiones se me hacía inútil, de encontrar la esencia de los sujetos que para mí hacían parte de la séptima, implicaba una exhaustiva revisión de mí misma, del por qué yo era yo, y no uno de ellos, de mi clase, de mi ropa, de mi forma de hablar que distaba mucho de los de allí. He aquí donde encontré otra paradoja de la percepción fenomenológica como lectura del *lugar*: la *epojé*, esa actitud de desconexión del mundo y esa suspensión del *Lebenswelt* que propende por el encuentro del fenómeno en sí, de la cosa en sí, experiencia para la cual es preciso abandonar todo prejuicio, explicación o sensación *a priori*, permite a quien juega con ello, abandonarse en un mar de emociones – muchas veces negativas – que surgen del encuentro, ahoga a quien se conecta con el mundo a partir de la mirada en un sinfín de cuestionamientos y razonamientos que luego irían a saberse correctos o no.

En ese instante, los arriesgados planteamientos de Dardel cobraron sentido. La posibilidad de la existencia de un ser depende solo del mundo vivido, del *Lebenswelt* como sustancia material y afectiva, en el que se encontraría lo terrestre en lo humano y lo humano en la Tierra a partir de la observación de todo símbolo. Así, la percepción como fenomenología, sería la búsqueda de la relación existencial que se teje entre el ser y el espacio (Besse, 2013) y en ese instante, en el instante en que la suspensión se convierte en la puerta de entrada para el encuentro del cuerpo sensible al espacio sustancial que lo rodea, es donde confirmo que la geografía si es una *experiencia* en sí.

¿Acaso la geografía, no es a fin de cuentas una cierta manera de ser invadidos por la tierra, el mar, la distancia, de ser dominados por la montaña, conducidos por la dirección, actualizados por el paisaje como presencia de la Tierra? (Dardel, 1952, p. 97)

Geograficidad. Sí, es la respuesta que me daba Dardel al pensar en el fenómeno antes de salir a su encuentro, y la que queda sí comprendida como una experiencia espacial-existencial en el que el sujeto geográfico se hace ser y espacio a la vez. La comprensión de las experiencias espaciales de quienes habitan la séptima se convirtió en la comprensión de ese *ser geográfico* a partir del principio de *geograficidad* entendida como condición humana. Algo lejos de saber, si logré comprender o no la experiencia espacial de Jorge, comprendí que él es quien es, en tanto es ser-espacio, relación que constituye su condición humana, *ergo*, condición urbana, lo que yo decidí llamar: condición (h)urbana.

Antes de haber tenido un acercamiento a los postulados Dardelinos o fenomenológicos-existenciales, había acertado en establecer como primera intención el *describir las características del paisaje urbano* de la séptima. Luego, encontré que esta era parte sustancial del esquema de esferas que presenté en el análisis de las investigaciones ya realizadas sobre la experiencia espacial: “La segunda esfera: el espacio ocupado”. Confirmé que ese espacio, en función de las experiencias espaciales se convierten en lugares, emotivos y emocionales, como lo había afirmado Tuan cuando invitaba a conocer el espacio como si se estuviera entrando en contacto con otro ser humano. Bien definía Tuan (1975) al lugar como un conjunto de “sentimientos viscerales” compuestos de olores, texturas, colores y temperaturas que son comprendidas indirectamente por la mente, pero directamente por los sentidos.

El lugar, si bien es de por sí la comprensión de la composición sensible del espacio en función de quien está ahí o quien lo observa y siente en él o gracias a él, con la exaltación de las estéticas que empiezan a aparecer o a desaparecer en él, se convierte en paisaje, en imágenes poéticas – resultado del encuentro sensual del cuerpo con el exterior – hechas paisaje. Estas son las mismas imágenes que ya encontraba Dardel tiempo atrás, “impresiones cuasi espirituales” diría, que le permiten al ser *habitar* (Besse, 2013). Una conciencia estética-geográfica que encuentra en los espacios, los paisajes es la clave para ver el rostro de las relaciones existenciales entre el ser y el espacio: esa “*geograficidad* original: la Tierra como lugar, base y medio de su realización” (Dardel, 1952, p. 87) en la que “estar en el paisaje” o “ser” atravesado por él, crea una “relación que afecta a la sangre y a la carne” (Dardel, 1952, p. 87); “hasta convertirlo en el impulso y el ritmo de su existencia” (Dardel, 1952, p. 37, citado por Besse, 2013, p. 24).

Ese ritmo de existencia del ser geográfico que construye paisajes poéticos, considero yo, fue el riesgo de equivocarme, fielmente reconocido en la séptima gracias al ritmo del caminante *flânerista*. La hazaña de Benjamin de encontrar en el *flâneur* baudeleriano y de Edgar Allan Poe unos “modelos en miniatura” que explicaran la “construcción histórico-filosófica del siglo XIX” (Tiedemann, 2012), resultó además de reconfortarme por haber encontrado en las novelas negras bogotanas esa denuncia de la sociedad urbana tercermundista del siglo XX y XXI, apareció como revelación ante la pretensión de caminar la misma calle que ya había caminado innumerables veces antes, pero siendo *otra* y experimentar en carne propia las formas de padecer la ciudad de los otros, de la carne ajena.

“Según Benjamin, Baudelaire es un ‘testigo’ ‘en el pleito judicial histórico que el proletariado hace de la clase burguesa’” (Tiedemann, 2012). Esas novelas de Mario Mendoza y de Santiago Gamboa que devoré en algunas calles del centro, fueron la evidencia del pleito judicial histórico que la población de clase trabajadora hoy le hace no a una clase, sino a una ciudad. Vi en ella la lucha de una clase en la que aparece como rebeldía la posibilidad de acaparar la ciudad, de tomarse la ciudad por bandera. Como las ratas de Soto Aparicio que se tomaron las minas de carbón de Timbalí.

Para hacer hablar a esta insatisfacción, exhibida provocativamente por Baudelaire, como una expresión secreta de la insatisfacción de la burguesía misma, hizo falta el genio de las interpretaciones de Benjamin. Estas interpretaciones descubren en Baudelaire al historiador oculto de aquello en que, bajo las condiciones de la acumulación progresiva de los capitales, se convertirán los que proveen las más importantes mercancías al mercado capitalista por medio de la venta “libre”, pero en verdad esclavizante, de su fuerza de trabajo. Por encima de esta base socioeconómica se levanta una superestructura ideológica en la que la obra de Baudelaire participa: al parecer desligada de aquella base, pero en la interpretación de Benjamin llena de informaciones que la conciernen (Tiedemann, 2012, p. 18).

En la séptima, no me encontré con ese fetichismo de la mercancía que transformaba a los caminantes de los pasajes parisinos del siglo XIX en una mercancía más. No. Sin embargo, ese juego de acumulación de capitales que sostiene a una ciudad como Bogotá, a la vez periférica frente a otras ciudades de mayor relevancia global, estaba allí en la calle. Esa misma venta

esclavizante de la fuerza de trabajo encontrada por Benjamin en las lecturas de Baudelaire, aparece en la séptima, y aparece como todo un espectáculo de ciudad, como esa “teatralización de la existencia” o la “carnavalización de la ciudad gótica” (Avellaneda, 2015). Esa distribución de la riqueza o del capital que somete a cientos de hombres y mujeres en Bogotá a establecer relaciones con el espacio en función de la sobrevivencia. En tanto, aparecen como espectáculo a celebrar, son toda una paradoja en donde la violencia invisible estructural es aún más peligrosa. La pobreza, la marginación y la segregación se convierten en la séptima en imágenes estéticas fotografiadas por algunos curiosos paseantes. En el espectáculo se contempla el abandono del hombre a las manipulaciones de la enajenación de él mismo y de otros (Benjamin, 2012). Era para Benjamin y es hoy en la séptima esa distinción entre obreros calificados y no calificados la que permitió el surgimiento del “arte del clown, dónde el hombre común podía adiestrarse en los parques de diversiones, [que] florecía al mismo tiempo que el desempleo” (Benjamin, 2012, p. 215).

Un abordaje fenomenológico en Benjamin, luego en esta investigación, permitió que “los hechos económicos en los que se basa la estructura transformada de la experiencia ‘en la existencia normalizada, desnaturalizada, de las masas de la civilización’” (Tiedemann, 2012, p. 26) fueran revelados a partir del estudio de las estéticas de la calle hechas paisaje. Convertir una experiencia sensorial-sensible, es decir, estética, fue la forma ideal para dismantelar la estructura económica que les dirige las experiencias espaciales que tienen ellos, que tengo yo y que tiene usted, todas ellas diferentes en función de quienes somos en esa gran máquina. La apelación a un relato resultado del *flâneur* como técnica de investigación, también puede ser la apuesta por una “historiografía inconsciente de la sociedad” (Tiedemann, 2012, p. 25) que no tiene otro fin más allá de la denuncia de lo que nos aqueja como seres geográficos, a partir de la lectura de la ciudad como paisaje y como *habitación*. La denuncia de la catástrofe como lo podría decir Benjamin, del *spleen* del París de Baudelaire en el cual se lee lo heroico como representación estética de lo sublime: de lo “infame, de lo demoniaco” (Benjamin, 2012, p. 262)

En esta misma función, pero apelando al temperamento romántico atrevido, Tuan apelaba por una comprensión de “la historia de la interacción humana con los medios geográficos terrestres, los habitables y también los menos acogedores, aunque a menudo los más sublimes” (Nogué, 2015, p. 12). El llamado que siente el ser geográfico de Tuan hacia los paisajes, permitiría de igual forma la revelación de una estructura social que se erige en función de la dualidad dominante-dominado,

bello-feo, majestuoso-degradado. Así, la *identificación de las experiencias espaciales desarrolladas por quienes habitan la carrera séptima* – Primera esfera: el sujeto que está – se convirtió en esa búsqueda de las interacciones de seres geográficos en un lugar producido por condiciones históricas y económicas que generaron formas de habitar la ciudad como catástrofe, como sublime.

La noción heideggeriana del *Dasain*, del ser-ahí, que influía los trabajos de Benjamin, de Tuan y de Yory, para la cual el *habitar* es resultado del abrigo que el espacio habitado le ofrece al ser que habita, es quizá el punto más complejo de mis múltiples y arriesgadas afirmaciones. Las ciudades modernas planificadas por el sistema de producción capitalista han generado formas de habitar el espacio basadas en esa coacción a la posibilidad de arraigo y protección en el espacio urbano. Los paisajes sublimes – representaciones estéticas de lo sublime – que componen ese fragmento de ciudad existente en función de la séptima centro – porque confirmé que una misma ciudad sí esta compuesta por pedazos de ciudad que la hacen ser una y muchas ciudades a la vez –, son retratos de las desgracias, la decadencia y la rebelión contra la estabilidad (Tuan, 2015). Del repudio que se cuece en la urbe. “La ciudad ofrece belleza y algo más: lo sublime, una experiencia enriquecedora surcada de estrés y dolor, puesto que la ciudad no solo es vida y luz, sino también muerte y tinieblas” (Tuan, 2015, p. 77). Así, la naturaleza sublime de la urbe sustituye el *habitar-abrigo* por un *habitar-marginal*.

Esta es ahora la intersección: El habitar paisajes poéticos a partir de la experiencia espacial, establecido antes en el sistema de esferas. Esa poética del habitar o poiesis de Yory (Varela 2019), en la que el sujeto y el paisaje que se habita es solo uno, el ser-ahí y el ahí del ser como condición existencial, en la séptima, no parece ser un acto de co-apropiación sino un acto de co-destrucción. El *Genius Loci*, el espíritu del lugar buscando por Tuan, capturado en los paisajes, que reclama una geopoética, no existe en función de una relación existencial de arraigo del sujeto al lugar, sino de sobrevivencia a partir de una condición de marginalidad.

“Así, “salvaje” deriva de *silva*, un bosque” (Tuan, 2015, p. 44). Sigue quedando la pregunta de quienes *habitan* ese salvaje fragmento de ciudad. El hallazgo de la multiplicidad de paisajes que configuran una estética como fisionomía de la ciudad, y una estética-poética como experiencia espacial-existencial (Figura 13), me permite atreverme a anunciar que no es lo mismo transitar la

séptima – como *flâneur* (caminante que reflexiona, detective curioso) o como *badaud* (caminante absorto en la multitud, uno más entre público) – que *habitar* la séptima. Me permiten comprobar que hay formas de habitar, de ser uno con el espacio, de ser sujeto y espacio a la vez, que hay formas de habitar que configuran paisajes en tanto el ser requiere del espacio y el espacio requiere del ser para *ser* lo que es. Y que tristemente, el habitar allí, en esa calle-espectáculo, tiene su raíz en la *habitación* de lo marginal, de la segregación, de la sobrevivencia y la supervivencia en una ciudad que se hace salvaje, se hace indomable.

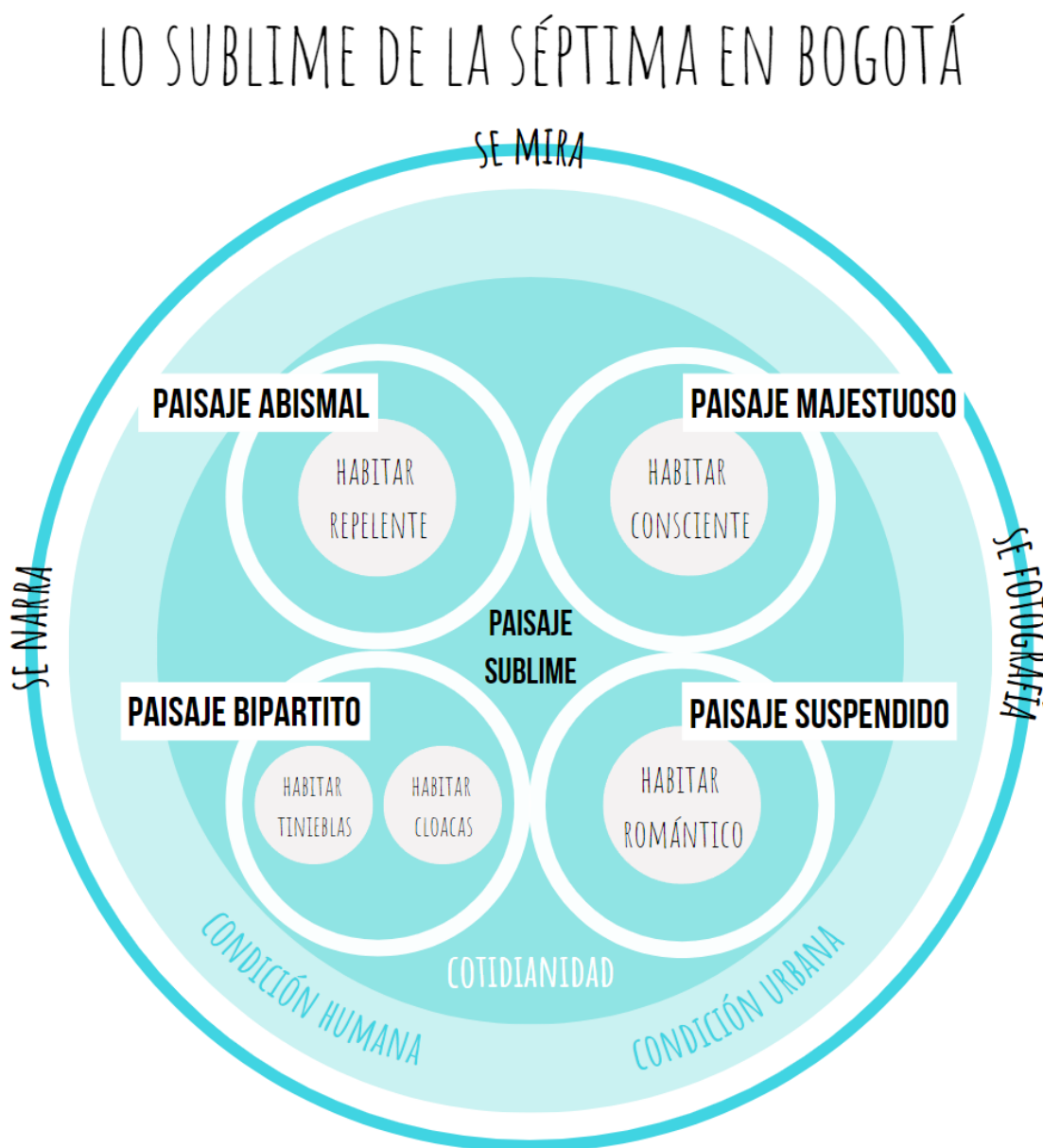


Figura 14. Paisaje sublime de la carrera séptima. Elaboración propia.

“Hoy las voces de los mercaderes callejeros se mezclan, se confunden, forman un solo discurso: el discurso de la necesidad y la supervivencia” (p. 18), describía Mario Mendoza (2007) en ese reiterado libro de la *Ciudad de los umbrales*. Ese primer paisaje sublime, abismal, majestuoso, bipartito y suspendido, que apareció ante mí años atrás, antes de saber cómo llamarlo, qué era, y por qué era el que es.

Si hay algo que nos deja a todos nosotros este breve pero profundo, al menos para mí, encuentro con la séptima, es que las estéticas de la ciudad no son más que el fiel reflejo de las éticas que han construido los grandes hombres que han erigido la urbe moderna. Diez años después de vagar por esas calles por primera vez, sentí que me recupera, que me estaba volviendo a conocer, que me estaba viendo a un espejo llamado Bogotá, que me muestra entre calles y callejones quien soy yo, quien es el otro, y me reclama hacer algo por los que están allí, habitando las calles salvajes del centro de Bogotá. Ese impulso latente de salir a la calle para saber de mí, se convirtió en la búsqueda de explicaciones que me insinuaran las barbaridades de un sistema si económico, pero sobre todo ético que permitió que las vidas al margen de la pobreza y el rebusque se conviertan en espectáculo. En uno de los espectáculos más visitados pero peor pagados en la ciudad.

“Nada como un domingo en la séptima” aclamó entre suspiro y suspiro una enamorada que caminaba frente al Teatro Jorge Eliecer Gaitán.

Son las 12:20 pm, es viernes y es el turno número 9 de racionamiento de agua en Bogotá. Los incendios cesaron hace varias semanas, pero los niveles de agua en los embalses son muy bajos y la gran ciudad capital padece de sequía. Hoy, un día gris por la celebrada aparición de las típicas nubes rolas, parto de la séptima con un vacío en el corazón. Este documento ha sido incapaz de proveerle un poco de dignidad a Jorge, a Oswaldo, a Edgar, y a José. A la niña que cantaba los temas de Selena, a las indígenas Embera que siguen bailando sobre la acera. Las familias marchantes de la UP seguirán sin encontrar abrigo tras el dolor del genocidio. Después de este trabajo seguirán durmiendo en la calle cientos de

cuerpos, las decenas de viejos viviendo en paga diarios y refugiándose en la séptima jugando ajedrez seguirán deambulando por el lugar. La criminalidad seguirá camuflándose sabiamente

entre el humerío, el ruido y el gentío de la calle. Las pipas de basuco seguirán centellando en las aceras frías. Los cuerpos de las prostitutas seguirán agitándose al bailar por la calle. Las manos de los vendedores de maíz, globos y gafas rotas seguirán agrietándose más día a día, sus cuerpos se seguirán encorvando cada vez más, sus arrugas se harán cada vez más profundas y esos ojos rojiamarillos irán perdiendo su brillo con el pasar de los días que deja en evidencia las inclemencias de la falta de empatía de este mundo desesperanzador. El embolador esquizofrénico seguirá caminando en noches lluviosas sin encontrar hogar y el que leía la biblia bajo el balcón en la esquina de la plaza seguirá pasando hambre y seguirá afrontando el abandono de dios al mundo, aferrado a esa biblia azul.

– Gracias por existir.

Con la cara muy cerca a la mía, me había dicho alguna vez un hombre borracho de unos 50 años, aparentemente homosexual de buena clase, que bailaba al ritmo de la música navideña que salía del parlante de Don José. Llevaba una chaqueta estampada con el rostro de Jaime Garzón. No. Hoy no se celebra mi existencia. Hoy celebro la resistencia, el aguante y la



Fotografía 15. Sociedad Económica de Amigos del País. Tomada el 1 de mayo del 2023. Registro personal.

pelea que se dan ellos, quienes *habitan* la séptima, quienes han domado una ciudad salvaje a la que le llamamos Bogotá. Porque de ellos es la calle. Porque ellos son la calle. Y con las manos algo temblorosas y el corazón un poco agitado le imploro a la ciudad y a dios...

– ¡Sálvalos por favor!

Bibliografía

- Asqueta, M. (2016). *Personalidad e identidad; cuerpo y estética. el septimazo, la presentación de la moda en la pasarela urbana*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <https://revistas.udistrital.edu.co/index.php/c14/article/view/11861>
- Avellaneda, O. (2015). *La construcción narrativa de la ciudad; Una mirada a lo literario y las representaciones de la vida cotidiana en Bogotá a través de la novela Satanás” de Mario Mendoza*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <https://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/2536>
- Ayala, L. (2009). *Un septimazo a la escultura. La escultura figurativa conmemorativa ubicada en la carrera séptima entre calles 26 y 10ª*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <https://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/897>
- Banco de la República. (s.f). *Le Corbusier en Bogotá*. Banco de la República. <https://www.banrepcultural.org/exposiciones/le-corbusier-en-bogota>
- Bejarano, E. (2011). *Territorialización del turismo en el centro histórico de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional. [Archivo privado LCSE].
- Beltrán, H. (2023). De viñeta en viñeta: En busca de los paisajes urbanos bogotanos del centro histórico de Bogotá representados en los 7 cómics premiados por la Fundación Gilberto Álzate Avendaño (2016-2019). Universidad Pedagógica Nacional. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/18903>
- Benavidez, A. (2012). Transformaciones espaciales. Estudio de caso: Carrera séptima de Bogotá, entre calles decima y veinticuatro. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/18211>
- Benjamin, W. (2012). *El París de Baudelaire*. Eterna Cadencia.
- Bernal, F. & Traslaviña, H. (2018). *La calle, no es lo mismo vivirla que vivir en la calle. La experiencia de habitar la calle*. Recuperado de: <http://repository.cinde.org.co/handle/20.500.11907/2314>

Besse, J. (1952). Geografía y existencia según la obra de Eric Dardel en Dardel, E., *El hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica* (pp. 13-50). Siglo XXI.

Bogotá.gov. (s.f.). Un paseo por el Centro Histórico de Bogotá. Bogotá.gov.

<https://bogota.gov.co/mi-ciudad/turismo/un-paseo-por-el-centro-historico-de-bogota>

Calderón, A. (2019). *De lo cotidiano y lo asombroso: un podcast sobre la condición urbana en Bogotá*. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/49468>

Calderón, F., Cárdenas, S., Fernández, C., Peña, S. & Román, A. (2018). Construcción del Pensamiento Geográfico a partir de la Experiencia Espacial de niños y niñas de enseñanza básica. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. http://opac.pucv.cl/pucv_txt/txt-7000/UCC7402_01.pdf

Campos, L., Jaureguiberry, J. & Silva, R. (2020). *Ropa tendida: Gestos de la experiencia cotidiana de la ciudad*. Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/177322>

Cardona, L. (2017). *"Una colcha de retazos imaginados": tejiendo los sentidos del Septimazo en Bogotá a través de imaginarios urbanos*. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/36268>

Castaño, E. (2015). *Mirar y habitar. Estudio sobre los procesos de subjetivación basados en la mirada en las casas abandonadas*. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/893>

Castellanos, F. (2013). *Luchas diarias de compra y venta. Vida cotidiana y sentidos de lugar público en la plaza de San Victorino*. [Archivo privado LCSE].

Cortés, J. (2018). *El lugar en la palabra, la palabra en la experiencia, la experiencia en el espacio: Sentidos y significados de lugar en miembros de un club social campestre a las afueras de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/10387>

Cristiano, S. (2021). *Reflexiones y valoración de las relaciones entre paisaje urbano y prácticas sociales cotidianas en la carrera séptima de Bogotá. Caso: tramo de la*

- calle Ira a la calle 27 sur*. Universidad La Gran Colombia. <https://repository.ugc.edu.co/handle/11396/7038>
- Colombia Travel. (s.f.). *Estación del tren de la Sabana*. <https://colombia.travel/es/bogota/estacion-del-tren-de-la-sabana>
- Dardel, E. (1952). *El hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica*. Siglo XXI.
- Decreto 400 de 2001[con fuerza de ley]. Por el cual se define la localización de las zonas de tolerancia y se reglamentan las condiciones para su funcionamiento. 9 de mayo de 2001. Registro Distrital 2387.
- Delgado, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia.
- Dotor, A. & Florez, L. (2023). *La trama de la carrera séptima de Bogotá, relatos del tejido popular, personas, vestidos y supervivencia*. Universidad de Palermo. <https://dspace.palermo.edu/ojs/index.php/cdc/article/view/9258>
- Duque, J. (2014). *El Grafiti, vehículo de comunicación popular en medio de coyunturas sociales-políticas y sus manifestaciones en la carrera séptima da Bogotá*. Fundación Universitaria los Libertadores. <https://repository.libertadores.edu.co/handle/11371/2640>
- Durán, L. (2011). Miradas urbanas sobre el espacio público: El flâneur, la deriva y la etnografía de lo urbano. *Reflexiones 90* (2), (pp. 137-144). <https://www.redalyc.org/pdf/729/72922586010.pdf>
- El Tiempo. (22 de junio de 1993). De la calle de la rana a la famosa avenida 19. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-142798>
- Fontana, M. & Mayorga, M. (2016). *Aproximaciones visuales a un cruce de ciudad: Avenida Jiménez / Carrera Séptima. Bogotá*. Universidad Politécnica de Cataluña. <https://upcommons.upc.edu/handle/2117/98055>

- Galindo, J. (2012). *Leer, vivir y sentir el paisaje de un lugar: el caso del barrio Santa Inés en la ciudad de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional. <https://repositorioslatinoamericanos.uchile.cl/handle/2250/3491743?show=full>
- Gamba, I. (2022). *El trabajo, las representaciones, la experiencia espacial en el paisaje agroindustrial del arroz en Ambalema, Tolima*. Universidad Externado. <https://bdigital.uexternado.edu.co/entities/publication/e7e2889c-cf54-4171-93b4-75dc94a4f495>
- García, O. & Portilla, Y. (2019). *Imaginario social desde las expresiones gráficas en ambientes público-privados del centro de Bogotá*. Fundación Universitaria San Mateo. <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=yH1DwAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA5&dq=centro+de+bogot%C3%A1&ots=Ittcw qOVRi&sig=UL4Ilu3l6m3mNIcfIyxLY6d668o#v=onepage&q=centro%20de%20bogot%C3%A1&f=false>
- Gélvez, G. (14 de abril del 2003). La cruz de Las Cruces. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-978921>
- Glansey, J. (14 de julio de 2016). El hombre que arrasó con el París antiguo y lo convirtió en la Ciudad Luz. *BBC*. https://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/07/160131_vert_cul_george_eugene_haussmann_creo_paris_yv
- González, Y. (2019). El lugar como experiencia espacial y su relación en la construcción del niño como sujeto político infantil. Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/13696>
- González, S. (2021). *Residentes de la calle bogotana: una parada a la vida prolongada en la calle*. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/50788>
- Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>
- Holzer, W. (2016). *A geografía humanista. Sua trajetória 1950-1990*. Eduel.
- Ibáñez, P. (1951). *Crónicas de Bogotá. Tomo I*. Editorial A B C.

- IDPC. (2012). *La carrera séptima entre el parque y la plaza*. Alcaldía de Bogotá.
https://idpc.gov.co/publicaciones/descargas/carrera_septima.pdf
- InSight Crime. (13 de diciembre del 2023). Tren de Aragua. *InSight Crime*. <https://insightcrime.org/es/noticias-crimen-organizado-venezuela/tren-de-aragua/>
- JEP. (s.f.) Caso 06. *Victimización de miembros de la Unión Patriótica*. <https://www.jep.gov.co/macrocasos/caso06.html>
- Le Breton, D. (2011). *Elogio del caminar*. Siruela.
- Lindón, A. (2020). Experiencias espaciales femeninas en los desplazamientos cotidianos. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 82, N. 1, pp. 37-63. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58060/51321>
- Lozada, N. (2021). *Escuchar de ida y vuelta ¿a qué suena el Centro?* Universidad de los Andes.
<https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/53315>
- Lulle, T. (2008). *Prácticas y representaciones espaciales de los habitantes del Centro de Bogotá*. Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos.
<https://www.redalyc.org/pdf/1151/115112534006.pdf>
- Lulle, T., Palacio, D., Sierra, G. & Van Der Hammen, M. (2011). *Habitar el centro histórico: prácticas y representaciones de los residentes en torno a la vivienda patrimonial*. Universidad Externado. <https://bdigital.uexternado.edu.co/entities/publication/ae1e9c35-fe53-4324-9262-56eef5c44b1b>
- Malagón, J. (2019). Disidencias del habitar: disputas por el espacio entre las políticas de renovación urbana y la población habitante de calle transgénero y mujeres cisgénero del centro de Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/11614>
- Martínez, S. (2015). *Miradas callejeras de ciudad. Experiencias juveniles desde "El cartucho" y el San Bernardo*. [Archivo privado LCSE].

- Méndez, P. (2018). Sensing La Séptima. Rethinking Bogotá's Public Spaces through emotions and the senses. *Revista Geográfica Italiana*, 125, pp. 331-352.
https://www.academia.edu/44590317/Sensing_La_S%C3%A9ptima_Rethinking_Bogot%C3%A1s_Public_Spaces_through_emotions_and_the_senses
- Mendoza, M. (2007). *La ciudad de los umbrales*. Editorial Planeta.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Planeta-Agostini.
- Montealegre, J. (2018). *Theatrum urbe o la dimensión poética del habitar: interpretaciones iconológicas sobre las transformaciones culturales de Bogotá a través de la fotografía callejera (1930-1970)*. Universidad Nacional de Colombia.
https://www.humanas.unal.edu.co/2017/unidadesacademicas/departamentos/sociologia/aplicacion/files/9715/3615/5584/Juan_Felipe_Montealegre.pdf
- Motoa, F. (30 de agosto de 2018). La avenida Jiménez cumple 80 años de haber sido inaugurada. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/asi-era-antes-la-avenida-jimenez-que-cumple-80-anos-262002>
- Moreno, J. (2011). *La ciudad: Cotidianidad, experiencias y percepciones de la niñez*. [Archivo privado LCSE].
- Munévar, J. (2021). *Laboratorio de vivienda: formas de hacer y reconfigurar el habitar contemporáneo en el centro de la ciudad de Bogotá, D.C., Colombia*. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/58561?locale-attribute=de>
- Nogué, J. (2015). Presentacion en Tuan, Y., *Geografía romántica. En búsqueda del paisaje sublime* (pp. 9-12). Biblioteca nueva.
- Ortiz, S. (2022). *Habitar lo cotidiano. Imaginarios paisajísticos en el Sumapaz*. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/17745>
- Otálvaro, A. (2012). *Semiótica y crítica de la comunicación urbana: el escenario dominical de la carrera séptima en Bogotá*. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/11353>

- Pachón, Y. (2012). *Territorio Transgénero: Un territorio vivo en el barrio Santa Fe*. [Archivo privado LCSE]
- Packer, M. (2013). *La ciencia de la investigación cualitativa*. Uniandes.
- Palpati, A. (2016). *De siete en siete por la séptima*. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/20100>
- Perilla, M. (2007). *El habitar en la Jiménez con séptima, de Bogotá. Corporeidad, historia y lugar*. Universidad Pedagógica Nacional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/31996>
- Pinzón, S. (2017). *Formas de vivencia, convivencia y supervivencia en el sector centro de Bogotá*. Universidad de Nevada. <http://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/10360>
- Poe, E. (1849). *El hombre de la multitud*. Recuperado de: <https://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/poemultitud.pdf>
- Portafolio. (23 de julio de 2023). 'La puerta falsa': el recorrido del restaurante más antiguo del país. *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/negocios/empresas/la-puerta-falsa-la-historia-del-restaurante-mas-antiguo-de-colombia-586066>
- Tiedemann, R. (2012). Baudelaire, un testigo en contra de la clase burguesa. En W. Benjamin, *El París de Baudelaire* (pp. 9-42). Eterna Cadencia.
- Quintero, M. (2011). *El habitar poético: una aproximación al "Genius Loci" de la arquitectura contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/9094>
- Reinoso, G. (11 de abril de 2021). El asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/jorge-eliecer-gaitan-asi-se-registro-el-crimen-que-desencadeno-el-bogotazo-579738>
- Reta, C. (2021). *Vivir la ciudad desde el barrio y vivir el barrio desde el cuerpo. La experiencia espacial desde una perspectiva interseccional*. Universidad de Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-074/258>

- Ríos, D. (2018). *“Todo transcurre entre estas calles y estos lugares”*. *Significaciones del espacio urbano desde la fotografía de Sady González del centro de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/10118>
- Rojas, D. (2016). *La condición humana de las personas marginadas que habitan el centro de Bogotá: Aproximación sociocrítica a la novela Scorpio City de Mario Mendoza*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <https://repository.udistrital.edu.co/bitstream/11349/5855/1/Rojas%20Rodriguez%20David%20Gerardo.%202017.pdf>
- Rojas, M. (2020). *Habitar la margen*. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/44761>
- Rossi, M. (2004). *Bogotá en movimiento: Habitar la ciudad recorriéndola*. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/21040/u245631.pdf?sequence=1>
- RTVC. (s.f.). Tren de Aragua: la banda venezolana que está tras varios asesinatos en Bogotá. *RTVC*. <https://www.rtvnoticias.com/tren-de-aragua-banda-venezolana-bogota>
- Ruíz, L. (2007). El surgimiento de un barrio obrero en Bogotá. Generalidades y contextos relacionados con la construcción del barrio La Perseverancia. En L. Ruíz & E. Cruz, *La Perseverancia. Barrio obrero en Bogotá* (pp. 17-21). Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- Semana. (3 de diciembre de 2017). Avenida Caracas: el sueño que se quedó en puras ilusiones. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/historia-de-la-avenida-caracas-de-bogota-transmilenio-metro/548796/>
- Semana. (22 de julio del 2020). El San Juan de Dios, una historia de complejidades. *Revista Semana*. <https://www.elspectador.com/bogota/el-san-juan-de-dios-una-historia-de-complejidades-article/>
- Semana. (20 de mayo del 2023). Escalofriante: en Bogotá no solo hay casas de pique del Tren de Aragua, también hay bares de pique y en Chapinero; esta es la historia. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/justicia/articulo/escalofriante-en-bogota-no-solo-hay->

casas-de-pique-del-tren-de-aragua-tambien-hay-bares-de-pique-y-en-chapinero-esta-es-la-historia/202322/

Semana. (15 de octubre del 2023). Impresionante: así es como el Tren de Aragua siembra el terror en Bogotá. Las víctimas sufren la crueldad de este grupo criminal. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/bogota/articulo/impresionante-asi-es-como-el-tren-de-aragua-siembra-el-terror-en-bogota-las-victimas-sufren-la-crueldad-de-este-grupo-criminal/202352/>

Songel, F. (2021). *El arte de leer las calles. Walter Benjamin y la mirada del flâneur*. Berlín libros.

Souza, M. (2013). Geografía e fenomenología: Merleau-Ponty e sua influencia na geografia humana. *Caminhos de geografia* V. 14 N. 46 (pp. 265-272). Universidad Federal de Uberlândia <https://seer.ufu.br/index.php/caminhosdegeografia/article/view/17889/12825>

Toro, M. (2015). *Siete veces séptima. El imaginario político de un escenario narrado*. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/20020>

Torres, J. (2019). La capilla de El Humilladero. Archivo de Bogotá. <https://archivobogota.secretariageneral.gov.co/noticias/la-capilla-humilladero-0>

Tuan, Y. (1975). Place: An experiential perspective. *The geographical review*, Vol. LXV, N° 2. American Geographical Society. <https://www.jstor.org/stable/213970>

Tuan, Y. (2015). *Geografía romántica. En búsqueda del paisaje sublime* (pp. 9-12). Biblioteca nueva.

Varela, P. (2019). *Guatavita: El paisaje bajo las aguas del progreso y el resurgimiento del habitar*. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/10926>

Vargas, K. (2020). *Experiencias urbanas: una aproximación cotidiana a las actividades del “Madrugón-San Victorino” desde la concepción y ocupación del espacio en el*

centro de Bogotá. Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/49804>

W Radio. (2021). *Ministro de Defensa justifica el bombardeo donde habrían muerto niños*. <https://normas-apa.org/referencias/citar-entrevistas/>